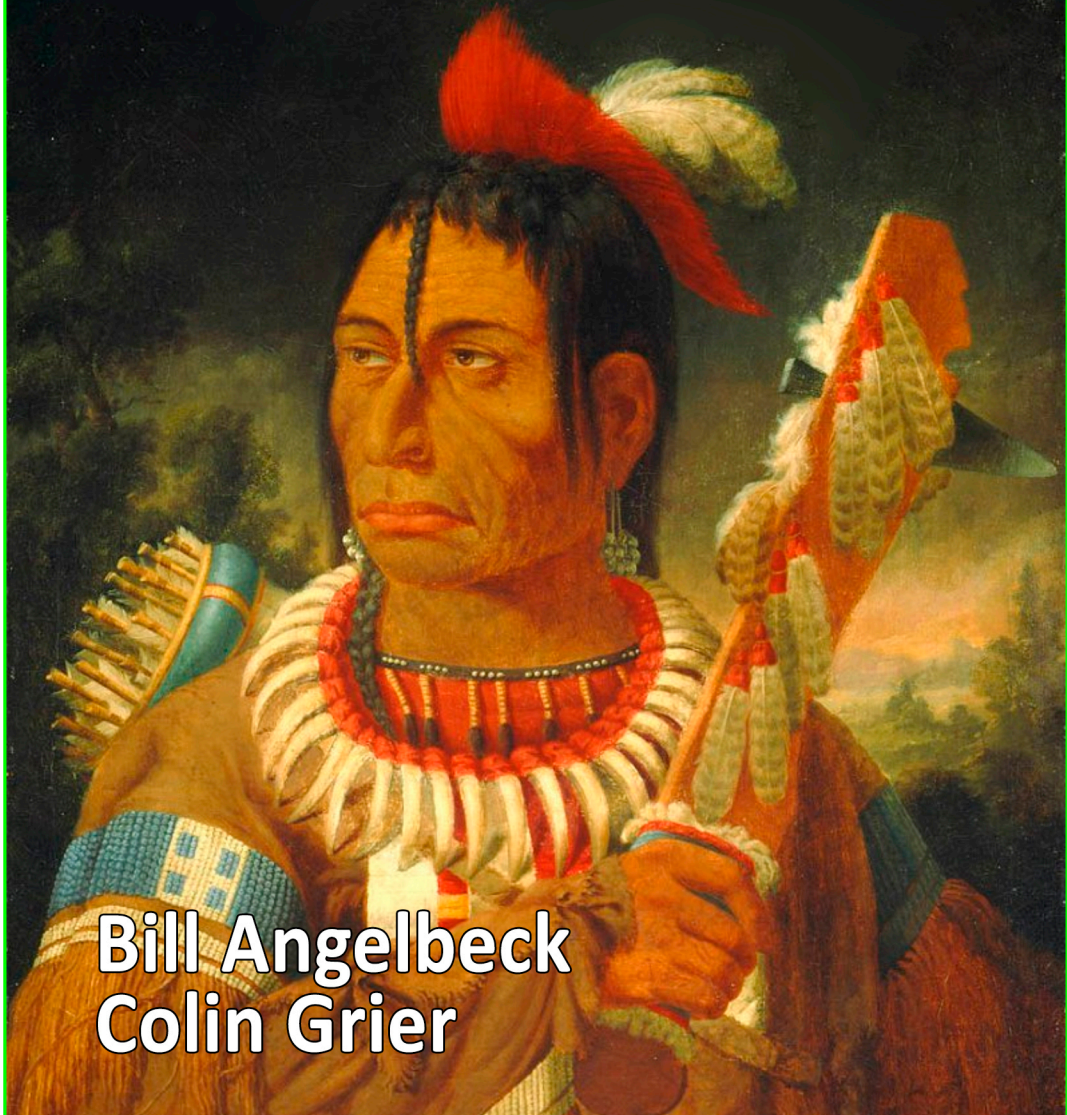


ANARQUISMO Y ARQUEOLOGÍA DE SOCIEDADES ANÁRQUICAS

La región Coast Salish
de la Costa Noroeste del Pacífico



**Bill Angelbeck
Colin Grier**

A lo largo de la historia humana, la gente ha vivido en sociedades sin gobierno formalizado. Este estudio propone que la teoría del anarquismo presenta un marco teórico productivo para el análisis de sociedades descentralizadas.

Por otra parte, esta teoría de la historia hace énfasis en una activa y continua resistencia a la concentración del poder. Presentamos un análisis anarquista sobre el desarrollo del poder social, la autoridad, y el estatus al interior de la región Coast Salish en la Costa Noroeste.

Determinamos que muchos aspectos de la cultura de estos pueblos, incluyen prácticas de resistencia a la concentración de poder. Nuestra idea central es que el anarquismo es útil para comprender redes descentralizadas (o anárquicas) –aquellas que permiten relaciones intergrupales complejas que han evitado el establecimiento de autoridades políticas centralizadas.

Bill Angelbeck y Colin Grier

**ANARQUISMO Y ARQUEOLOGÍA DE SOCIEDADES
ANÁRQUICAS**

Resistencia a la centralización en la región Coast Salish de
la Costa Noroeste del Pacífico

En: *Current Anthropology*, Volumen 53, Nº 5

Octubre 2012

Traducción: Leonardo Faryluk

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

ANTECEDENTES DEL ANARQUISMO

LOS COAST SALISH COMO SOCIEDAD ANARQUISTA

DISCUSIÓN

CONCLUSIÓN

COMENTARIOS

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

A lo largo de la historia humana, la gente ha vivido en sociedades sin gobierno formalizado. Sostenemos que la teoría del anarquismo presenta un marco teórico productivo para el análisis de sociedades descentralizadas. El anarquismo abarca una amplia serie de principios interrelacionados sobre la organización de sociedades sin centralización de la autoridad. Por otra parte, esta teoría de la historia hace énfasis en una activa y continua resistencia a la concentración del poder. Presentamos un análisis anarquista sobre el desarrollo del poder social, la autoridad, y el estatus al interior de la región Coast Salish en la Costa Noroeste. El pueblo Coast Salish exhibió complejas formas de autoridad y estratificación de clases, pero sin una organización política centralizada. Etnográficamente, su formación sociopolítica es única al habilitar una mayoría de “clase alta” y una minoría de plebeyos y esclavos, o lo que

Wayne Suttles describe como una sociedad de “pera invertida”. Presentamos el desarrollo de esta estructura sociopolítica a través del análisis de deformaciones craneales provenientes de entierros y evaluados en relación a los períodos de guerra. Determinamos que muchos aspectos de la cultura Coast Salish incluye prácticas de resistencia a la concentración de poder. Nuestra idea central es que el anarquismo es útil para comprender redes descentralizadas (o anárquicas) – aquellas que permiten relaciones intergrupales complejas que han evitado el establecimiento de autoridades políticas centralizadas.

“Se dice que la historia de los pueblos que tienen una historia es la historia de las luchas de clases. También podría decirse, con al menos la misma validez, que la historia de los pueblos sin historia es la historia de la lucha contra el Estado.”

(Pierre Clastres 1987:218)

Los arqueólogos y antropólogos han tenido dificultades para caracterizar las culturas de la Costa Noroeste porque dichas sociedades eran socialmente complejas pero carecían de autoridades centralizadas. Muchos han presentado a las sociedades de la Costa Noroeste como

ejemplos de jefaturas debido a la presencia de jefes. A pesar de que estos líderes solían estar vestidos con los atavíos de la alta autoridad, no eran jefes en el sentido del modelo antropológico clásico de jefatura, que postula la presencia de figuras con una autoridad consolidada en grandes territorios. Más bien, el poder de los jefes de la Costa Noroeste estaba bastante limitado en escala espacial y social. Ames (1995) y Grier (2006b) describieron la naturaleza del poder del jefe como “poder para” organizar a quienes los seguían voluntariamente más que “poder sobre” organizaciones grandes y espacialmente extensas. Como tales, las descripciones de jefaturas halladas en los modelos evolutivos clásicos de Sahlins y Service (1960; ver también Fried 1967; Sahlins 1963) no son aptos para caracterizar la situación de la Costa Noroeste. Por el contrario, los modelos igualitarios no capturan efectivamente los altos grados de diferenciación social y desigualdad que existió en las sociedades de la Costa Noroeste. Su estructura social – conteniendo clases de nobles y jefes, plebeyos, y esclavos – forma las bases para un sistema altamente estructurado de propiedad de los recursos y prerrogativas sociales (Donald 1997; Drucker 1965; Elmendorf 1992 [1960]; Suttles 1987^a [1960], 1987b [1958]). Las familias de la élite reclamaban títulos y territorios hereditarios, y poseían territorios de recursos productivos, tales como las zonas de recolección de bayas, lugares de pesca de salmón, y concheros. Los jefes de la Costa Noroeste lideraban familias y hogares de élite,

logrando alcanzar un elevado estatus a través de la auto-promoción activa. El potlach, la ceremonia más renombrada de las ceremonias de la Costa Noroeste, ejemplifica el grado en que los jefes promocionaban y ejercían su status. A través del panorama competitivo de los potlach, los jefes aparentemente trabajaron en oposición directa a los mecanismos de nivelación que los antropólogos subrayan como fundamentales para el mantenimiento del igualitarismo en las sociedades de cazadores recolectores.

Matson y Coupland (1995) resumieron de forma sucinta el desarrollo de la Costa Noroeste, describiendo sociedades que “exhiben alta complejidad social, pero baja complejidad política” (29). Sin embargo, una explicación de cómo opera este sistema y los principios bajo los que puede funcionar deben ser aún debidamente articulados. En este trabajo argumentamos que este desconocimiento de la Costa Noroeste deriva de la falta de un marco teórico que pueda mostrar efectivamente los principios organizativos de esta complejidad. Como ha discutido Roscoe (1993), la mayoría de los modelos políticos evolutivos asumen una progresión inevitable hacia el estado y sus dinámicas de centralización política. En los enfoques centrados en el estado, la complejidad política es consecuencia del aumento de la complejidad socioeconómica. Tales modelos consideran al igualitarismo como un plano, normalmente definido por la falta de complejidad política. Incluso el Marxismo, está

estructurado explícitamente a través del modelo del Estado, a pesar de su ideal del comunismo, al cual se llega a través de la evolución por varios niveles de estados – para llegar en última instancia, a ver “marchitarse” al Estado mismo (Engels 1966 [1894]). Es así que se vuelve dificultoso situar a las culturas de la Costa Noroeste en dichos marcos teóricos.

El anarquismo ofrece un cuerpo de postulados para un marco teórico alternativo, que creemos puede ser usado para resolver muchas de las aparentes contradicciones engendradas por los modelos centrados en el estado respecto a la jerarquía social y la complejidad. Las sociedades de la Costa Noroeste constituyen un problema – es decir, estas sociedades representan una excepción a las tipologías existentes – precisamente porque son una elaboración de sociedad compleja con formas descentralizadas más que centralizadas. Principios basados en las teorías del anarquismo, argumentamos, proporcionan un marco teórico para entender estas sociedades complejas descentralizadas en sus propios términos, sin hacer referencia a la alta centralización de las jefaturas y los estados. Mostraremos como las dinámicas anarquistas pueden ser implementadas para analizar el registro arqueológico y etnográfico de sociedades a pequeña escala. El anarquismo se mueve más allá de las limitaciones de las caracterizaciones igualitarias al posicionarse en una teoría de la historia en la que los

actores sociales aceptan aquellas autoridades que consideran legítimas y resisten a las que consideran injustificadas.

Comenzaremos con una breve descripción de la historia del anarquismo y luego discutiremos las limitaciones del igualitarismo como concepto. Luego describiremos algunos principios fundamentales del anarquismo y su teoría de la historia. Seguiremos con un caso de estudio de cómo un marco teórico anarquista puede ser utilizado para interpretar sociedades pasadas de la Costa del Pacífico de Norteamérica, enfocando en la historia tardía precontacto de la región del Golfo de Georgia, en la costa sur de Columbia Británica, Canadá, y el Estado de Washington, Estados Unidos. Nuestro punto principal es que el canon de teoría que comprende el anarquismo tiene un amplio espectro histórico y basamentos en las ciencias sociales que poseen un significativo poder explicativo para interpretar un rango de sociedades a pequeña escala del pasado, particularmente en relación a cómo los grupos se auto-organizan, resisten e insurgen contra aquellos que intentan centralizar e institucionalizar las desigualdades sociopolíticas.

ANTECEDENTES DEL ANARQUISMO

Los orígenes del pensamiento anarquista se remontan al menos al 1800, a partir de los escritos de William Godwin, Pierre-Joseph Proudhon, a Max Stirner, aunque algunos ven a sus elementos desarrollarse en pensadores de muchos siglos previos (por ejemplo, Marshall 1993). El anarquismo como movimiento cobró impulso con Mikhail Bakunin. En los días del primer congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores (o Primera Internacional), celebrado en Ginebra en 1866, cuyos miembros incluían a socialistas, sindicalistas, y anarquistas. En años posteriores, se dio un debate primordial al interior de las organizaciones cristalizadas en torno al comunismo de Karl Marx y el anarquismo de Bakunin. Aunque estas ideas eran muy similares en muchos aspectos – principalmente en su crítica compartida al capitalismo de Estado y respecto a sus similares objetivos para llegar al estadio final del

comunismo –estos dos campos se oponían en sus concepciones sobre cómo debe organizarse una sociedad. Un conjunto de tensiones produjeron una división en la Primera Internacional en 1872, cuando Marx acepta que la nueva sede de la asociación se sitúe en Nueva York, esencialmente como forma de distanciarla de la influencia de Bakunin y sus partidarios anarquistas, a quienes había expulsado. Marx se volvió así particularmente importante, no sólo en la organización, sino eventualmente también en los contextos académicos. El marxismo posteriormente ha disfrutado de un importante rol en el desarrollo tanto de la antropología (por ejemplo, Bloch 1983; Godelier 1977; Melliassoux 1980 [1972]) como de la arqueología (por ejemplo, Childe 1964; Gilman 1984; McGuire 1992; Springgs 1984; Trigger 1993), por lo que los académicos Marxistas o Marxianos continúan buscando encontrar utilidad a sus teorías actualmente (por ejemplo, Matthews, Leone y Jordan 2002; McGuire 2008; Patterson 2003).

El aporte del marxismo para la antropología fue su contundente entendimiento de las fricciones internas que existen en sociedades de todas las escalas y tipos, y cómo éstas tienen su origen último en contradicciones fundamentales de carácter materialista. Tal enfoque resuena con las investigaciones arqueológicas que se refieren a procesos económicos, particularmente en la economía socialmente constituida de las sociedades de pequeña escala. El marxismo hace hincapié en que la

desigualdad reside en los fundamentos de la vida material. Las diferencias económicas son las diferencias socialmente significativas, por lo que consecuentemente las desigualdades materiales y sociales están inseparablemente relacionadas.

Aunque estas desigualdades socioeconómicas fueron vistas como problemas fundamentales de las formaciones capitalistas tanto por anarquistas como por Marxistas, el camino para finalmente derrotar a la desigualdad fue otra fuente de división. El Anarquismo, como se desarrolla en el trabajo de Bakunin, enfatiza la auto-organización de colectivos locales (Bakunin 1950 [1872], 1970 [1871]; Maximoff 1964; Morris 1993). En los debates de los congresos de la Primera Internacional, Bakunin argumentaba contra la centralización de la organización política y económica, prevista por la mayoría de los Marxistas como una solución viable, alegando que esto contribuiría a la aparición de más formas de gobierno totalitarios que aquellos existentes en el Estado. A finales del siglo XIX, las élites gobernantes de los Estados europeos tenían la propiedad o el control de solo partes de la economía.

Si los Marxistas se hubiesen salido con la suya, según él, el Estado podría ejercer aún más control sobre la economía, dando lugar a formas más poderosas de autoritarismo. A raíz de la Revolución Rusa, algunos interpretaron sus

comentarios como premoniciones (por ejemplo, Singer 1999)¹.

Siguiendo a Bakunin, Peter Kropotkin se volvió el principal teórico y activista anarquista del siglo XIX. Kropotkin luchó por las ideas anarquistas en células radicales y congresos socialistas, siendo encarcelado en dos ocasiones a causa de sus actividades en Francia y Rusia (Morris 2004). Como Marx, Kropotkin tuvo una perspectiva histórica a largo plazo, situando al anarquismo en el proceso de la evolución cultural humana.

A través de su obra *Ayuda Mutua* (1972 [1902]), desafió las ideas del Darwinismo social preponderante, que el consideraba como un refuerzo a los sistemas capitalistas. En lugar de una “lucha por la existencia” (como adelantó Huxley) o una “supervivencia del más apto” (como destacaba Spencer), Kropotkin ofreció el concepto de ayuda mutua.

Argumentó que el principio de cooperación era tan importante, si no más, que el de competencia como factor de evolución de las organizaciones sociales humanas – una

1 De hecho, algunos Marxistas también se opusieron a la centralización del poder. Notablemente, Rosa Luxemburg (Luxemburg 1951; Nettle 1989:1–2, 168–170; Scott 1998:168–174) fue defensora de una forma más democrática de Marxismo y desafiando a las formas “imperiales” o centralizadas – como la ocurrida con los Bolcheviques en la Revolución Rusa, que establece las bases para el totalitarismo de Stalin.

posición que muchos teóricos neo-Darwinistas actualmente tienen en cuenta (por ejemplo, Fehr y Gintis 2007; Gintis 2000; Hammerstein 2006).

Los posteriores teóricos anarquistas incluyen a Elisée Reclus, Emma Goldman, Colin Ward, y Murray Bookchin, entre otros. En años recientes, teóricos de las ciencias sociales han considerado la afinidad y relevancia de estos y otros pensadores anarquistas en los intelectuales posmodernos y posestructuralistas tales como Foucault, Derrida, y Lacan (Call 2003; May 1989, 1994; Newman 2001). En antropología e historia, los investigadores han incrementado la exploración del anarquismo (Anderson 2005; Barclay 1982, 1997; Graeber 2004, 2007, 2009; Morris 1993, 2004, 2005; Scott 2009). A pesar de estas contribuciones y sus críticas constructivas a la teoría y los objetivos Marxistas, el trabajo académico anarquista no es tan frecuente en la academia como el marxista, como señaló Graeber (2004:3-7).

La relativa ausencia de enfoque anarquistas en la academia es curiosa, dado que tanto el Marxismo como el anarquismo tienen una larga historia de desarrollo, debate, estudio, y práctica (Guérin 1989). Ambos han sido retrabajados y redefinidos por décadas, conduciendo a una variedad de perspectivas al interior de sus propios linajes, habiendo afilados sus ideas, retórica, y debates. Ambos poseen pensadores y practicantes con peso, a través de

generaciones desde sus orígenes. Ambos han sido trasladados a la práctica en momentos de agitación política moderna y revolución: El Marxismo en Rusia, China y Cuba, y el Anarquismo en España e Italia, por ejemplo. Con tradiciones similares, se pueden hallar razones suficientes para explorar la utilidad de ambos mundos teóricos. Según nuestro punto de vista, la justificación más convincente para explorar la teoría anarquista deriva de su ventaja sobre el Marxismo para el estudio de sociedades no estatales. El Marxismo fue desarrollado explícitamente para el análisis de sociedades estatales y tiene menos importancia directa para el estudio de sociedades “precapitalistas” (Marx 964 [1857–1858]). El Anarquismo, por otro lado, se enfoca precisamente en la naturaleza de sistemas a pequeña escala, descentralizados, por lo que es más apropiado para el estudio de sociedades carentes de autoridad política centralizada².

2 Reconocemos que las formas recientes del marxismo (o post-marxismo) tienen incorporado elementos que han sido abordados por las críticas anarquistas o incluso han adoptado principios del anarquismo. Por ejemplo, el autonomismo de Antonio Negri (1999) enfatiza la coordinación de acciones de abajo hacia arriba de los grupos autónomos locales más que los partidos centralizados. Con Michael Hardt, han hecho hincapié en la composición del proletariado como una “multitud”, o complejidad social (Hardt y Negri 1994, 2001, 2004). Esto es similar al argumento de Laclay y Mouffe (1985) contra la simplificación de la clase trabajadora, abogando por el pluralismo descentralizado que incluye movimientos estudiantiles, ambientales y feministas. – en parte, incluyendo aquellos tradicionalmente considerados como no trabajadores en su análisis. Antonio Gramsci (1971 [1929–35]) también revitalizó el marxismo,

Para muchos, el anarquismo evoca imágenes de caos, disenso, y desorden. Quienes abrigan tales sentimientos son normalmente inconscientes que la teoría anarquista, al igual que la teoría del caos en las ciencias físicas, difiere marcadamente de su percepción en la conciencia popular. En lugar de promover el caos, los anarquistas desarrollaron e implementaron principios de organización social que garantizan la autonomía de los individuos y los grupos locales. Prevén comunidades relacionadas con otras comunidades a través de redes de cooperación. Por lo tanto, las sociedades anarquistas no son sociedades sin gobierno, sino más bien sociedades auto-gobernadas. Enfatizamos aquí que el anarquismo se construye como una forma de organización social, no de desorden.

criticando a muchos de sus contemporáneos marxistas por ser demasiado nomotéticos y ahistóricos; redirigió la pesada orientación a la economía y la ideología hacia las prácticas culturales ubicadas en condiciones históricas particulares con el concepto de hegemonía – es decir, agregó una mejor comprensión del poder, que es afín a las concepciones anarquistas de poder. Gramsci también reconoció que los líderes no deberían ser una vanguardia intelectual sino venir de grupos locales o de bases para ser vistos como válidos o efectivos. Los ejemplos pueden continuar, pero es claro que las críticas y componentes anarquistas han sido integrados a formas de Marxismo.

Limitaciones del igualitarismo como constructo

El concepto de igualitarismo ha tenido amplio uso en antropología y en el estudio de sociedades del pasado. El término ha sido utilizado para describir un ideal social o ético, una forma de redistribución económica caracterizada por mecanismos de nivelación, compartir, desinterés, ausencia de desigualdad social, propiedad comunal de los medios de producción, y ausencia de mecanismos coercitivos de control (Paynter 1989; Wason 1994; Woodburn 1982).

La literatura sobre el igualitarismo es compleja en aquellos estudios que han enfatizado diferentes aspectos del concepto y, en el último par de décadas, han proporcionado críticas y evaluaciones más matizadas de su utilidad para el análisis (por ejemplo, Blake y Clark 1999; Clark y Blake 1994; Paynter 1989; Trigger 1990, 2003:669–670). Aquí nos enfocaremos en unas pocas cuestiones clave en torno a su uso y sus limitaciones.

En primer lugar, el igualitarismo ha estado en oposición al Estado y al mismo tiempo ha sido definido y aplicado por quienes viven dentro de los Estados (Lee 1988; Trigger 1984). Muchas discusiones sobre el igualitarismo han incluido críticas al estado, mediante sociedades igualitarias que representan y encarnan a formaciones sociales que

carecen de estos atavíos. Dichas perspectivas son idealistas, presentando al igualitarismo, usualmente en sociedades de cazadores–recolectores a pequeña escala como una forma de comunismo primitivo, donde las diferencias sociales presentes son de edad y género solamente (por ejemplo, Fried 1967). Estos puntos de vista se han alimentado por nociones de la década de 1960 en la que los cazadores–recolectores no pagan su igualitarismo con formas de pobreza (Lee y Devore 1968). Los cazadores–recolectores normalmente viven bastante bien, como lo ejemplifica la ética del “sin querer, sin necesitar” del “Hombre Cazador” –que ha inspirado estudios (por ejemplo, Sahlins 1972). Al carecer de pobreza, estas sociedades de pequeña escala destacan como ejemplos del tener una torta y comerla también, sin tener que empoderar ninguno de los derechos económicos, si es que hay alguno, impuestos por el Estado que enmarca a los cazadores–recolectores como viviendo en ambientes marginales.

Los antropólogos han cuestionado con razón este tipo de posiciones. Desigualdades que van más allá de aquellas basadas en la edad, el sexo, la capacidad o la habilidad existen en todas sociedades, por lo que las sociedades igualitarias deben mantener activamente una ética sociopolítica de igualdad (una concepción de que la gente es igual en algún sentido social) junto a protocolos y prácticas que alienten y mantengan dichas relaciones (por

ejemplo, fisión social, ostracismo, y burla; Blake y Clark 1999). Los cazadores– recolectores generan prohibiciones contra el acaparamiento y el control de excedentes materiales en un esfuerzo por mitigar comportamientos que perturben los fundamentos económicos de la igualdad (Cashdan 1980; Woodburn 1982). Como señala Trigger (1990, 2003:669–670), el igualitarismo se asienta y mantiene más que como una condición natural. Estas nociones son consistentes con la posición anarquista de resistencia al autoritarismo, la jerarquía, y el control que pueda existir en todo tipo de sociedades (por ejemplo, Cobb 1993; Scott 1990).

La literatura reciente relativa a sociedades de pequeña escala pone de manifiesto una amplia gama de dinámicas socio–políticas a medio camino entre las sociedades centralizadas (jefaturas y estados) y de pequeña escala, también llamadas igualitarias. En estas sociedades, que a menudo se describen como “transigualitarias”, los individuos más hábiles acumulan riqueza y tienen más control que otros sobre la subsistencia y los recursos de prestigio, la mano de obra, y el conocimiento. Estos individuos, muchas veces denominados “aggrandizers”, se ven operando con un telón de fondo igualitario. Sin embargo, en su búsqueda de mayor control sobre los recursos, estos individuos actúan en aparente contravención a los ideales igualitarios. Su éxito en la adquisición de acceso preferencial a los recursos es limitado

a contextos en que tampoco son útiles a otros o no afecta a la capacidad de otros para acceder a las necesidades básicas para la vida. Hayden (1995) proporciona quizás la más extensa crónica sobre la diversidad de estas estrategias “aggrandizer”, delineando un incremento progresivo en el control de los recursos, mano de obra, y excedentes por parte de líderes emergentes denominados “déspotas”, “reciprocadores”, y “empresarios”.

Mientras que tales debates sobre el liderazgo emergente representan importantes contribuciones a nuestra comprensión del desarrollo de la desigualdad social y la complejidad, no son modelos efectivos de cómo los sistemas socio-políticos resisten al emergente liderazgo político. El resultado final de un liderazgo emergente se presenta como autoridad institucionalizada, incluso cuando dichos cambios pueden reflejar consecuencias no intencionadas. Blake y Clark (1999) y Trigger (1990, 2003:669–670) han identificado como las sociedades igualitarias realizan grandes esfuerzos para resistir a la consolidación del poder. Del mismo modo, vemos al liderazgo emergente en un proceso dialéctico asociado a la resistencia de todas las sociedades como parte de las prácticas culturales ponen freno a la centralización del poder. Como Foucault nos recuerda (1980, 1997:291–293), el poder está integrado a todas las relaciones, y las maquinaciones de individuos con aspiraciones y su creciente acumulación de poder y control brinda respuestas

y reajustes a otros miembros de la comunidad. Desde un punto de vista anarquista, las jerarquías son resistidas a través de la ayuda mutua, toma de decisiones consensuadas, y el mantenimiento de redes descentralizadas. Estas prácticas representan acciones cooperativas tendientes a limitar el abuso y la centralización del poder.

Los sistemas no jerárquicos que exhiben desigualdades y diferencias de poder no son reducibles a “aggrandizers” que centralizan el poder trabajando en contra y en última instancia usurpando los mecanismos tradicionales de nivelación. Más bien, con el desarrollo del poder y la autoridad ocurren cambios organizacionales que son a la vez una reacción y respuesta a la autoridad emergente, limitando el potencial de control y centralización. Sugerimos que los principios anarquistas de organización son un medio para permitir el desarrollo de poder, privilegio, e influencia pero manteniendo el consenso, las propiedades descentralizadas de los sistemas no jerárquicos.

Otro punto al que nos referimos respecto al igualitarismo y las jerarquías es terminológico. Un enfoque sobre el liderazgo emergente ha creado términos curiosos e incómodos para describir la relación entre forrajeros a pequeña escala y formas sociales centralizadas, tales como la jefatura o el estado. “Transigualitario” es usado de forma similar a “no jerárquica” – por hacer referencia a la forma

en que se suplantán o contrastan. Es también común caracterizar a las sociedades no jerárquicas, de pequeña escala en relación a formaciones sociales jerarquizadas. Por ejemplo, frases como “jerarquía de dominación inversa” (Bohem 1993)³ y “jerarquía secuencial” (Johnson 1982) trazan una terminología de la jerarquía para describir que son esencialmente las formaciones sociopolíticas no jerarquizadas. Tales descripciones invocan las incongruencias típicas de los paradigmas mal equipados para explicar los fenómenos de interés (Kuhn 1962). Nuestra intención aquí es presentar una posición teórica que aborde tales inconsistencias conceptuales.

Principios básicos del Anarquismo

La constitución Nuer es altamente individualista y libertaria. Es este un estado acéfalo, carente de medidas

3 Barclay (véase su comentario en Boehm 1993) ha comentado sobre la terminología de Boehm que tales nociones están mejor caracterizadas de una manera más simple, similar a la que ofrecemos aquí: "No se si 'igualitario' es un término apropiado para los sistemas a los que refiere Boehm. Como el mismo nota, las sociedades igualitarias no son igualitarias cuando se refiere a mujeres o niños, y algunas sociedades igualitarias practican la esclavitud. Para otros, tales como los australianos, igualdad es la feliz circunstancia del hombre mayor solo. El término de Boehm 'jerarquía dominante inversa' es bastante incómoda. Llamaré a estas sociedades 'anárquicas', al tener líderes pero no gobierno o verdaderas sanciones legales" (214).

legislativas, judiciales, y órganos ejecutivos. No obstante, está lejos de ser caótico. Es una formación persistente y coherente que podría denominarse como una “ordenada anarquía”. (E. E. Evans–Pritchard 1940:296).

El Anarquismo es un amplio corpus de ideas que abarca diversos cánones de pensamiento. El Marxismo es substantivamente asociado con un individuo, incluso a través del nombre. En la teoría anarquista, ningún intelectual ha sido o es predominante, ya que el pensamiento y la práctica anarquista fomentan la diversidad y las contribuciones desde diversas fuentes. El Anarquismo ha tomado formas individualistas, enfoques colectivistas, y otras variantes tales como el anarcosindicalismo, el neoprimitivismo, y el ecoanarquismo, solo por nombrar algunas. Graeber (2004:5–6) ha señalado acertadamente que las mismas han sido nombradas por sus prácticas, no por sus proponentes. De hecho, se puede decir que no necesitamos saber quienes fueron Kropotkin, Bakunin, Landauer, o Bookchin para poder identificarnos como anarquistas. En lugar de textos canónicos, hay en cambio adhesión a un conjunto de principios anarquistas guías proporcionando conexiones entre sus diversas líneas. Estos principios incluyen la autonomía y expresión individual y local, la asociación voluntaria, la ayuda mutua, la organización en redes, la toma de decisiones comunitarias, autoridades justificadas, y descentralización (incluyendo la resistencia activa a la

centralización). En lugar de un modelo rígido de organización social que debiese ser implementado de arriba abajo en una sociedad, los anarquistas enfatizan un núcleo de principios que deben ser adaptados a los contextos locales de manera apropiada a la configuración y circunstancias regionales.

A continuación, nos centraremos en algunos de éstos principios claves que sientan las bases para nuestro caso de estudio, mostrando cómo forman un marco coherente para el análisis de organizaciones sociales.

Autonomía Individual y Local

De acuerdo a los anarquistas, el control social no debe yacer en ningún centro sino que debe ser distribuido de manera más amplia en toda la comunidad. Los centros de control son más robustos a escalas más pequeñas, comenzando por el individuo e incluyendo familias, hogares, y grupos cooperativos locales. La sociedad debe organizarse de abajo hacia arriba, con grupos de asociación voluntaria con otros grupos en confederaciones más amplias. Como estas relaciones de participación construyen formas más grandes de organización, los centros de control principales deben mantenerse a escala local. Que los anarquistas aboguen por la autonomía, no significa atomización en el sentido de agentes independientes

metidos en sus propios asuntos. Más bien, combina libertad personal y del grupo local con extensiones de cooperación como individuos y grupos voluntariamente asociados con otros en relaciones de alianza mutua⁴.

Redes Organizadas

La ayuda mutua y los esfuerzos cooperativos son vistos por los anarquistas como la dinámica central para la estructuración de la auto-organización de los grupos. Estas acciones relacionan a los grupos autónomos locales en comunidades más grandes y en redes de interacción. Los niveles más altos de organización anarquistas no están dirigidos por minorías o autoridades, sino más bien es generado y estructurado por las necesidades de la gente involucrada en las negociaciones uno con otro. De acuerdo a Bookchin (1991:52), las necesidades prácticas de los individuos al interior de grupos locales son el medio para la organización. El medio a través del cual dichas necesidades mutuas se satisfacen es a través de las redes auto-organizadas. Las formas de organización en red, tal como las define Podolny y Page (1998), constituye

4 Algunos arqueólogos han examinado la naturaleza cambiante de las expresiones de autonomía a través del tiempo, incluyendo a Douglas (1995), quien analiza la independencia de los grupos en el Suroeste, y Rapp (1977), quien evaluó la autonomía cambiante de las mujeres en relación con el desarrollo de los estados.

“cualquier conjunto de actores ($n > 2$) que persiguen repetidamente, relaciones de intercambio perdurables con otros y, al mismo tiempo, carezca de autoridad organizacional legitimada para arbitrar y resolver disputas que puedan surgir durante el intercambio” (59).

Estos procesos están en oposición a los sistemas de mercado o de jerarquías. Las relaciones de mercado no son duraderas ni permanentes sino más bien episódicas, existiendo sólo para la transacción. Las jerarquías son estructuras en las que “claramente reconocidas, las autoridades legitimadas existen para resolver disputas” que surgen en asuntos de intercambio económico (Podolny y Page 1998:62–63). Las formas de organización en red se adaptan más rápidamente a los cambios debido a tener líneas de comunicación inmediata más efectivas que las halladas en las formas centralizadas. No solo la información viaja más rápido, sino que también transmite “información más rica, más compleja” que permite una más amplia matriz de respuestas desde varios nodos de la red. Esto entra en contraste con las estrechas opciones de entrega a quienes manejan las formas centralizadas de organización (Podolny y Page 1998:62–63). La noción de una forma no jerárquica de organización en redes⁵ –una serie de vías de acción y

5 Los arqueólogos también han explorado el papel de las redes en el pasado. Por ejemplo, Braun y Plog (1982) describen cómo los grupos forman redes de la cooperación en respuesta a tensiones de recursos, similar a lo que Kropotkin llamaría ayuda mutua. Además, Feinman (2000) ha examinado cómo las redes son políticamente diferentes a las formaciones

comunicación acéfalas– ha sido una forma común de describir a redes sociales muy diversas, pero un sistema como este, rara vez es considerado como un principio fundador organizacional consciente en si mismo.

Autoridad Justificada

¿Se deduce que rechazo a toda autoridad? Lejos de mí tal pensamiento. En materia de botas, me remito a la autoridad del zapatero; respecto a casa, canales, o ferrocarriles, consulto a un arquitecto o a un ingeniero. Para tal o cual conocimiento especial aplico el de tal o cual sabio. Pero no permito ni al zapatero, ni al arquitecto, ni al sabio imponer su autoridad sobre mí.

(Mikhail Bakunin 1970 [1871]:32).

Como ha dicho sin rodeos Bakunin (1970 [1871]), “autoridad [es] una palabra y una cosa que detestamos con todo nuestro corazón”, añadiendo que “este es el sentido en el que somos realmente anarquistas” (21). A pesar de la franqueza de Bakunin respecto a la autoridad, él no la rechazaba totalmente; hizo la distinción entre autoridades naturales (establecidas por el conocimiento, la habilidad o la experiencia) y las autoridades artificiales (impuestas por

corporativas.

las instituciones; Maximoff 1964:239). Esta postura es mejor descrita como oposición al autoritarismo. Bakunin argumentaba que uno debe dar su consentimiento a la autoridad de otro con bases en la razón. Las autoridades no son fijas; sino que deben ser “un continuo intercambio de autoridad y subordinación mutua, temporal, y, por sobre todo, voluntaria”. Chomsky resume esta postura antiautoritaria como la expresión fundamental de los principios anarquistas:

El anarquismo, en mi opinión, es una expresión de la idea de que las pruebas están siempre con aquellos que argumentan que la autoridad y la dominación son necesarias. Tienen que demostrar, con poderosos argumentos, que dicha conclusión es correcta. Si no pueden, entonces las instituciones que defienden deben ser consideradas ilegítimas. Cómo debemos reaccionar a la autoridad ilegítima depende de las circunstancias y condiciones: no hay fórmulas para ello.

Chomsky 1996.

Los antropólogos han proporcionado muchos ejemplos en los que la autoridad era respetada y permitida en función de los méritos o la especialidad en arenas particulares de la sociedad. Entre los Puyallup–Nisqually de la Coast Salish, por ejemplo, Smith (1940) observó que a los guerreros se les otorga poder sobre los pueblos, pero solamente durante

la duración de una batalla. Además, algunos hogares líderes pueden ser llamados a resolver un conflicto entre otros hogares. En ese rol, el jefe de arbitraje no ocupa una posición formal sino simplemente respetada por ambas partes y se considera que tiene un fuerte poder de espíritu como para ayudar a resolver disputas (Miller 2001:149–150). En muchas culturas, a los shamanes se les ha dado autoridad en tiempos de enfermedades o para hacer frente a maldiciones y otros males. En estos ejemplos del guerrero, el jefe, y el shaman, el poder y la asignación de autoridad posee un rango limitado y un período de tiempo estrecho de aplicabilidad. Más directamente, el poder de autoridad debe estar situacionalmente justificado.

Descentralización

El verdadero progreso está en dirección a la descentralización, tanto territorial como funcional, en el desarrollo del espíritu de la iniciativa personal y local, y en la libre federación de lo simple a lo complejo, en lugar de la actual jerarquía desde el centro a la periferia.

(Peter Kropotkin 1910:914).

Sebastian Fraure ha escrito que “cualquiera que niegue la autoridad y pelee contra ella es un anarquista” (Woodcock

1962:9). En gran parte de la teoría anarquista, el antiautoritarismo se dirige sobre todo a un nivel estatal y a su concentración del poder y del control. Sin embargo, la resistencia a la centralización no se limita a los contextos estatales. Para los anarquistas, todas las comunidades se resisten al control tiránico o absoluto, tanto en los principios como en las prácticas. Proudhon, captura este sentimiento, al señalar que “todas las partes sin excepción, en la medida en que buscan poder, son variantes de absolutismo” (Woodcock 1962:18).

Las nociones de descentralización, sin embargo, han tenido un rol limitado en los modelos antropológicos de evolución política. En las últimas dos décadas, sin embargo, los académicos han trabajado en desarrollar análisis en los que se enfatiza la descentralización. El concepto de heterarquía de Crumley (1995) es quizás el más destacado de éstos. La heterarquía describe estructuras con elementos que pueden ser ordenados o clasificados en variadas formas o que pueden permanecer sin ser categorizados (Crumley 1995:3). Crumley (1995) desafía explícitamente la asociación de jerarquía con orden, ya que esto “dificulta imaginar, mucho menos reconocer y estudiar, patrones de relaciones complejas pero no jerárquicas” (3). Por ejemplo, los árboles o las sinfonías exhiben orden aunque no una estructura jerárquica. Esto es cierto también para el cerebro humano; McCulloch (1945) desarrolló inicialmente el concepto de heterarquía para

ayudar a explicar el funcionamiento del cerebro, aumentando el potencial para la investigación de la inteligencia artificial.

Los arqueólogos han desarrollado análisis de la heterarquía en numerosas regiones del mundo (por ejemplo, Conlee 2004; Ehrenreich, Crumley, y Levy 1995; Rautman 1998; Scarborough, Valdez, y Dunning 2003), impulsados en parte por la falta de ajuste entre los datos arqueológicos y las explicaciones derivadas de los modelos jerárquicos. Crumley (1995), por ejemplo, encontró que las distribuciones de los sitios de la Edad de Hierro Celta no adherían a la teoría del lugar central, por lo que buscó un modelo que refleje la complejidad, pero no la jerarquía, de las jefaturas Celtas. Del mismo modo, White (1995) desarrolló un enfoque heterárquico para la información de asentamientos del Sur de Asia. La descentralización flexible y la autonomía local estaban en mejores condiciones para dar cuenta de la variabilidad de la cultura material entre aldeas, sugiriendo un alto grado de autonomía en cada una durante la temprana formación de los estados de la región.

McGuire y Saitta (1996) abordan la naturaleza de la organización sociopolítica de los Pueblo del Suroeste de Estados Unidos para enfrentar un problema paralelo. Sus análisis fueron una reacción contra la rígida categorización de los grupos Pueblo ya sea como jerárquicos o igualitarios. Para contrarrestar esto, avanzaron hacia una epistemología

dialéctica con raíces en el Marxismo. De este modo, enfatizaron las experiencias de vida diarias como producto de las contradicciones. En la sociedad Pueblo, una contradicción fundamental deriva de su organización sociopolítica que es a la vez igualitaria y jerárquica⁶. Saitta y McGuire (1998:335) consideraron a la heterarquía un útil pero predominantemente categórico y descriptivo enfoque de la complejidad no jerárquica. Su acercamiento dialéctico, que explora la dinámica entre la comunidad y las estructuras jerárquicas como agente de cambio, es un avance para romper el pensamiento oposicional, ya sea igualitario versus jerárquico o jerárquico versus heterárquico. La crítica de Saitta y McGuire (1998), sin embargo, no se aplica todos los acercamientos heterárquicos. Crumley (1987) posicionó la heterarquía en una dialéctica con la jerarquía al interior de las sociedades, lo que tiene importantes similitudes con una teoría anarquista de la historia⁷.

6 En la Costa Noroeste, Coupland, Clark, y Palmer (2009) adoptaron un enfoque similar, aunque sin una epistemología dialéctica explícita, argumentando que las dinámicas sociales de los grandes grupos casas largas de la Costa Noroeste fueron estructurados por la administración perpetua de contradicciones entre comunitarismo y la jerarquía en el contexto íntimo del hogar.

7 Para las tierras altas de Birmania, Edmund Leach (1954:8–9) sostuvo asimismo que hubo una oscilación a través del tiempo entre los sistemas políticos estructurados, jerárquicos (*gumsa*) y las formas acéfalas o descentralizadas (*gumlao*), a las que describe como "anarquistas". Sin embargo, esto no debe ser visto como una alteración simple y constante de

Avanzamos en la perspectiva anarquista para hacer frente a temas semejantes y ver nuestro enfoque como una construcción sobre los importantes trabajos de Crumley (1987, 1995), Saitta y McGuire (1998), y otros. La ventaja del enfoque anarquista es que proporciona un marco más amplio e integrado para el análisis. En tal contexto, incorpora la flexibilidad de la heterarquía a través de su énfasis en la descentralización, basada en los sistemas de redes. El anarquismo integra una perspectiva dialéctica al postular la ayuda mutua y la autoridad justificada como clave dinámica de resistencia activa a la centralización. Desde una perspectiva anarquista, esta dialéctica representa la negociación constante al interior de las culturas a lo largo del tiempo, constituyendo una tensión persistente entre las formas centralizadas (jerárquica o "imperial") y descentralizadas (heterárquica o "anárquica") de organización social (Carter 1989; Kropotkin 1987 [1897]). Los principios del anarquismo y su teoría de la historia, según lo vemos, proporcionan una base desde la cual podemos evaluar cómo son construidos los sistemas descentralizados y mantenidos activamente por los actores sociales. Los principios básicos no son simplemente descriptivos, sino que caracterizan los objetivos y estrategias de los actores sociales, quienes, en su

los "sistemas modelo" de la sociedad; como Wolf (1982) criticó, estos polos opuestos no son "resultados invariables" (345), ya que cada cambio en la forma socio-política debe ser vista dentro de un contexto histórico específico de gente reformulando la organización de la sociedad.

implementación, producen formas heterárquicas de organización sociopolítica. Al igual que el reconocimiento del igualitarismo como algo que se mantiene y no como un estado natural, los sistemas políticos descentralizados no son simples alternativas a la jerarquía sino que representan formaciones sociales mantenidas activamente.

Nos hemos encontrado con estas revelaciones en relación a debates en nuestra región de estudio en la Costa Noroeste de Norte América. Por ejemplo, en el trabajo de Tollefson (1987) sobre la jefatura Puget Sound Snoqualmie, dice, “¿Cómo puede un modelo de aldea con autonomía local explicar cómo cientos de pequeñas aldeas, compitiendo por riquezas, esclavos, prestigio, son capaces de mantener sus relaciones interaldeas?” (129). El estamento implica que solo es posible a través de la centralización del procedimiento de toma de decisiones en manos de los jefes, quienes controlan el proceso. Como destacamos, las sociedades anárquicas hacen exactamente eso sin el recurso de la centralización. Ciertamente la pregunta es válida – pero la respuesta no lo es dado que la situación requiere autoridad centralizada. Esto requiere lo que teóricamente consideramos formas en las cuales dichas situaciones sean manejadas sin el recurso de la centralización, un motivo por el cual adentrarnos en nuestro caso de estudio.

UN CASO DE ESTUDIO DE LA COSTA NOROESTE: LOS COAST SALISH COMO SOCIEDAD ANARQUISTA

“No reconozco autoridad infalible.”

(Mikhail Bakunin 1970 [1871]:32).

“No reconocen jefe supremo.”

Manuel Quimper, 1790 [Wagner 1933:131], en el primer encuentro registrado con los Coast Salish).

En 1790, los exploradores españoles de la expedición Quimper encontraron jefes poderosos en la costa oeste, tales como Maquinna de los Nuu-chah-nulth y Tatoosh de los Makah, quienes parecían reinar en grandes territorios.

En contraste, una vez navegó por el Mar Salish (fig. 1) Quimper se encontró tratando con numerosos jefes, para finalmente escribir “no reconocen jefe supremo” (Wagner 1933:130–131). Suttles (1989:262) ha remarcado que esta declaración, escrita quizás por el primer europeo visitante en el territorio Coast Salish, es particularmente revelador sobre algunos importantes elementos de la política Coast Salish. En primer lugar, indica que la organización política Coast Salish no se establece en torno a “jefes superiores”. En segundo lugar, transmite que los Coast Salish no estaban preparados para reconocer un jefe supremo (presumiblemente incluyendo a los españoles, en caso de que hayan tenido intenciones de ocupar ese rol). En tercer lugar y quizás el más intrigante, indica que sin embargo reconocían jefes, pero los mismos no eran ni superiores ni primordiales. La declaración de Quimper parece captar en pocas palabras un conjunto de principios organizativos que impiden e inhibe la centralización del poder, que se concreta en los principios anarquistas.

Una cuestión clave es cuánto hacia el pasado se extendió esta estructura política. Sostenemos que la organización política de los Coast Salish que “no reconocen jefe supremo” es producto de una larga historia que incluye el desarrollo de redes de intercambio a lo largo de los últimos dos milenios (Blake 2004; Burley 1980:66–67; Grier 2003). Estas redes de intercambio afectaron la trayectoria de los desarrollos políticos en la región del Golfo de Georgia en la

que los individuos participaban activamente resistiendo a la centralización del poder. Usaron una variedad de mecanismos con este fin, algunos de los cuales eran propiedades inherentes a la propia red.

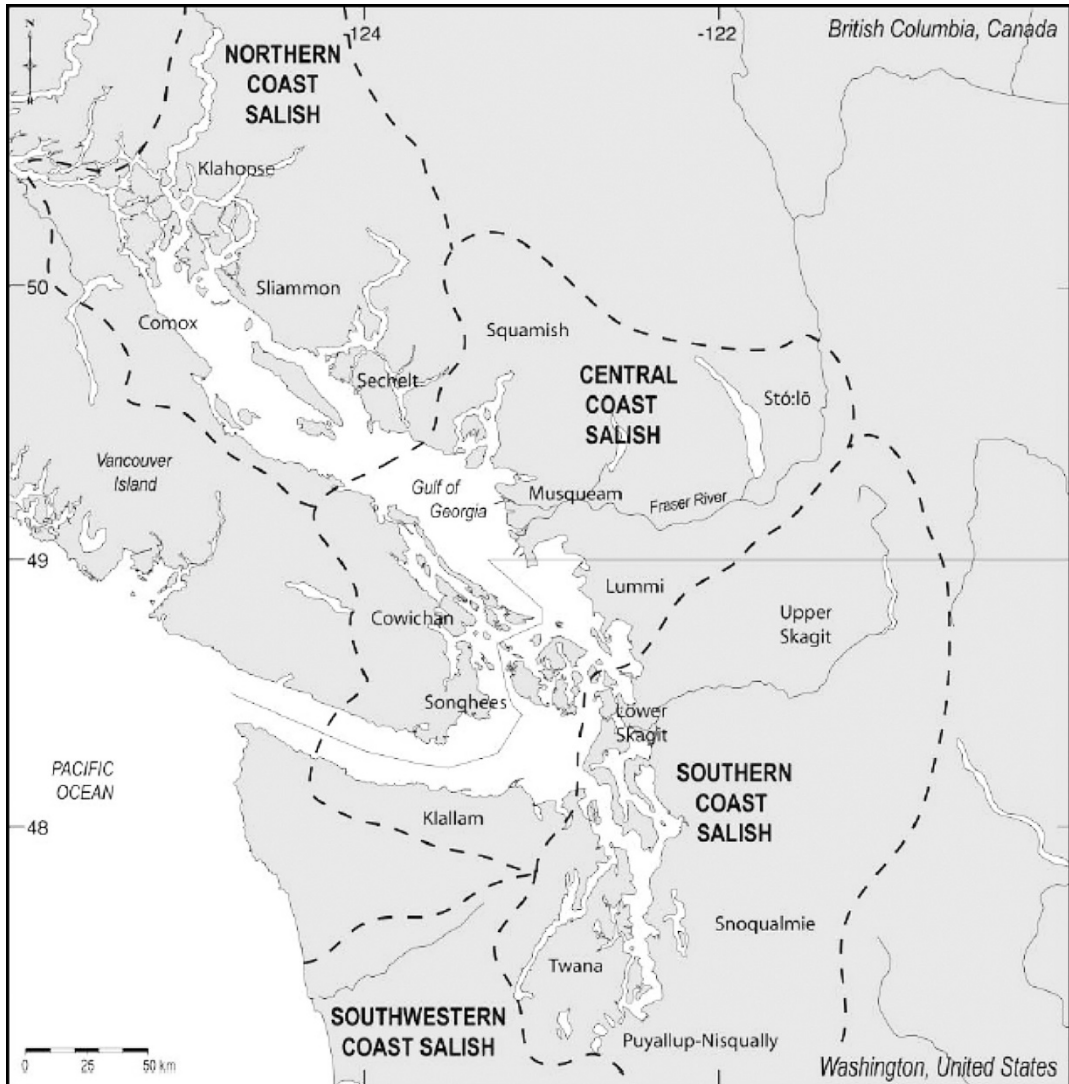


Figura 1. Mapa del mundo Coast Salish en el contacto, con las áreas generales de algunos grupos locales indicados.

En resumen, la resistencia a la centralización conforma la naturaleza de la vida sociopolítica de los Coast Salish a lo largo del tiempo. Esto tiene significativas implicancias para las dinámicas organizacionales más amplias de estas

sociedades. La diferenciación social y la distribución desigual de bienes desarrollada al interior de las sociedades Coast Salish a lo largo de los últimos dos milenios es parte de la trayectoria de incremento de la desigualdad, sin un aparente incremento de la centralización. Esto no es una contradicción sino más bien una consecuencia de las estrategias diseñadas para mantener descentralizada, las redes de ayuda mutua que permiten la construcción de riquezas.

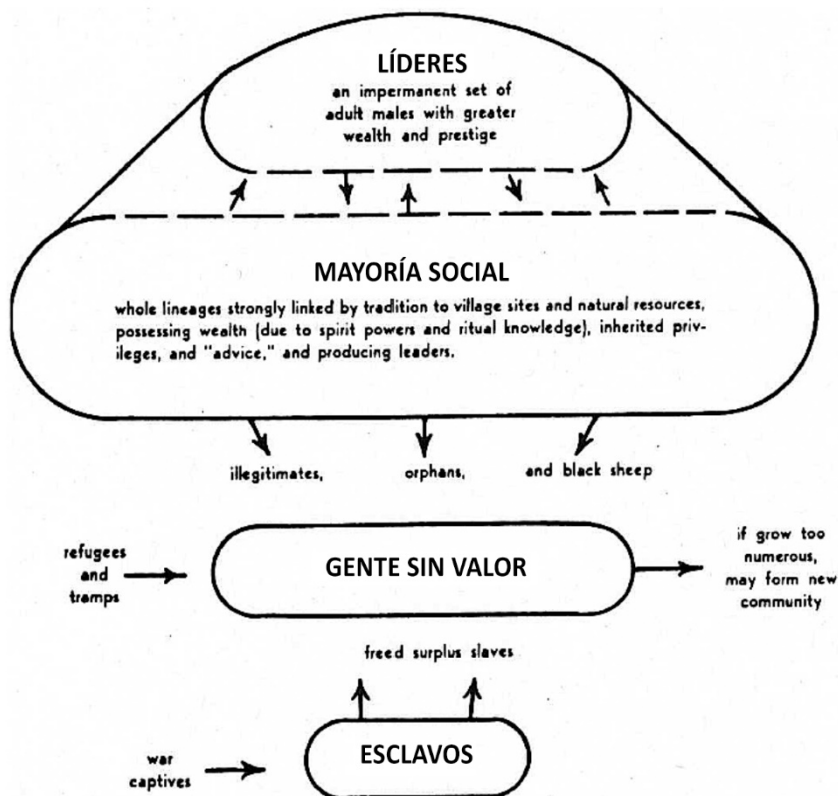


Figura 2. El modelo de Suttles (1987b [1958]:12, fig. 1) para la organización sociopolítica de Coast Salish con forma de pera invertida.

Una intrigante consecuencia del rol que jugó esta trayectoria en la organización sociopolítica de las

sociedades Coast Salish, es que tendió a la prevalencia de individuos de élite. Las familias de “clase alta” eran mayoritarias. Esta gente de clase alta eran quienes “conocían su historia”, recibían formación, y poseían conocimientos privados (Suttles 1987b [1958]). Los plebeyos, quienes estaban en la minoría, no conocían su historia y por lo tanto, eran de clase baja. Una minoría aún más pequeña consistía en esclavos, a menudo adquiridos como cautivos de guerra. Suttles describió esta organización sociopolítica de Coast Salish con la forma de una pera invertida (fig. 2):

Sugiero que la estructura de la sociedad Nativa [Coast Salish] no era la de una pirámide. No había un ápice de nobles, una clase media de tamaño mediano, ni una amplia base de plebeyos. En lugar de ello, la sociedad Nativa poseía más bien la forma de una pera invertida. El mayor número de personas pertenecía a una clase alta o respetable, de la que surgían varios tipos de líderes en variadas ocasiones. (Suttles 1987b [1958]:6–7).

Consideramos que esta sociedad de pera invertida posee una distribución de status con inusual peso en la cúspide como resultado de la implementación de principios de organización social que enfatizan la autonomía local, las relaciones en red, y la descentralización de las autoridades. En el caso de estudio que presentamos a continuación, examinamos el desarrollo diacrónico de la organización

política Coast Salish y la presentamos como un ejemplo de cómo las formas descentralizadas pueden surgir en sociedades de pequeña escala.



Figura 3. Caw-Wacham, ca de Paul Kane. 1848 pintura de una mujer de Cowichan con un niño y una cuna (óleo sobre lienzo; Montreal Museo de Bellas Artes, Compra, Legado de William Gilman Cheney; foto: Museo de Bellas Artes de Montreal, Christine Guest).

El mundo Coast Salish abarca el Golfo de Georgia, Puget Sound, y los grandes valles de los ríos que desembocan en dichas aguas, particularmente el Río Fraser (ver fig. 1). Los

últimos 2500 años de historia precontacto de Coast Salish ha sido de particular interés para arqueólogos y etnógrafos. El período comprendido entre los 2500 a 1000 años atrás, conocido como Marpole, proporciona la evidencia arqueológica más convincente de la existencia de muchas de las complejas prácticas sociales y económicas que fueron evidentes en momentos de contacto, incluyendo las grandes residencias de casas largas (plankhouses), prácticas mortuorias que contemplaban la construcción de montículos y la inclusión de especies exóticas, riquezas significativas y desigualdad económica, e intensivas economías de almacenamiento. Al ser estos elementos relativamente nuevos en los contextos límites de las formas de vida cazadoras–recolectoras, la investigación de los orígenes de dichas instituciones y prácticas ha dominado la atención de los arqueólogos. Aquí no ofreceremos argumentos específicos respecto a la emergencia de la complejidad socioeconómica. Más bien, nos centraremos en Marpole y los períodos tardíos, tiempo durante el cual se han desarrollado las prácticas sociales etnográficamente documentadas de la Costa Noroeste⁸.

Etnográficamente, los Coast Salish fueron conocidos por exhibir una organización sociopolítica altamente flexible en relación a otros pueblos de la Costa Noroeste,

⁸ Como declaración general, nuestra visión de la naturaleza y la importancia de estos acontecimientos a largo plazo se resumen en Grier (2003).

particularmente en comparación a grupos más septentrionales (por ejemplo, los Haida, Kwakwaka'wakw, Tlingit, o Tsimshian). Suttles (1987c [1960], 1990) discutió esta característica en concreto, encontrando que el sistema Coast Salish o de parentesco bilateral, en oposición al más estrictamente definido como de ascendencia matrilineal típico de los grupos del norte, permitió un alto grado de movilidad social y de asociaciones libres de tributos. Collins (1979) se refirió a la situación como una “estrategia Coast Salish” que permitía a los individuos elegir a que hogar se alinearían y residirían (ya sea del lado materno o paterno). Esta capacidad de cambiar las filiaciones ayudó a evitar la acumulación de riquezas materiales y poder al interior de los hogares, ya que así los individuos podrían evitar el dominio mediante el ejercicio de su autonomía. Grier (2006b) describe en detalle la situación desde la perspectiva de la organización de los hogares, mostrando cómo la flexibilidad en potenciales asociaciones funcionó como un freno al poder que los jefes de las casas podrían ejercer sobre el hogar.

Esta flexibilidad tuvo implicancias sobre cómo operaba el liderazgo dentro de la esfera Coast Salish, así como las posiciones de poder relacionadas al control, concentración, y redistribución de riquezas materiales. Por ejemplo, entre los Coast Salish el potlach actuó como un sistema de redistribución de la riqueza, siendo este el popular punto de vista de su función principal (Suttles 1987c [1960]). Este

evento de generosidad fue acompañado de ostentación y expresión individual de status. La práctica del potlach ciertamente facilitó la conversión de capital material en status, o capital simbólico, pero, como todo, también aseguró que los recursos fueran distribuidos entre quienes menos tenían. En consecuencia, cualquier tendencia a que la riqueza se acumulase excesivamente en manos de unos pocos era limitada y controlada⁹.

Status en momentos precontacto entre los Coast Salish

Mientras que los etnógrafos han descrito muchas dimensiones de la diferenciación social y la organización política de Coast Salish, los arqueólogos han tenido que considerar cómo las expresiones de status se manifiestan en el registro material precontacto. La deformación craneal, la deliberada alteración de la forma del cráneo, es un importante aspecto del registro funerario como indicio de

⁹ Ferguson (1983:136) ilustra cómo los potlatches eran controles a la concentración de poder. Proporcionó los casos en los que grupos de la Costa Noroeste fueron forzados o amenazados a realizar un potlatch poco después de la adquisición de un sustancial botín. Bajo el Jefe Maquinna, el Moachat Nuu-chahnulth allanó un barco de comercio de pieles, el *Boston*, en 1803. Poco después, las noticias de su éxito se extendieron, y recibieron la visita los grupos Nuuchah-nulth vecinos para la realización de un potlatch; él accedió, redistribuyendo gran parte del botín. Por el contrario, los Yakutat Tlingit, después del saqueo de una fortaleza rusa, optaron por mantener la riqueza para sí mismos en lugar de redistribuirla; otro Tlingit decidió entonces atacarlos y tomarlo por la fuerza.

status (Ames y Maschner 1999; Burley y Knüsel 1989; Matson y Coupland 1995:215; Mitchell 1971:49). Los arqueólogos han argumentado que la deformación craneal se ha usado para indicar diferencias de status en varias regiones del mundo, incluyendo Colombia (Boada Rivas 1995), las estepas de Eurasia, los Andes (Torres-Rouff y Yablonsky 2005), y Chile (Torres-Rouff 2002). También se lo ha visto como un marcador de identidad étnica (Blom 2005) y como cuestión de estética (Blackwood y Danby 1995; Dingwall 1931; Trinkaus 1982). Es probable que se trate de los tres. En su análisis de restos humanos de Chile, Torres-Rouff (2002) argumentó, “La modificación de la bóveda craneal no es una mera elección estética, sino un atributo social de gran importancia... Es fundamental el reconocimiento que el cuerpo deformado y alterado carga un símbolo indeleble de pertenencia a un grupo social” (178). Más allá de esto, en el quizás más amplio estudio de esta práctica, Torres-Rouff y Yablonsky (2005) concluyen que la modificación craneal tanto en los Andes como en las estepas europeas era un marcador de alto status, haciendo hincapié en que “el uso del cuerpo humano para crear diferencias y similitudes en una sociedad donde no necesariamente existen éstas biológicamente, es un concepto fundamental para entender el uso de la deformación craneal intencional en la prehistoria” (4-5).

Para los Coast Salish, los arqueólogos han aplicado las tres interpretaciones: estética, identidad étnica o grupal, y

elitismo. Los primeros exploradores europeos registraron la práctica de la deformación craneal en muchas zonas de la costa. El período histórico pintado por Paul Kane en 1847 representa a una mujer con cráneo deformado sosteniendo un bebé atado a una cuna plana, que actuaba deformando el cráneo del infante (fig. 3). Interpretando tales prácticas, Barnett (1955:75) afirmó que se trataba de una elección estética, mientras que Cybulski (1994:78) argumentó que se trata de un marcador de identidad Coast Salish. Muchos arqueólogos argumentaron que representa un indicador de pertenencia a las clases o estratos superiores (por ejemplo, Burley y Knüsel 1989; Matson y Coupland 1995:215; Mitchell 1971:54). Estos variados argumentos carecen de perspectiva diacrónica, que sin embargo, consideramos fundamental para entender cómo la práctica pudo haber cambiado y evolucionado en relación a los dramáticos cambios ocurridos en el sistema de status de los Coast Salish a lo largo de los últimos dos milenios.

Casos confirmados de deformación craneana se producen por primera vez durante el período Marpole (2400 a 1000 AP), con ejemplos tempranos de material esquelético directamente fechado de los sitios Beach Grove (2030 \pm 88 cal AP [2720 \pm 80 AP convencional]; Beattie 1980) cerca de Vancouver y los sitios Pender Canal al sur de Gulf Islands (1908 \pm 62 cal AP [2620 \pm 50 AP convencional]; Carlson y Hobler 1993:39). Las prácticas de marcación de status en el período precedente, Locano Beach (3500 a 2400 AP) se

supone que ha implicado el uso de labretes – pequeñas piedras o huesos insertados a través de hendiduras en la carne de la cara (Keddie 1981). Los labretes se pueden adoptar en cualquier momento de la vida y se pueden usar o remover al cambiar el status, mientras que el aspecto físico de la deformación craneal no se puede deshacer. El cambio de labretes a deformación craneal es por lo tanto importante ya que indica que los sistemas de representación de status se tornaron más rígidos. La forma craneal debe modificarse durante la infancia, antes de que fuese posible adquirir alto status a través de logros, y una vez creado persiste toda la vida. Sobre esta base, el cambio a las prácticas de deformación desde indicadores de status más flexibles refleja un cambio correspondiente desde una organización flexible a una sociedad estratificada (Matson y Coupland 1995:214–215).

Se puede encontrar acuerdo general en el punto básico de que la deformación craneal era un significador de status más permanente en relación a otros indicadores más efímeros. Sin embargo, el status específico expresado por la práctica sigue siendo objeto de debate, sobre todo en relación a si la deformación refleja origen étnico o alta clase social. Partiendo de la suposición de que un marcador de alto status debe ser relativamente restringido dentro de cualquier población, Beattie (1980:59) y Thom (1995) argumentaron que la frecuencia de deformaciones craneanas en la Costa Noroeste era demasiado extendida

como para servir como indicador de status. Thom (1995:32) menciona que la deformación craneal alcanza más o menos el 50 % al interior de Marpole y de los enterratorios de poblaciones más tardías, como evidencia de su uso como indicador étnico. Del mismo modo, Curtin (1991:53) mantiene que la deformación craneal era demasiado común para ser usada analíticamente, señalando que casi todos exhibían deformación craneal en el período post contacto. Hacemos hincapié en que estas críticas a la deformación craneana como indicador de status se basan en una práctica que no se limita a una minoría.

Mientras que la prevalencia de la deformación craneal en Coast Salish y otras poblaciones de la Costa Noroeste ha sido evaluada en varios momentos y lugares, ninguno de estos estudios ha tenido en cuenta una perspectiva diacrónica de grano fino sobre cómo la representación de la deformación craneal cambió a través del tiempo. A continuación, evaluamos su prevalencia en la sociedad Coast Salish a través del tiempo, con el objetivo de mostrar cómo los cambios en esta prevalencia marcan importantes trayectorias de cambio en la organización sociopolítica de Coast Salish.

Deformación Craneal: Una evaluación diacrónica

En total, se ha recolectado información de 264

enterramientos para algunos de los cuales la determinación de presencia o ausencia de deformación craneal es posible y para los cuales se han podido asignar fechados por medio de la datación radiocarbónica u otra asociación (tabla 1)¹⁰.

Site name	Site no.	Source(s)	Total burials with determinations	Radiocarbon dated	Radiocarbon association	Other association	Cranial deformation present
Beach Grove	DgRs 1	Beattie 1980	14	1	0	13	6
Bliss Landing	EaSe 2	Beattie 1972; Beattie 1980:185	2	0	0	2	0
Buckley Bay	DjSf 13	Mason and Hoffman 1997; CARD 2009	1	1	0	0	0
Cadboro Bay	DcRt 9	Keddie 1987	1	0	1	0	0
Crescent Beach	DgRr 1	Beattie 1976, 1980; Percy 1974	9	0	0	9	0
DcRu 52	DcRu 52	Condrashoff 1984	1	1	0	0	1
Deep Bay	DiSe 7	Monks 1977	7	0	2	5	1
Duke Point	DgRx 5	Murray 1981; Cybulski 1991	10	0	10	0	0
False Narrows	DgRw 6	Burley 1989	28	0	0	28	3
False Narrows	DgRw 204	Curtin 1998	3	2	0	1	0
Glenrose Cannery	DgRr 6	Styles 1976:206	11	0	0	11	0
Harbour House	DfRu 3	Brolly, Muir, and Schulting 1993	1	1	0	0	1
Hatzic Mound		Thom 1995	1	0	1	0	1
Helen Point	DfRu 8	Beattie 1980	7	0	0	7	0
Hill Site	DfRu 4	Hall and Haggerty 1981	4	0	0	4	1
Locarno Beach	DhRt 6	Beattie 1980:182	3	0	0	3	0
Long Harbour	DfRu 44	Johnstone 1988	23	1	0	22	3
Maple Bay	DeRu 12	Cybulski 1998:20	2	0	0	2	2
Marpole	DhRs 1	Beattie 1980:181	18	0	0	18	3
Montague Harbour	DfRu 13	Mitchell 1971	7	0	3	4	2
Mueller Cabin	DgRw 20	Skinner and Thacker 1988	1	1	0	0	0
North Saanich		Thom 1995; Smith and Fowke 1901	4	4	0	0	3
Pender Canal	DeRt 2	Weeks 1985; Wright 2000	31	22	2	7	4
Point Grey	DhRt 5	Coupland 1991	1	0	0	1	0
Six Mile	DcRu 453	Keddie 1988	3	0	0	3	0
Somenos Creek	DeRw 18	Warner 1993; Cybulski 1993	6	3	3	0	3
St. Mungo	DgRt 2	Calvert 1970	3	0	0	3	1
Tsawwassen	DgRs 2	Curtin 1991	57	21	36	0	38
Welbury Point	DfRu 42	Skinner 1984; CARD 2009	1	1	0	0	1
Whalen Farm	DfRs 3	Seymour 1976	2	0	0	2	0
Willows Beach	DcRt 10	Eldridge 1987	2	0	0	2	1
Total			264	59	58	147	75

Tabla 1. Entierros analizados por deformación craneana

En muchos de los enterramientos excavados tal

¹⁰ Los datos se refieren a los grupos Central Coast Salish, que predominantemente se circunscriben a la Columbia Británica. Este es el mayor conjunto de enterramientos entre los cuatro principales grupos Coast Salish; los estudios funerarios respecto a la deformación craneana en sitios mortuorios fechados no son comunes en las otras tres regiones Coast Salish (Norte, Sur y Suroeste).

determinación no se puede hacer, dado que presentan una mala conservación o falta de cráneos completos. Éstos no son considerados aquí. De los 264 enterratorios en los que se pudo determinar, 117 poseen restos humanos directamente datados por métodos radiocarbónicos o se les asignó antigüedad radiocarbónica de cierta confianza a través de la asociación directa con otra muestra ósea radiocarbónicamente fechada (casos de enterratorios múltiples) u otras muestras no humanas en asociación directa con el entierro (es decir, al interior del contexto de entierro; tabla 2). El resto del conjunto de datos (los restantes 147 de los 264) incluyen entierros que no han sido directamente fechados por métodos radiocarbónicos, pero se les puede asignar una antigüedad aproximada en base a asociaciones estratigráficas entre el enterratorio y otros contextos arqueológicos fechados.

La muestra de enterramientos que hemos acumulado para la región Coast Salish va más allá de los conjuntos de datos considerados previamente en los análisis mortuorios, incluyendo los ofrecidos por Beattie (1980), Burchel (2004, 2006), Burley y Knüsel (1989), Curtin (1991), Thom (1995), y Wright (2000). Sin embargo, la muestra sigue siendo bastante modesta en relación con la población de individuos que debe haber vivido en la región de estudio a lo largo del marco temporal que estamos considerando. Los dos sitios principales (Tsawwassen y Pender Canal) contribuyeron la mayor parte de los enterratorios de

nuestro conjunto de datos. Estos dos sitios poseen grandes habitaciones pisos ocupacionales temporalmente amplios y han sido fundamentales para nuestra comprensión de la historia precontacto del Golfo de Georgia (Ames y Maschner 1999; Carlson y Hobler 1993; Matson y Coupland 1995). Dentro de cada sitio, la población enterrada incluye ambos géneros y variadas edades y grados de status, como se evidencia a través de la preparación del contexto de entierro, inclusiones de grava, y deformaciones craneales. Otros sitios contribuyen menor número de enterratorios a nuestra muestra, muy variables en cuanto a sexo, edad y status.

En general, la muestra representa más que un estrecho rango de variación de estas características. Por otra parte, la variabilidad en las características de los entierros los convierte en un adecuado conjunto de datos para nuestro análisis.

De hecho, esta muestra se mantendrá como el mayor conjunto de información de enterratorios disponible, para investigar estos temas por un buen tiempo; los arqueólogos de la Costa Noroeste no seguirán dirigiéndose a las tumbas en las excavaciones ni mandando rutinarias muestras para la realización de análisis destructivos (tales como la datación radiocarbónica) en respeto por los protocolos culturales de las Pimeras Naciones.

Tabla 2. Entierros con huesos humanos fechados directamente por métodos de radiocarbono o indirectamente por asociación con una edad de radiocarbono

Lab code	Sample code	Site no.	Site name	Mean ¹⁴ C age (conventional)	Corrected median probability	Corrected error	Direct or indirect*	Material dated	Cranial deformation type
RIDDL 100	84-12b	DeRt 2	Pender Canal	5170	5127	223	1	Human bone	None
RIDDL 96	84-31	DeRt 2	Pender Canal	4320	4013	223	1	Human bone	None
Beta 38357	F-4b	DgRs 2	Tsawwassen	4220	3870	125	1	Human bone	None
RIDDL 268	85-1a	DeRt 2	Pender Canal	4070	3682	154	1	Human bone	None
Beta 38353	D-14	DgRs 2	Tsawwassen	3980	3558	62	1	Human bone	None
SFU 541	85-22	DeRt 2	Pender Canal	3970	3547	70	1	Human bone	None
RIDDL 107	84-41	DeRt 2	Pender Canal	3940	3523	145	1	Human bone	None
Beta 38354	D-16	DgRs 2	Tsawwassen	3900	3469	70	1	Human bone	None
GSC-437	6	DfRu 13	Montague Harbour	3160	3375	130	2	Charcoal	None
GSC-437	15	DfRu 13	Montague Harbour	3160	3375	130	2	Charcoal	None
GSC-437	11	DfRu 13	Montague Harbour	3160	3375	130	2	Charcoal	Frontal (probable)
RIDDL 271	85-30	DeRt 2	Pender Canal	3750	3283	164	1	Human bone	None
RIDDL 274	85-38	DeRt 2	Pender Canal	3630	3138	145	1	Human bone	None
Beta 39228	D-48	DgRs 2	Tsawwassen	3600	3108	70	1	Human bone	None
RIDDL 272	85-36	DeRt 2	Pender Canal	3600	3104	164	1	Human bone	None
RIDDL 272	84-39	DeRt 2	Pender Canal	3600	3104	164	2	Human bone	None
S-2350	6	DgRx 5	Duke Point	3590	3092	130	1	Human bone	None
S-2350	10	DgRx 5	Duke Point	3590	3092	130	2	Human bone	None
S-2350	9	DgRx 5	Duke Point	3590	3092	130	2	Human bone	None
S-2350	8	DgRx 5	Duke Point	3590	3092	130	2	Human bone	None
S-2350	7	DgRx 5	Duke Point	3590	3092	130	2	Human bone	None
S-2350	5	DgRx 5	Duke Point	3590	3092	130	2	Human bone	None
S-2350	4	DgRx 5	Duke Point	3590	3092	130	2	Human bone	None
S-2350	3	DgRx 5	Duke Point	3590	3092	130	2	Human bone	None
S-2350	2	DgRx 5	Duke Point	3590	3092	130	2	Human bone	None
S-2350	1	DgRx 5	Duke Point	3590	3092	130	2	Human bone	None
RIDDL 275	85-17	DeRt 2	Pender Canal	3520	3016	174	1	Human bone	None
RIDDL 273	85-37	DeRt 2	Pender Canal	3380	2848	154	1	Human bone	None
RIDDL 102	84-34c	DeRt 2	Pender Canal	3370	2830	282	1	Human bone	None
RIDDL 108	84-35	DeRt 2	Pender Canal	3270	2701	223	1	Human bone	None
RIDDL 99	84-27	DeRt 2	Pender Canal	3260	2687	203	1	Human bone	None
RIDDL 97	84-37	DeRt 2	Pender Canal	3140	2541	203	1	Human bone	None
RIDDL 106	84-43	DeRt 2	Pender Canal	3050	2448	154	1	Human bone	None
SFU 545	86-10	DeRt 2	Pender Canal	3040	2435	70	1	Human bone	None
AECV-1689 C	3a	DeRw 18	Somenos Creek	2900	2162	81	2	Marine shell	None
SFU 26	24	DgRs 1	Beach Grove	2720	2030	88	1	Human bone	Lambdoidal
SFU 537	86-24	DeRt 2	Pender Canal	2620	1908	62	1	Human bone	Present
Beta 37843	2	DgRw 204	False Narrows Bluffs	2450	1709	70	1	Human bone	None
RIDDL 571	4 (2H)	DcRt 9	Cadboro Bay	1760	1680	110	2	Charcoal	None
Beta 37844	1	DgRw 204	False Narrows Bluffs	2320	1557	79	1	Human bone	None
SFU 639	87-3	DfRu 44	Long Harbour	2320	1556	70	1	Human bone	Occipital
Beta 37846	6	DgRw 204	False Narrows Bluffs	2300	1532	79	1	Human bone	None
CAMS 54729	1	DjSf 13	Buckley Bay	2240	1460	62	1	Human bone	None
Beta 40985	C-19	DgRs 2	Tsawwassen	2160	1390	97	1	Human bone	None
Beta 40985	C-17	DgRs 2	Tsawwassen	2160	1390	97	2	Human bone	None
Beta 40985	C-18	DgRs 2	Tsawwassen	2160	1390	97	2	Human bone	Lambdoidal
Beta 38348	B-1	DgRs 2	Tsawwassen	1770	1001	106	1	Human bone	Anteroposterior
WSU-4627	22a	DeRw 18	Somenos Creek	1765	994	70	1	Human bone	None
RIDDL 267	85-1	DeRt 1	Pender Canal	1710	944	193	1	Human bone	None
Beta 58221	1	DeRw 18	Somenos Creek	1690	910	79	1	Human bone	Fronto-occipital
Beta 39231	D-23	DgRs 2	Tsawwassen	1650	865	70	1	Human bone	Bifronto-occipital
Beta 38352	C-24	DgRs 2	Tsawwassen	1620	838	62	1	Human bone	Present
Beta 38352	C-11	DgRs 2	Tsawwassen	1620	838	62	2	Human bone	Anteroposterior
Beta 38352	C-12	DgRs 2	Tsawwassen	1620	838	62	2	Human bone	Present
Beta 38352	C-13	DgRs 2	Tsawwassen	1620	838	62	2	Human bone	None
Beta 38352	C-15	DgRs 2	Tsawwassen	1620	838	62	2	Human bone	Occipital
Beta 38352	C-20	DgRs 2	Tsawwassen	1620	838	62	2	Human bone	Bifronto-occipital
Beta 38352	C-21	DgRs 2	Tsawwassen	1620	838	62	2	Human bone	None
Beta 38352	C-22	DgRs 2	Tsawwassen	1620	838	62	2	Human bone	None
Beta 38352	C-25	DgRs 2	Tsawwassen	1620	838	62	2	Human bone	Occipital
Beta 38352	C-26	DgRs 2	Tsawwassen	1620	838	62	2	Human bone	Frontal
Beta 38352	C-7	DgRs 2	Tsawwassen	1620	838	62	2	Human bone	None

Lab code	Sample code	Site no.	Site name	Mean ¹⁴ C age (conventional)	Corrected median probability	Corrected error	Direct or indirect ^a	Material dated	Cranial deformation type
Beta 38352	C-8	DgRs 2	Tsawwassen	1620	838	62	2	Human bone	Anteroposterior
SFU-[NA]-4	87-6-C1	DgRw 20	Mueller Cabin	900	823	60	2	Charcoal	None
Beta 40986	D-7a	DgRs 2	Tsawwassen	1600	821	70	1	Human bone	Lambdoidal
Beta 39226	G-3	DgRs 2	Tsawwassen	1600	821	62	1	Human bone	Bifronto-occipital
WSU-4626	20a	DeRw 18	Somenos Creek	1560	787	79	1	Human bone	Frontolambdoidal
WSU-4626	20b	DeRw 18	Somenos Creek	1560	787	79	2	Human bone	Frontolambdoidal
Beta 78983	2	NA (HM)	Hatzic Mound	840	762	60	2	Wood fiber	Present
Beta 39225	G-1	DgRs 2	Tsawwassen	1530	758	70	1	Human bone	Occipital
SFU 583	C-3	DgRs 2	Tsawwassen	1510	740	70	1	Human bone	Present
Beta 39229	D-39	DgRs 2	Tsawwassen	1510	740	70	1	Human bone	Lambdoidal
SFU 583	D-12a	DgRs 2	Tsawwassen	1510	740	70	2	Human bone	None
SFU 583	D-13	DgRs 2	Tsawwassen	1510	740	70	2	Human bone	Anteroposterior
SFU 583	D-15b	DgRs 2	Tsawwassen	1510	740	70	2	Human bone	Occipital
SFU 583	D-19	DgRs 2	Tsawwassen	1510	740	70	2	Human bone	Anteroposterior
SFU 583	D-20	DgRs 2	Tsawwassen	1510	740	70	2	Human bone	Bifronto-occipital
SFU 583	D-22	DgRs 2	Tsawwassen	1510	740	70	2	Human bone	Occipital
SFU 583	D-28	DgRs 2	Tsawwassen	1510	740	70	2	Human bone	Anteroposterior
SFU 583	D-29	DgRs 2	Tsawwassen	1510	740	70	2	Human bone	Anteroposterior
SFU 583	D-34a	DgRs 2	Tsawwassen	1510	740	70	2	Human bone	None
SFU 583	D-34b	DgRs 2	Tsawwassen	1510	740	70	2	Human bone	Bifronto-occipital
SFU 583	D-35	DgRs 2	Tsawwassen	1510	740	70	2	Human bone	Bifronto-occipital
SFU 583	D-42	DgRs 2	Tsawwassen	1510	740	70	2	Human bone	Anteroposterior
SFU 583	D-43	DgRs 2	Tsawwassen	1510	740	70	2	Human bone	Lambdoidal
SFU 583	D-49	DgRs 2	Tsawwassen	1510	740	70	2	Human bone	None
SFU 583	D-5	DgRs 2	Tsawwassen	1510	740	70	2	Human bone	Occipital
SFU 583	D-50	DgRs 2	Tsawwassen	1510	740	70	2	Human bone	Anteroposterior
SFU 583	D-6	DgRs 2	Tsawwassen	1510	740	70	2	Human bone	Anteroposterior
SFU 583	D-8	DgRs 2	Tsawwassen	1510	740	70	2	Human bone	None
SFU 583	D-9	DgRs 2	Tsawwassen	1510	740	70	2	Human bone	Bifronto-occipital
SFU 583	G-5b	DgRs 2	Tsawwassen	1510	740	70	2	Human bone	Bifronto-occipital
SFU 583	S-4	DgRs 2	Tsawwassen	1510	740	70	2	Human bone	Bifronto-occipital
Gak-6035	1	DiSe 7	Deep Bay	790	729	80	2	Charcoal	Fronto-lambdoidal
Beta 39230	D-33	DgRs 2	Tsawwassen	1500	728	62	1	Human bone	Frontal
RIDDL 270	85-12	DeRt 2	Pender Canal	1460	708	135	1	Human bone	None
GSC-436	13	DfRu 13	Montague Harbour	730	690	130	2	Charcoal	Occipital
Beta 38351	C-23	DgRs 2	Tsawwassen	1450	687	70	1	Human bone	Anteroposterior
RIDDL 98	84-44	DeRt 2	Pender Canal	1420	664	97	1	Human bone	None
RIDDL 98	84-86	DeRt 2	Pender Canal	1420	664	97	2	Human bone	None
WSU 4547	NS-2-1898	NA (NS)	North Saanich	1380	643	174	1	Human bone	Present
Beta 40987	G-7	DgRs 2	Tsawwassen	1380	627	79	1	Human bone	Anteroposterior
Beta 38350	C-16	DgRs 2	Tsawwassen	1360	610	70	1	Human bone	Lambdoidal
RIDDL 269	85-4	DeRt 2	Pender Canal	1340	606	154	1	Human bone	Fronto-occipital
Beta 11055	1	DfRu 42	Welbury Point	1260	547	88	1	Human bone	Anteroposterior
Beta 40984	C-9	DgRs 2	Tsawwassen	1260	547	88	1	Human bone	Anteroposterior
Beta 39277	D-40	DgRs 2	Tsawwassen	1260	547	62	1	Human bone	Bifronto-occipital
Beta 38355	D-26	DgRs 2	Tsawwassen	1250	540	70	1	Human bone	Bifronto-occipital
WSU 4545	NS-6-1898	NA (NS)	North Saanich	1190	487	97	1	Human bone	None
WSU 4546	NS-4-1898	NA (NS)	North Saanich	1140	443	88	1	Human bone	Present
WSU 4543	NS-1-1899	NA (NS)	North Saanich	1160	443	203	1	Human bone	Present
RIDDL 95	84-42	DeRt 2	Pender Canal	1090	390	135	1	Human bone	Anteroposterior
Beta 40983	C-1	DgRs 2	Tsawwassen	960	285	70	2	Human bone	Anteroposterior
Beta 40983	C-2	DgRs 2	Tsawwassen	960	285	70	2	Human bone	Occipital
Beta 40983	C-4c	DgRs 2	Tsawwassen	960	273	164	1	Human bone	Anteroposterior
SFU 247	SG-1-1984	DcRu 52	Victoria ^b	610	254	441	1	Human bone	Present
Beta 65249	B2	DfRu 3	Harbour House	870	172	70	1	Human bone	Anteroposterior

Note. NA = not available.

^a Direct ¹⁴C = 1, indirect ¹⁴C = 2.

^b No site name on record, general location reference.

Para los entierros fechados, calibramos edades radiocarbónicas mediante la calibración mixta

terrestre/marina para el Hemisferio Norte en Calib 5.0, que incluye una corrección estándar global y una corrección de reserva para uso específicamente local (AR).

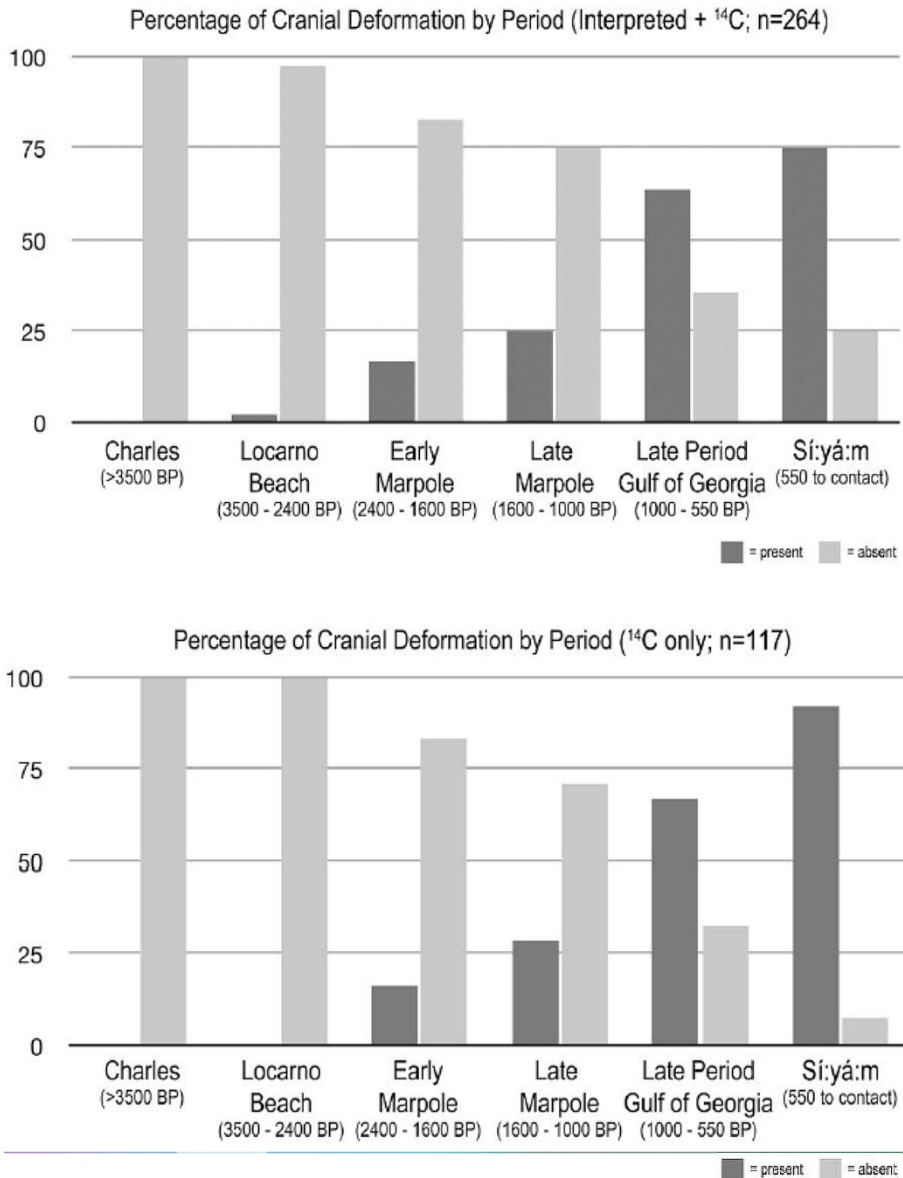


Figura 4. Porcentaje de deformación craneal por período para el conjunto de datos completo (radiocarbono y entierros asociados) y restringido al conjunto de datos de radiocarbono.

Utilizamos una corrección local de 390 años, consistente con las empleadas por otros (por ejemplo, Deo, Stone, y

Stein 2004). Asumimos un 90% de proteína marina en la dieta, consistente con las determinaciones isotópicas para la mayoría de los pueblos precontacto de la Costa Noroeste (por ejemplo, Brown 2003; Chishlom, Nelson, y Schwarcz 1983). Al calibrar los enterratorios de esta manera, estamos publicando fechas en algunos casos incompatibles con los ya publicados. En el pasado, los arqueólogos han reportado e interpretado fechados de enterratorios de restos óseos sin calibración apropiada, lo que ha causado confusión en los debates sobre la cronología de desarrollo de los sistemas de status en la región del Golfo de Georgia. Notablemente, esto afectó a enterratorios del sitio Tsawwassen, donde nuestra calibración cambia muchos enterratorios del Período Marpole y el Período Tardío. Hemos corregido todas las edades radiocarbónicas de manera similar por lo que su cronología relativa es clara. Las correcciones de reserva marina continúan siendo ajustadas, pero más mejoras no deberían cambiar los patrones cronológicos generales que destacamos, incluso mientras las fechas absolutas asociadas con el conjunto de datos pueda cambiar ligeramente. Se presentan los datos para las tumbas correctamente calibradas y para las fechadas directamente (^{14}C establecido), así como para el conjunto de tumbas fechadas directamente además de los entierros fechados por asociación (conjunto completo) en la figura 4. Los resultados en general concuerdan. La deformación craneal es extremadamente rara antes del Período Marpole, con solo un potencial ejemplo ocurrido antes del

2400 cal AP en el sitio Montague Harbour (Mitchel 1971:218). Durante el Período Marpole temprano, entre el 2400 al 1600 cal AP, una minoría de los enterratorios exhiben deformación craneal (conjunto completo: 19 de 112, el 17,0%; 14C establecido: 1 de 6, 16.7%). Este porcentaje es consistente con las expectativas tenidas para la deformación craneal habiendo sido usado para marcar un status de élite con distribución limitada en la población. Este grado de prevalencia continúa en el Período Marpole tardío (1600 a 1000 AP), con un ligero aumento en la frecuencia (conjunto completo: 2 de 8, 25%; 14C establecido: 2 de 7, 28.6%). La práctica de deformación craneal se vuelve dominante en el Período Tardío, aumentando hasta alcanzar la clara mayoría de la muestra (conjunto completo: 41 de 64, 64.0%; 14C establecido: 39 de 58, 67.2%). Después del 550 AP, el patrón de incremento de la prevalencia continúa (conjunto completo: 12 de 16, 75%; 14C establecido: 12 de 13, 92.3%). El tamaño de la muestra es el más pequeño para los momentos más tardíos del Período Marpole, pero la tendencia en los datos procede de una prevalencia relativamente baja al uso generalizado de la práctica a lo largo de los últimos 2400 años. Desde el 550 AP hasta el contacto, un período definido por Schaepe (2009) como Era Sí:yá:m. la muestra es también pequeña, probablemente debido en parte, al cambio hacia prácticas de inhumación sobre el suelo que comienza en torno al 1000 AP (Thom 1995). A pesar de estas aclaraciones, la deformación craneal aumenta constantemente a través del

tiempo durante el período precontacto.

En el período postcontacto, muchos relatos etnográficos e históricos han documentado la práctica de la deformación craneana como muy extendida, con la mayoría de la población Coast Salish histórica exhibiendo dicho rasgo. Comentarios directos sobre su uso sugieren que los Coast Salish practicaban la modificación craneal meramente por belleza, a fin de “hacerse guapos” (Gibbs 1877:211). Barnett (1955) afirmó que no era asociado con “atributos aristocráticos”, desde que “todos lo tenían” (75). Sin embargo, todos cualificaron su status, al aclarar que los esclavos no exhibían el indicador o no realizaban dicha práctica en sus niños. Como remarca Gibbs (1877), la deformación es “limitada a niños con padres libres; los esclavos no disfrutaban de este privilegio” (211). Estas declaraciones dan cuenta que a pesar de subrayarse su significado estético también indican asociación con un status libre. Junto a las afirmaciones directas que las prácticas postcontacto de deformación estaban asociadas específicamente con las clases altas (por ejemplo, Collins 1974:219; Duff 1952:91; Elmendorf 1992 [1960]:425), es difícil sostener la opinión de que la deformación craneal no era un indicador de status en la región. Si bien pudo haber sido estéticamente agradable, su percepción como tal puede su origen en el valor atribuido a las personas de alto status en la sociedad Coast Salish. Los patrones de deformación craneal en contextos de entierro de Coast

Salish se deben considerar en relación con patrones más amplios de cambio sociopolítico en los últimos dos milenios. Nuestros datos craneales muestran un incremento en la proporción de individuos de élite a no élite en la sociedad Coast Salish a lo largo del tiempo, trazando la emergencia de una élite demográficamente pesada en el nivel superior, coincidente con la sociedad de pera invertida de Suttles (1987c [1960]:6–7, 11–13).

Suttles (1987c [1960]:6–7, 11–13) no ofrece argumentos en cuanto a cómo se desarrolla una sociedad de pera invertida, a pesar de que vincula explícitamente la demografía de la élite registrada etnográficamente con una fuerte diferenciación social en forma de clases sociales. Vemos la información de los enterratorios de los últimos 2400 años como proveedores de una perspectiva diacrónica y con la profundidad temporal necesaria para iluminar procesos críticos respecto al desarrollo de esta sociedad de pera invertida.

El predominio de personas con status de élite en la sociedad Coast Salish se opone a la visión tradicional de cómo los sistemas políticos se expanden. Desde la perspectiva de una creciente centralización como perspectiva dominante en los modelos de evolución política, el elitismo es asociado con un incremento en la exclusividad y la restricción de las posiciones de status. ¿Cómo se explica la expansión del elitismo en lugar de una

sustancial restricción de dicho status a lo largo del tiempo en el caso de Coast Salish? Como se discutió anteriormente, el Período Marpole representa una época de crecientes interacciones en toda la región, involucrando la formalización de relaciones a larga distancia en una red de relaciones de intercambio. Esta red de relaciones, probablemente afianzada a través de matrimonios, facilitaba la circulación de recursos de subsistencia y objetos de prestigio/rituales (Grier 2003). Son estas relaciones y su creciente exclusividad las que probablemente sirvieron de base para el surgimiento de una élite incipiente y exclusiva en el Período Marpole. Esto indica la consolidación del poder entre una minoría de élite. La circulación de figurinas–cuencos que representan humanos sentados quizás sea el indicativo más distintivo de estas relaciones cada vez más exclusivas, que debió ser la propagación de una elaborada tradición de túmulos funerarios en toda la región durante los tiempos Marpole, los cuales sugieren la circulación de símbolos elitistas en toda la región (Lepofsky et al. 2000; Thom 1995). También durante el Período Marpole aparecen por primera vez las grandes casas corporativas y las aldeas en varias áreas del Golfo de Georgia (Grier 2006b; Matson y Coupland 1995). Los jefes de hogar, al mando de la fuerza productiva de estos hogares en expansión, fueron los actores dominantes en las redes regionales. Esta incipiente élite de cada grupo, controlando tanto una facción del hogar como negociando en las redes de relaciones regionales, surgió como un grupo económico

distintivo y exitoso, social y políticamente. Observando la limitada distribución de la deformación craneal en el Período Marpole como indicativo de este proceso inicial, en el que emergieron las casas principales como una clase de facto con acceso preferencial a los hogares y recursos distantes y quienes se distinguieron a si mismos simbólicamente de una masa de gente común a través del uso de prestigio basado en la cultura material. Esta élite empleó la definición craneal como un indicador de status hereditario a medida que se volvió cada vez más importante marcar el status y la riqueza de los jefes de hogar y sus hijos.

Sin embargo, a inicios del Período Tardío grandes segmentos de la sociedad se fueron uniendo al estrato de la élite, sugiriendo la aparición de nuevos ricos, como evidencia la expansiva práctica de la deformación craneal. ¿Por qué ocurrió esto? Sostenemos que la expansión de la pertenencia a la clase de élite resultó de una activa resistencia y desafío de los plebeyos al creciente status y control de la élite hereditaria en la sociedad. Hubo muchas prácticas para montar dicha resistencia. En primer lugar, mientras que el éxito de la élite había llegado a través de una hábil manipulación de las relaciones locales y de larga distancia, la flexibilidad de las relaciones sociales en la sociedad Coast Salish permitió a los miembros individuales cambiar su filiación en los hogares, actuando como descanso al control del hogar de élite sobre el recurso clave: la mano de obra (Collins 1979). En segundo lugar,

aprovechando esta autonomía potencial a su ventaja, los hogares plebeyos pudieron asegurar posiciones de más prestigio en el hogar, incluyendo la exigencia de algunas prerrogativas sociales a los miembros de la élite, incluyendo la deformación craneal. Por medio de estos procesos, los plebeyos de Coast Salish fueron capaces de nivelar el campo –es decir, actuaron como un freno a la centralización del poder en manos de los hogares de élite– mediante la negociación por sí mismos en el status de élite como nuevos ricos.

Desde una perspectiva anarquista, este cambio implicó la (re)afirmación de la autonomía del plebeyo en oposición a la creciente jerarquía y centralización del poder al interior de los hogares líderes. Las acciones de los nuevos ricos trabajaron en oposición a las restricciones impuestas a su participación en la práctica de la deformación craneana. Su resistencia a la centralización del poder y el ejercicio de su autonomía potencial permitió un uso más amplio del indicador, acercándolo a la mayor parte de la sociedad. Estos acontecimientos indican una significativa transición desde una jerarquía más centralizada a una heterarquía más inclusiva y desde una red de élite restringida a una que abarca una amplia mayoría.

La guerra como práctica de nivelación

Fuera del contexto del hogar, otro elemento clave de la resistencia y la descentralización fue la guerra. Hacia fines del Período Marpole, la guerra era frecuente en la región del Golfo de Georgia, como lo indica la presencia de sitios defensivos a lo largo de la región de Coast Salish. El período temporal específico de elevados conflictos es fundamental para la comprensión del rol cumplido por la guerra como práctica para resistir a la centralización del poder, vemos el aumento de la guerra como una importante estrategia de resistencia a la centralización en la región. La guerra puede ser vista como una estrategia para romper el incremento de concentración de poder en manos de la élite Marpole. De hecho, los relatos orales sobre la guerra predominantemente refieren a batallas entre grupos Coast Salish más que a conflictos externos con poblaciones no Coast Salish (Angellbeck 2009:227–229).

Arqueológicamente, los indicadores de la guerra en la Costa Noroeste incluyen típicamente la presencia de armamento, representaciones, trauma esquelético, y sitios defensivos y su referencia en las historias, tanto escritas como orales (Lambert 2002; Maschner y Reedy–Maschner 1998). En la región Coast Salish, las dos primeras líneas de evidencia son insuficientes para el análisis de la naturaleza y prevalencia de la guerra, al no ser el armamento algo siempre específico para el combate (Ames y Maschner 1999:209), y las representaciones de la guerra en el arte rupestre son limitadas y normalmente no asociadas a

períodos particulares (Bell 1982).

Hay, sin embargo, rica evidencia etnohistórica sobre la guerra en la región Coast Salish. La mayoría de esta información remite a guerras postcontacto, que era endémica entre ca. 1790 y 1870 (Angelbeck 2009:69–98). Los muchos relatos orales y escritos de la guerra son valiosos para la comprensión tanto de los períodos de guerra precontacto como postcontacto. Usando la historia oral, los investigadores han documentado sitios defensivos en el norte de la Costa Noroeste asociados a guerras libradas hace 2000 años (Marsden 2001; Martindale y Marsden 2003). Gran parte de esta historia oral de la región Coast Salish remite al período de guerras postcontacto, como ser sus guerras con los Kwakwaka'wakw (Angelbeck y McLay 2011). Otras historias de guerra rara vez se anclan a un período precontacto específico. Para este análisis, nos basamos en esta información para ayudarnos en la interpretación de elementos del registro arqueológico asociado a la guerra en el Golfo de Georgia, que incluye trauma esquelético y sitios defensivos.

En un estudio comparativo del trauma esquelético a lo largo de toda la Costa Noroeste, Cybulski (1992:157–158) mencionó una baja incidencia (6%) de trauma normalmente atribuible a la guerra para los períodos Locarno y Marpole (3500 a 1500 AP) en la región Coast Salish comparada con la del norte de la Costa Noroeste. Pero para el Período Tardío

(después del 1500 AP), Cybulski (1994:76–77) nota un incremento (al 27.6%) del trauma esquelético a lo largo de toda la región. Aunque el tamaño de su muestra para la región Coast Salish es pequeña, sus hallazgos sugieren un correlato entre el lapso de aumento de trauma esquelético derivado del conflicto y la construcción de sitios defensivos.

La construcción de fortificaciones defensivas era un fenómeno relativamente tardío en el largo desarrollo de la historia precontacto de la Costa Noroeste (Moss y Erlandson 1992). En la región Coast Salish, estas fechas no son anteriores al 1600 AP. La ausencia de evidencia de sitios defensivos previos a este período no significa que el conflicto estaba ausente anteriormente, sino que hacia el 1600 AP la escala y/o frecuencia de los mismos había aumentado al punto en que la construcción de sitios defensivos se justificaba. Los sitios defensivos conocidos datan de dos principales períodos, ambos correlacionados con las mayores transiciones de la historia cultural regional (tablas 3 y 4). Los sitios defensivos aparecen inicialmente alrededor del 1600 AP, con sitios construidos y utilizados desde el Período Marpole Tardío hasta aproximadamente el 500 AP, que corresponde al inicio del Período Sí:yá:m en el Bajo Valle Fraser (Schaepe 2009). El segundo período de guerras comienza luego del contacto, ca. 1790 DC, y continúa hasta aproximadamente el 1870 DC; la introducción de armas de fuego, epidemias, e inestabilidades económicas asociadas al comercio de pieles

contribuyeron a dar oportunidades a la guerra (Angelbeck 2007).

Ambos períodos de guerra documentados para la región Coast Salish se produjeron luego de períodos de incremento de la desigualdad social (Angelbeck 2009:296–301; fig. 5). Los datos funerarios presentados antes apuntan a un significativo afianzamiento de las élites como una clase social demarcada durante la primera mitad del Período Marpole hacia el 1600 AP. El afianzamiento de la élite probablemente alimentó la resistencia de quienes participaban en el sistema (por ejemplo, otras élites con objetivos similares de competencia) o aquellos que quedaron fuera del sistema. Vemos que el conflicto jugó un papel en el control del poder y la acumulación en una era de creciente control sobre los recursos. En nuestro análisis, la guerra era una práctica importante, como conflicto interno dirigido, para desestabilizar la centralización y regular la concentración de riquezas.

Aproximadamente hacia el 500 AP, el uso de sitios defensivos en Coast Salish fue declinando, sugiriendo un decaimiento del uso de la guerra como mecanismo político de nivelación. Los siglos entre el 500 AP y el momento histórico de contacto constituyen el Período Sí:yá:m. En este período, Schaepe (2009:254–260) encuentra un incremento intrasitio de las desigualdades en el tamaño de los hogares a través del tiempo en los asentamientos de casas pozo en

el Valle Fraser. Sobre la base de estos datos, argumenta que el Período Sí:yá:m exhibió un incremento de la desigualdad a través del tiempo y que eso produjo un “fuerte alcance de la autoridad centralizada” (Schaepe 2009:261). Esta transición desde el Período Sí:yá:m al Período de Contacto es asociado con el surgimiento del segundo momento principal de guerra, donde los signos de sociedad centralizada a lo largo de Coast Salish ya no estaban presentes¹¹.

En el pasado de Coast Salish, ambos períodos de incremento de la desigualdad fueron seguidos por períodos de elevado conflicto. Estos períodos de guerra dieron como resultado un estrechamiento general de la brecha que se había desarrollado entre la élite y los plebeyos. En estas bases, la guerra puede ser vista como una acción que niega los intentos de centralización o consolidación del poder de las élites. Esta resistencia activa a la creciente centralización

11 Indicando un cambio hacia la creciente diferenciación de los hogares antes del contacto, Matson (2003) argumentó que durante el período postcontacto hubo una reducción de tamaño de los hogares. En una comparación de los hogares precontacto versus postcontacto, sobre todo de la zona de la Coast Salish, se determinó que después del contacto se redujo el ancho de la compartimentalización (la distancia entre las vigas) dentro de los hogares. Matson (2003:101) argumenta que los acontecimientos después del contacto afectaron el tamaño de los compartimientos de los hogares, apuntando al desarrollo de los nuevos ricos después del contacto, como detalló históricamente Gibson (1991). En su análisis, la creciente presencia de nuevos ricos tuvo un efecto ecualizador, controlando el crecimiento de las desigualdades sociales.

y control de los recursos refleja otro principio clave de organización de los sistemas anárquicos: la resistencia activa.

Site	Borden no.	Date	±	Material	Lab no.	Source(s) ^a
Cardale Point	DgRv 1	510	60	Shell ^b	Beta 153507	Grier and McLay 2001
Cardale Point	DgRv 1	530	40	Shell ^b	Beta 250605	Angelbeck 2009
Cardale Point	DgRv 1	540	80	Shell ^b	Beta 250606	Angelbeck 2009
Lime Bay	DcRu 123	540	80	Charcoal	SFU 123	Keddie 1983
Flemming Beach	DcRu 20	580	70	Charcoal		Keddie 1996
Flemming Beach	DcRu 20	660	65	Charcoal		Keddie 1996
Aquilar Point	DfSg 3	705	95	Charcoal	I-4008	Buxton 1969
Finlayson Point	DcRu 23	880	70	Charcoal	SFU 772	Keddie 1995; CARD 2009
Finlayson Point	DcRu 23	1080	70	Charcoal	SFU 773	Keddie 1995; CARD 2009
Aquilar Point	DfSg 3	1190	95	Charcoal	I-4007	Buxton 1969
Lime Bay	DcRu 123	1240	80	Charcoal	SFU 791	Keddie 1983
Pedder Bay (Ash Point)	DcRv 1	1580	100	Charcoal	GaK-1484	Moss and Erlandson 1992; CARD 2009

^a Details on sources are provided in Angelbeck (2009).

^b Shell dates are corrected for the marine reservoir effect (Deo, Stone, and Stein 2004; Stuiver et al. 1998).

Tabla 3. Fechas de radiocarbono para los sitios defensivos de Coast Salish antes del contacto

En el contexto de Sud América, Clastres (1994) argumentó un punto paralelo en referencia a la dispersión como medio para eludir los esfuerzos de control, y explicó que “la dispersión de los grupos locales..., por tanto, no es la causa de la guerra, sino el efecto, su objetivo específico” (164). En consecuencia, la guerra en tales planteos exhibe “una *lógica centrífuga*. una lógica de separación que se expresa de tanto en tanto a través de conflictos armados. La guerra sirve para mantener cada comunidad en su independencia política” (Clastres 1994:164)¹². La “lógica centrífuga” de la

12 En ciencias políticas, es común el uso del concepto de anarquía para caracterizar situaciones de conflicto, ya sea entre Estados o dentro de Estados, tales como una revolución o guerra civil. Al utilizar el término, se

guerra actúa contra la “lógica centrípeta” del estado o contra cualquier entidad hegemónica con intenciones de centralizar el poder, los recursos, y la autoridad. Notablemente, esto entra en marcado contraste con Carneiro (1970), quien propone que la guerra unifica grupos dentro de territorios, proveyendo un modelo coercitivo para el proceso de centralización que en última instancia produce Estados.

Un componente en la argumentación de Carneiro se basa en la densidad poblacional, donde la circunscripción deniega a quienes tienen intenciones de poder, la capacidad de fisión como respuesta a las agresiones. Grupos amenazados no podrían pasar simplemente a otro territorio para evitar los avances de la consolidación de la jefatura o el estado. Sin embargo, en sociedades de pequeña escala sin tales cuellos de botella de obvia circunscripción, tales como los de Coast Salish, la guerra pudo tener una

refieren a que la guerra indica que no existe una autoridad anulando la situación – la competencia entre autoridad o autonomía está siendo negociada por la fuerza a través del conflicto. Helbling (2006) y Snyder (2002) han tomado el uso de este concepto de las ciencias políticas para la antropología de la guerra. Sin embargo, este uso de "anarquía" deriva de su connotación de caos bajo la falta de gobierno y no está asociado con la teoría del anarquismo, que simplemente se refiere a una forma de organización social. Aquí argumentamos que el uso de anarquía podría beneficiarse si se relacionase con la teoría del anarquismo – esto es, usarlo simplemente para significar que en la guerra lo político actúa autónomamente. La teoría del anarquismo incluye tal autonomía pero provee un marco mucho más amplio con el cual acceder a tales interacciones.

naturaleza centrífuga. Este uso de la guerra como un “mecanismo político de nivelación” que refleja y reproduce un tema dominante en el mundo político de Coast Salish, indicando una oposición a la centralización y consolidación de poder.

Palisaded fortification	Year(s)	Source(s) ^a
Suxtcikwí'íñ	1860–1880s	Gunther 1927:183–184
Cowichan area	1850s	Grant 1857:300
Shingle Point	1853	Gordon 1853
Keekullukhun	1850s	MacDonald 1990; Suttles 2004
Kullukhun	1850s	MacDonald 1990; Suttles 2004
Swinomish fort	1800–1850s	Sampson 1972
I-eh-nus	1847	Kane 1971
Cadboro Bay	1844	Bolduc 1843–1845; Newcombe n.d.
Dungeness Spit	1841	Pickering 1854:15–16
Penn Cove	1838–1842	Wilkes 1845
Rocky Point	1838–1842	Wilkes 1844
Blaine Fort	1820–1858	Suttles 1951:322–323
Guemes fort	1820–1830	Suttles 1951:43, 322–323
Gooseberry Point	1820–1830	Stern 1934:101–102; Suttles 1951:37–38, 322–323
Salmon Bay	1800–1820s	Barnett 1944:266–267
S.báliuq ^w	1800–1840	Collins 1974:13, 1980:6
South Vancouver Island	1792	Galiano and Valdes (Gunther 1927:63)

^a Details on sources are provided in Angelbeck (2009).

Tabla 4. Fechas de sitios defensivos posteriores al contacto documentados histórica y etnográficamente

DISCUSIÓN

Nuestro análisis proporciona una historia del proceso de construcción de status y resistencia a la centralización en la sociedad Coast Salish a lo largo de los últimos dos milenios. Postulamos que existe una considerable profundidad temporal para el desarrollo del sistema de status de Coast Salish registrado etnográficamente, como lo sugiere Elmendorf (1970:374–375). Sin embargo, esto no debe interpretarse como la promoción de una visión de cambio a largo plazo en las sociedades Coast Salish como la inevitable evolución de la complejidad hacia sus formas registradas históricamente. Más bien, la estructura social etnográfica refleja un largo período de interacciones sociales y negociaciones en las que la desigualdad fue repetidamente construida y desafiada. Es importante destacar, que esta dinámica a largo plazo no puede ser descripta adecuadamente como “aggrandizers” empleando

estrategias diseñadas para vencer o evadir los mecanismos igualitarios de nivelación, ni puede este proceso de desarrollo ser explicado con un estilo Marxista clásico de lucha de clases en la cual las élites y los plebeyos se hallaban en conflicto como clases. En cambio, los plebeyos aspiraban a convertirse en élites y adquirir los derechos a portar símbolos de élite, conformándose en nuevos ricos. Aunque sin duda haya tensiones de clase, estos desarrollos no representan la lucha de clases sino la competencia de facciones. Plebeyos, aspirantes a élites, y élites atrincheradas involucradas en una compleja serie de interacciones que refleja la histórica renegociación de su organización social. Hubo períodos de mayor riqueza y centralización de la autoridad. Hubo también afirmación de las autonomías, búsqueda de formas más libres de asociación, y resistencia a la centralización de la autoridad. La red resultante fue la emergencia de una sociedad heterarquica y anárquica que poseía desigualdad, incluso clases sociales, pero emergida con una inherente resistencia estructural a la centralización a múltiples escalas.

Nuestras interpretaciones generadas a través de un marco anarquista son consistentes con las descripciones etnográficas y las historias orales de Coast Salish, que revelan elementos anárquicos en su política. Esto indica una naturaleza de abajo hacia arriba en su estructura política, en la que los hogares eran la medida principal de poder (Ames 1995). La autonomía de los hogares era estridente, en la

medida en que los antropólogos han afirmado que las aldeas eran más correctamente vistas como clusters de hogares más que como entidades políticas coherentes. Como Elmendorf (1992 [1960]) describe para los Twana de Puget Sound, las aldeas consistían en casas que eran “políticamente independientes de, y no afiliadas con, ningún otro y jamás exhibían una unidad de acción como Twana” (257–258; ver también Mitchell 1983). Incluso dentro de los hogares, los individuos eran libres de alinearse tanto al lado de su madre o al de su padre, según lo descrito por Collins (1979). Ella también describió como la autoridad era garantizada a individuos con habilidades particulares pero solo por la duración de la actividad, generalmente relativa a la construcción de proyectos a gran escala tales como la construcción de un plankhouse o el establecimiento de un gran vertedero de peces (Collins 1974:113). El liderazgo se limitaba en muchos aspectos al evento, proporcionando una forma de justificación para cada autoridad. Suttles (1983) también hizo hincapié en que “el liderazgo era específico a una actividad; no hubo líderes para todo propósito y no hubo grandes concentraciones de autoridad” (132). Para la toma de decisiones mayores, Collins (1974) señaló que todos los miembros de la familia participaban para determinar el resultado en “democracia simple” (112). Por otro lado, el poder de los jefes dependía del apoyo de su hogar. Como describe Barnett (1955), “Ningún jefe en el toma y daca de la vida diaria podría hacer alarde de su superioridad al frente de sus socialmente

inferiores y esperar su apoyo y cooperación... Un jefe debía ser generoso. Daba festines y agasajos frecuentes a los miembros de su grupo familiar para mantener su buena voluntad” (245–246).

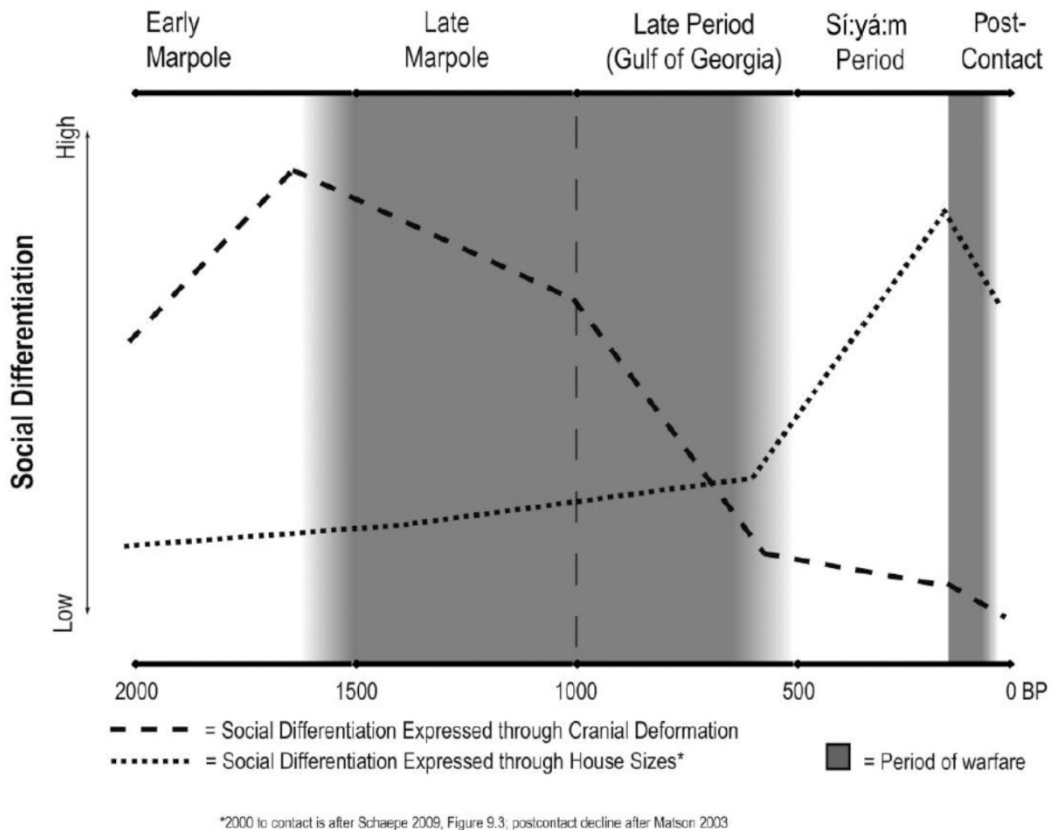


Figura 5. Cronología que muestra los períodos de guerra que siguen a períodos de creciente diferenciación o desigualdad sociopolítica.

Del mismo modo, Miller y Boxberger (1994) observaron que “otros miembros de la aldea se sometieron voluntariamente [a un jefe] porque ello aparejaba beneficios, no porque dicho líder poseía autoridad coercitiva” (284). Los jefes necesitan ser generosos con los bienes para granjearse el apoyo de su familia. La organización de la economía familiar de Coast Salish

alentaba una mayor autonomía de los individuos. Suttles (1990:151) señala que la mayoría de las prácticas domésticas fueron realizadas por individuos o equipos de dos personas. Por esta razón, Suttles (1990) determina que “las actividades de subsistencia y las relaciones no eran lideradas en Coast Salish a través de grandes concentraciones de autoridad” (151).

Por otra parte, si bien hubo expresiones de autoridad y clases altas, las mismas fueron objeto de escrutinio social y crítica. Las tradiciones orales de Coast Salish indican un alto grado de tensiones intra e inter clases, expresadas normalmente a través de conflictos interpersonales (Bierwert 1996:104; Snyder 1964:131). Como ha observado Miller (2001) para Coast Salish, “La concentración del material etnográfico que muestra la persistencia de preocupaciones por el status social sugiere que los asuntos de jerarquía social deben haber sido significativos y que esto *limitaba la movilidad social donde más profundamente se sentía siendo la fuente de conflictos*” (117; énfasis agregado).

Para Coast Salish, los relatos orales delinean la resistencia a la autoridad excesiva y, por tanto injustificada. El auge de Slabebtikud, un líder religioso en torno al Skagit Superior, luego del contacto europeo, constituye un ejemplo importante. La primera ceremonia del salmón era un ritual típicamente llevado a cabo por un hogar u hogares

compartiendo los resultados de la pesca. Cuando Slabebtikud adquirió mayor autoridad, exigió que se realice una primera ceremonia del salmón para todo Skagit, un intento de centralizar poder sobre el ritual y la temporada de pesca. Como señaló Collins (1950), “Dado que la autoridad en estos reinos anteriormente había sido limitada al control de los ancianos sobre las personas más jóvenes dentro de los hogares, esta concentración de la autoridad era un quiebre respecto a los viejos procedimientos” (340). Los pueblos Skagit no acataron tal reclamo, y asesinaron a Slabebtikud.

En este caso, Slabebtikud se había ganado el respeto de sus comunidades por medio de su conocimiento religioso, y el pueblo Skagit le habían conferido autoridad. Sin embargo, estos eventos muestran que su autoridad tenía límites, y sus seguidores terminaron activamente su autoridad cuando sus acciones superaron las prerrogativas aceptables.

En el sentido de autoridad de Bakunin, las acciones basadas en la autoridad auto–asumida de Slabebtikud no se consideraron justificadas. O como argumentó Clastres (1987), los grupos autónomos “no permiten que el deseo de prestigio sea reemplazado por la voluntad de poder” (210).

En quizás su expresión más intrigante, las nociones de descentalización continúan jugando un rol en la organización política del Coast Salish moderno. Thom (2010) ha remarcado como los grupos Coast Salish, durante

sus negociaciones con el Estado- nación de Canadá en el proceso de los tratados modernos, hacen hincapié en la descentralización en sus esfuerzos de auto-gobierno, refiriéndose a esta práctica como “el anatema de la agregación”. Por otra parte, Thom detalló como la autoridad de cualquier individuo Coast Salish para hablar por los Coast Salish en tales negociaciones debe estar justificada por el propósito al que sirve y aceptado ampliamente como tal. Al igual que sus ancestros en los últimos dos milenios, los Coast Salish pretenden descentralizar el poder, enfatizando una mayor autonomía local y sujetando la autoridad a su desafío.

CONCLUSIÓN

La información arqueológica que presentamos proporciona una base para entender como los procesos de descentralización y resistencia operaron en el pasado de la sociedad Coast Salish. La expansión de una clase de élite hereditaria hasta incluir un amplio segmento de la sociedad, medida a través del incremento de la prevalencia de la deformación craneal a lo largo del tiempo, refleja cómo los plebeyos ejercitaron exitosamente su autonomía dentro de los hogares para negociar la elevación del status, mitigando eficientemente el incremento de la diferenciación socioeconómica impulsada por las élites existentes. La guerra produjo una herramienta más amplia de conflicto primariamente entre las clases de élite para romper el incremento de la exclusividad de acceso a recursos sociales y materiales. En estas prácticas, las ideas principales del anarquismo son expresadas e incluidas en los sistemas sociales de Coast Salish, configurando la trayectoria

histórica de la evolución política en la región a lo largo de dos milenios.

Hemos argumentado que la teoría del anarquismo tiene mucho que ofrecer a los arqueólogos y otros teóricos sociales. El anarquismo puede servir de marco para el análisis de sociedades no estatales y no centralizadas, en particular, las dinámicas de poder y autoridad que operan al interior de las mismas. Los principios del anarquismo proveen un conjunto de propuestas para examinar las fuerzas sociales al interior de sociedades heterárquicas. El anarquismo permite movernos más allá de las debilidades del concepto de igualitarismo, expandiendo nuestro entendimiento de las dinámicas de poder y autoridad en formaciones sociales de pequeña escala. Los principios del anarquismo no solo proporcionan un conjunto de rasgos a medir sino que constituyen un conjunto de principios generativos y un marco global para el análisis de la historia. Desde un punto de vista anarquista, cada sociedad renegocia constantemente los términos de sus relaciones sociopolíticas. En consecuencia, es de esperar cambios en la expresión y el énfasis de dichos principios a lo largo del tiempo, con pasos de la autonomía a la dominación, de la identificación involuntaria a la libre asociación, de la cooperación a la competencia, de la jerarquía a la heterarquía, y de las formas impuestas a las autoridades justificadas.

Como hemos mostrado en nuestro caso de estudio de Coast Salish, es posible medir estos cambios mediante información arqueológica. En el proceso, hemos delineado cómo la teoría y los principios del anarquismo pueden proporcionar conocimientos sobre patrones arqueológicos y etnográficos que han sido confusos o explicados solamente de forma engorrosa. El “enigma” del pasado de Coast Salish –donde la “alta complejidad social” se combinaba con una “baja complejidad política”– surge de un intento de ajustar modelos inadecuados basados en teleologías de la centralización para elaborar la aún no centralizada sociedad de la Costa Noroeste. Por otra parte, a través de un análisis anarquista es posible clarificar cómo una sociedad puede desarrollarse y operar cuando una mayoría de individuos posee, de hecho, “estatus de élite”.

Finalizando, nuestro punto principal es no amplificar excesivamente la naturaleza de la autonomía y descentralización de Coast Salish. Nuestro énfasis, en cambio, es para sugerir que ahí está la utilidad de un enfoque anarquista del pasado. En pocas palabras, las sociedades sin gobierno son anarquías. Dicho esto, proponemos que la rica tradición intelectual de la teoría y la práctica anarquista tienen algo que ofrecer a quienes estudian el registro material de dichas sociedades anárquicas.

COMENTARIOS

Kenneth M. Ames

Department of Anthropology, Portland State University,
Portland, Oregon 97207, U.S.A. (amesk@pdx.edu). 8V12

Este trabajo contribuye a varias importantes líneas de nuestro entendimiento de la evolución social de la Costa Noroeste. Lo primero es el remarcable surgimiento de becas arqueológicas y etnohistóricas a lo largo de la última década enfocadas en el Mar Salish y el bajo Río Fraser. Esta región es la mejor conocida antropológicamente en la Costa Noroeste (me refiero arqueológica, etnográfica, etnohistórica, y lingüísticamente). A pesar de ello, no es tan bien conocida, y los proyectos individuales aún pueden forzar revisiones importantes de lo que pensábamos que se sabía (por ejemplo, Clark, Coupland y Cybulski 2012). El estudio también contribuye a un reciente bienvenido replanteo (por ejemplo, Coupland, Clark, y Palmer 2009;

Grier 2006a; Martindale y Letham 2011) y una crítica a los modelos de evolución de la complejidad social de la costa que tomaron forma en los 1990 (por ejemplo, Ames y Maschner 1999; Matson y Coupland 1995). Esta crítica incluye argumentaciones a conceptos tales como complejidad e intensificación que han sobrevivido a su valor, sin ajustarse a las circunstancias de la costa, y que deben ser abandonados (Moss 2011, 2012) ya que estas ideas universalistas se basan en una diversidad ambiental de grano fino de la costa (por ejemplo, Cannon, Yang, y Speller 2011). La diversidad de la costa es bien conocida (por ejemplo, Schalk 1977; Suttles 1968) pero insuficientemente apreciada. Y a medida que se acumula información, el panorama se complica aún más, temporal y espacialmente, apareciendo como un cambiante mosaico 3D. En algunas escalas, los patrones de cambio mediante estos mosaicos exhiben el efecto Rowley–Conwy (Ames 2004): el cambio se da de a pasos, se inicia y se pausa, zig-zags, reversas, y tangentes (Rowly– Conwy 2001) en una dinámica que puede etiquetarse como caótica o quizás anárquica. Sin embargo, en otras escalas está la profunda estabilidad o estasis (por ejemplo, Ames 1991, 2000; Cannon 2003; Lepofsky et al. 2009; Moss 2011). Para una disciplina construida estudiando el cambio, esto presenta considerables problemas teóricos y metodológicos.

Este texto también contribuye a una tradición antropológica de larga data en la cual la Costa Noroeste es

el lugar para probar las teorías más elevadas. Esto es porque, tal como comentan Angelbeck y Grier, las sociedades etnográficas de la costa no encajan fácilmente en las categorías antropológicas, sociopolíticas, o económicas (por ejemplo, Deur y Turner 2005) dada su estratificación social sin organizaciones políticas (pero véase Arnold 2006). Consecuentemente, no nos falta teoría en la costa; la arqueología procesual está viva y bien en algunos lugares; la arqueología de lo doméstico con su enfoque Marxista en la economía política florece; algunos investigadores exploran la ecología del comportamiento humano, otros la evolución Darwinista, mientras otros trabajan dentro de variados marcos teóricos etiquetados como posmodernismo. Las teorías no desaparecen; se recrean. Lo que está faltando es coherencia. Una pregunta que surge, entonces, es si necesitamos conceptos de la anarquía para dilucidar el tema al que remite este texto.

La ausencia de organizaciones políticas o incluso desigualdades más fuertes es un tema tan grande como el Mar Salish. En muchos lugares a lo largo de la costa, las poblaciones fueron lo suficientemente grandes y densas para sostener liderazgos y organizaciones políticas permanentes. Ames y Maschner (1999) especularon que el registro arqueológico de la costa puede en realidad contener evidencia de experimentos fallidos en creación política. El comercio de pieles produjo varios grandes jefes (Ames 1995) a lo largo de la costa, por lo que no es

improbable que haya pasado lo anterior. El desacuerdo con los liderazgos arrogantes o con la excesiva autoridad no se limitó a los Coast Salish. El registro etnográfico para la costa es claro –mientras los jefes debieron tener alto prestigio y autoridad, generalmente tuvieron poco poder real o su poder estuvo circunscripto a ciertas formas, algunas institucionales (por ejemplo, el consejo de ancianos), otras más directas. Por ejemplo, John Jewitt, un americano capturado y esclavizado por Maquinna, el gran jefe Nuu-chah-nulth de inicios del siglo XIX, indica en su diario que Maquinna temía ser asesinado por otros jefes (Jewitt 1967 [1815]). Explicaciones para la ausencia de organizaciones políticas incluyen a la gente votando con sus pies (por ejemplo, Stearns 1984). En el análisis final, los jefes controlaron solo a los esclavos; la gente libre podía irse. Otra posibilidad es estructural: simplemente había demasiados jefes como para ser exitosamente integrados en un sistema de gobierno –la fuerza centrífuga era simplemente muy grande (Ames 1995). Sin embargo, estas sugerencias carecen de integridad teórica.

Angelbeck y Grier presentan una teoría que problematiza y llama la atención sobre el tema en una forma que no se ha realizado antes, dando cuenta de datos etnográficos, y parece vincular a los mismos con el registro arqueológico de la guerra, deformación craneal, y tamaños de las casas en el mar Salish y el bajo Río Fraser. Lo que quizás es más interesante es que dieron cuenta de la evolución con

distribución en forma de pera del estatus entre los Coast Salish. La teoría anarquista, al menos en sus manos, es productiva. Espero poder mirar atrás para verlo aplicado a otros aspectos del mosaico 3D de la Costa Noroeste y ver si constantemente nos ayuda a darle sentido a las cosas.

Elizabeth Arkush

Department of Anthropology, University of Pittsburgh, 3302 Wesley W. Posvar Hall, 230 South Bouquet Street, Pittsburgh, Pennsylvania 15260, U.S.A. (arkush@pitt.edu). 14V12.

El creativo y provocativo artículo de Angelbeck y Grier dibuja a la teoría anarquista como una nueva forma de conceptualizar la política de sociedades no estatales. Quiero decir como un gran elogio que esto abre más preguntas – verdaderas preguntas – que respuestas. La pregunta más obvia es si la teoría del anarquismo añade algo a la rica literatura que ha sido muy usada para modificar y reconstruir el modelo neoevolutivo desde al menos mediados de 1980. Para este trabajo ya realizado sobre el igualitarismo, heterarquía, redes, y variadas tipologías de formaciones sociales transigualitarias, ¿puede el anarquismo ofrecer nuevas pistas respecto a cómo se

constituyen las relaciones políticas? Potencialmente, si. Dos aspectos de este artículo son particularmente útiles. Primero, se refiere a hilos argumentativos recientes (por ejemplo, Weissner 2002) respecto a que las sociedades acéfalas son distinguidas no por la falta de jerarquías permanentes sino por la afirmación activa de los códigos y prácticas que trabajan contra la jerarquía y permiten a la gente funcionar sin liderazgo central. Como notan los autores, es más productivo hablar sobre estas instituciones en términos positivos que en negativos (aunque, irónicamente, el término “anarquía” replica la terminología negativa que critican, así como muchos otros términos inevitables en su artículo y en este comentario). La segunda contribución es la visión de una persistente dialéctica o tensión entre las fuerzas y las prácticas de centralización y descentralización de la sociedad. Con el tiempo, puede haber oscilaciones de ida y vuelta, á la Leach (1954) y McGuire y Saitta (1996), o una tendencia a largo plazo en una dirección, pero con el potencial siempre presente de una reversión. Esta perspectiva dirige la atención hacia los “colapsos”, desfasajes, o “pausas” (Dillehay 2004; Harrower, McCorriston, y D'Andrea 2010) y movimientos lejanos a la centralización como cosas que necesitan ser explicados tanto como el aumento de la centralización.

En el futuro, una pregunta central debe ser el grado en que la descentralización (como la centralización) es llevada a cabo y practicada por la agencia humana o por

condiciones “externas” tales como las oportunidades y limitaciones de los recursos. Tendencias hacia el anarquismo podrían ser más realizables en algunos contextos sociales y ambientales. Por ejemplo, la crucial habilidad de los pueblos Coast Salish de “votar con los pies” descansa en la base de un sistema de parentesco bilateral flexible. ¿Este sistema de crianza por parentesco bilateral es preexistente a la descentralización y la autonomía individual, o lo es un ethos general de autonomía y desagrado a la autoridad injustificada la que llevó a definir convenientemente las relaciones de parentesco en términos bilaterales? Este tipo de preguntas del tipo el-huevo-o-la-gallina destaca el problema respecto a cómo hemos de pensar en principios a priori anarquistas tales como la autonomía individual y la asociación voluntaria. ¿De dónde provienen estos principios? (¿Está su autoridad justificada entonces, para hablar?). ¿Son parte de nuestra herencia evolutiva como animales sociales? ¿Son propiedades inherentes y estructuralmente necesarias para que una sociedad acéfala funcione? ¿Están presentes en la forma germinal de toda sociedad, incluso en las más jerárquicas? ¿Emergen en un momento histórico, como reacción a los movimientos hacia la centralización? ¿O son simplemente los ideales surgidos de un puñado de revolucionarios rusos del siglo XIX por una utopía imaginada por muchos en esa época?

Otro problema es la intencionalidad. La gente en el pasado

pudo no haber pensado obsesivamente sobre el poder político abstracto como lo hacen los arqueólogos y los anarquistas, por lo que Angelbeck y Grier pueden atribuir demasiada intencionalidad a los pueblos Coast Salish como agentes conscientes persiguiendo una agenda política a largo plazo. La adopción gradual de la deformación craneal es producto no de plebeyos trabajando juntos contra las élites sino por plebeyos aspirando convertirse en élites y dejando a sus hermanos plebeyos atrás. El tratamiento de la guerra como estrategia de nivelación tiene un sabor curiosamente funcionalista, que recuerda al relicto de teorías en las que la función de la guerra era limitar el crecimiento poblacional o la óptima distribución de proteínas (Harris 1984; Rappaport 1968). La guerra puede de hecho afianzar la economía local y frustrar una consolidación regional, pero los belicosos Coast Salish estaban probablemente más preocupados por la competencia entre facciones, los conflictos de recursos, y el avance social que en el objetivo último de la descentralización. Que estas guerras se produjeran luego de períodos de crecimiento de la desigualdad no significa que haya surgido como reacción directa la desigualdad; períodos de desestabilización y crisis pueden asociarse tanto con la guerra como con las oportunidades de avance social, lo que es claro en el período poscontacto. Sin embargo, la guerra pudo haber permitido el anarquismo independientemente de que los guerreros sean anarquistas.

En el fondo, los autores están tratando de hacer frente a un contexto en el que los rasgos clásicamente asociados con la complejidad no se correlacionan fuertemente. Una jerarquía social muy desarrollada contrasta con un poder político muy limitado más allá del grupo de parentesco. Sin embargo el enigma de una excepción a la “jefatura clásica” es apenas nuevo. Hace años los arqueólogos se dieron cuenta de que cuando arrastras sociedades en grupo a través de un simple eje llamado complejidad, una cantidad de ellos no encajan muy bien (Feinman y Neitzel 1984; Yoffee 1993). Que todavía estemos luchando con el modelo neoevolucionista luego de tres décadas de revisión y crítica habla del aparentemente inquebrantable arraigo que tiene en nuestra imaginación.

Carole L. Crumley

University of North Carolina, Chapel Hill, 301 Alumni Building, Chapel Hill, North Carolina 27599, U.S.A. (crumley@Unc.edu) 27IV12

Amalgamando varias líneas de la teoría de la arqueología crítica, este fascinante artículo avanza hacia una poderosa

alternativa interpretativa del desarrollo de la diversidad de las relaciones de poder. Al cuestionar los supuestos fundamentales que han tomado forma en las interpretaciones de los milenios pasados, este enfoque puede dar a la arqueología un papel nuevo y emocionante en el revisionismo del futuro también.

Desde la fundación de la arqueología como disciplina, la interpretación dominante de la organización sociopolítica ha sido predicada sobre una progresión lineal desde las sociedades pequeñas, tempranas, “simples” hacia aquellas más populosas, tardías en el tiempo, y “complejas”.

Este esquema, tomado de los autores clásicos, es denominado primitivismo (Crumley 1974; Lovejoy y Boas 1935; Nisbet 1994). Parece ser simple y claro, basado en el incremento de la población y la elaboración de formas a lo largo del tiempo; sus consecuencias, sin embargo, están estrechamente relacionadas con el Darwinismo social.

“Complejo” se ha tomado en el sentido de la aparición de sociedades y jerarquías políticas, un esquema interpretativo que ofrecieron las naciones del siglo XIX aportando “pruebas” convenientemente científicas de la superioridad y las bases morales de la conquista.

Por lo tanto, las poblaciones indígenas del mundo podrían beneficiarse de la empresa colonial, siendo la hegemonía su recompensa. Otras formas distintas a aquellas que

naturalizaron el poder de la élite fueron dejadas como sendas evolutivas pintorescas en el camino hacia el progreso.

El marco teórico del etnólogo de la Universidad de Michigan, Elman Service, que refiere a bandas, tribus, jefaturas, y estados (Service 1963) se ajustó perfectamente al entorno más amplio del evolucionismo cultural, volviéndose el prevalente en los Departamentos de Antropología de las universidades (White 1959). En esos días, Michigan estableció el estándar para el método y la teoría arqueológica americana; sistemas políticos “complejos” – jerarquías escalonadas de poder – fueron consideradas más estables que otras formas, un resultado lógico del paso del tiempo.

En ningún lugar estuvieron los arqueólogos tan obsesionados con la epistemología de las jefaturas y los estados como en América del Norte, donde los académicos definieron a los estados como jerarquías sociopolíticas y emprendieron la investigación de cómo las élites construyeron arquitecturas de poder hegemónico. Esto es casi comprensible, ya que los grandes sitios con arquitectura monumental son más fáciles de encontrar. Sin embargo, la evidencia de coerción en su construcción es difícilmente clara: la evidencia etnográfica y documental demuestra gran diversidad organizacional en sociedades poderosas, en Norte América (por ejemplo, Coast Salish,

Cherokee, e Iroques), así como en cualquier otro lado. Por lo tanto, un poder impresionante se puede manifestar en sociedades donde hay un cuidadoso control y balance resultando en una forma de pera y otras formas de organización. Service mismo, etnógrafo tanto como etnólogo, llamó la atención sobre la importancia de las coaliciones, federaciones, ligas, sindicatos y comunidades en sociedades de todos los tamaños.

Los arqueólogos deben reexaminar sus supuestos acerca de la complejidad. La insatisfacción con el mantra de Service es una fuerte razón para explorar otros modelos; otro incentivo importante es el pobre ajuste del modelo a un conjunto considerable de pruebas. En cualquier caso, la cuestión de las sociedades anárquicas, heterárquicas, democráticas, niveladas, en forma de pera que aparece en el registro arqueológico es de vital importancia.

Una manera de explorar marcos teóricos es a través del lente los sistemas adaptativos complejos, que no son lineales, densamente relacionados pero no jerárquicos, y que exhiben nuevas propiedades “emergentes” (por tanto “complejos” en un modo diferente; Crumley 2005, 2007a, 2007b, 2012). Otra ruta de investigación, en tiempo y en espacio, es la relación dialéctica entre jerarquía y heterarquía, actualmente explorada en muchas regiones del mundo (por ejemplo, Chapman 2003; Crumley 2003; Crumley y Marquardt 1987; McIntosh, Tainter, y McIntosh

2000; Scarborough, Valdez, y Dunning 2003; Silverman 2004; Souvatzi 2008: Stein 1998).

La flexibilidad organizacional –económica, social, y política– permite a los grupos adaptarse a nuevas circunstancias. Si comenzamos con la premisa de que la tensión entre competencia y cooperación existe en todas las sociedades humanas, es necesario que exploremos las formas, reglas y normas preservadas o negadas y como ellas interactúan con la historia y las condiciones de cambio para forjar instituciones.

Este es el quiebre con las ideas anticuadas de complejidad, el desafía a la naturalización de la jerarquía, y la posibilidad de hallar nuevos patrones en los datos que hacen que estos enfoques sean atractivos a los investigadores. A primera vista, la heterarquía está más claramente ligada a complejos sistemas de pensamiento, la anarquía a la historia del pensamiento político. Sin embargo, estos enfoques – la arqueología de sociedades anárquicas, sociedades como sistemas adaptativos complejos, la tensión entre jerarquía y heterarquía como motor de cambio dialéctico –son similares en concepto, objetivos, y aplicabilidad al registro arqueológico, ya que todos tratan de explorar la forma en que nuestra especie se ha organizado en el pasado y podría volver a hacerlo. Felicitaciones a Angelbeck y Grier por el emocionante lanzamiento de la anarqueología.

Jordi Estévez

Departamento de Prehistoria, Universitat Autònoma de Barcelona, 08193 Bellaterra, España (jordi.estevez@uab.es). 19IV12

Este texto presenta un punto de vista original¹³ en la interpretación de la historia del último milenio de Coast Salish. Desde las primeras descripciones sobre ellos, las sociedades de la Costa Noroeste han generalmente eludido la categorización y taxonomía (semicomunal, rango medio, compleja, transigualitaria, etc.). El problema es probablemente debido en parte a la naturaleza estática de la clasificación frente a la continua dinámica de la realidad social. Lo es también en parte, debido a la información etnográfica sesgada generada por Boas (ver Boas et al. [2002], Ruyle [1973], o Moss [2011]), cuyos intereses incluían pelear contra el evolucionismo (Estévez y Vila 2010)

13 La primera vez que mi colega Assumpció Vila y yo nos encontramos con la palabra "anarquismo" en el título de un paper arqueológico nos hallábamos en la disertación de Angelbeck (2009). Más tarde, nos alegramos de ver en la conferencia Radical Archaeological Theory Symposium del en Binghamton y en la sesión del Theoretical Archaeology Group en Durham que la arqueología había conocido a la anarquía. Nuestro interés en arqueologías radicales, especialmente las del centro del imperio, nos llevó a publicar dos capítulos de los autores en un monográfico especialmente dedicado a la Costa Noroeste, de nuestra serie *Treballs d'Etnoarqueologi'a* (Grier [2010] y Angelbeck [2010] en Vila y Este 'Vez [2010a]).

y desacreditar el determinismo histórico (Adams 1981; Knight 2011 [1978]; Maud 1982). Los autores parten del “importante trabajo” de Crumley (1987, 1995) y McGuire y Saitta (1996) y el concepto de heterarquía, pero adhieren un acercamiento anarquista porque el “anarquismo también integra una perspectiva dialéctica, ya que postula la ayuda mutua y la autoridad justificada como una dinámica clave de la resistencia activa a la centralización”. Esta es probablemente una forma de integrar esfuerzos y superar los casi 150 años de divorcio, conflictos fratricidas, y acumulación de derrotas y experiencias desde la Primera Internacional¹⁴.

Creo que también es la única manera de romper con las categorías dualísticas, oposicionales, y estáticas (simple-complejo, desigual-igualitario, evolucionista-histórico, particularista-nomotético) al ser un enfoque dialéctico, en el que la dinámica de la continua transformación es esencial.

Los autores afirman que este proceso de desarrollo no puede ser explicado como “una lucha de clases al estilo Marxista clásico” entre las élites y los plebeyos pero que

14 Además de la persecución y el asesinato en masa de cientos de anarquistas en América del Norte, Alemania, España, Rusia, Italia, Argentina, y México, esta historia ha sido completamente oculta tanto por la derecha como por la izquierda. El anarquismo como un enfoque válido los problemas históricos y sociales ha sido completamente distorsionado y denigrado en el mundo académico y en la sociedad en general.

representan “facciones en competencia”.

Más allá de las estrategias políticas (de cómo llegar a una utopía social similar), a veces la diferencia en y entre los enfoques anarquistas y Marxistas ha estado en el énfasis explicativo de un aspecto de la dinámica social u otra.

La insistencia de ciertos enfoques Marxistas que hacen hincapié en los sistemas de propiedad, las relaciones de producción, el trabajo, y las “luchas de clase” deben ser, en mi opinión, complementadas con el interés en el análisis de la lucha entre “facciones” y otras dinámicas resaltadas por los autores, así como por los procesos de emergencia de estructuras auto-organizadas o de operaciones de prestigio y distribución de castigo.

Pero la cuestión de lo que constituye una clase social o cómo abordar el estudio de sociedades sin estado ha sido debatida, y el consenso no ha sido alcanzado al interior del Marxismo. La riqueza de matices y la diferencia de enfoques en la arqueología Marxista (por ejemplo, en los países latinos) habla por si misma¹⁵.

Una lectura cuidadosa de los fundadores del Marxismo

15 Para ejemplos, ver Bate (1998), Lumbreras (2005), y artículos en la *Revista Atlántica–Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*, editada por la Universidad de Cádiz (España), y el *Boletín de Antropología Americana*, publicado por el *Instituto Panamericano de Geografía e Historia*.

(especialmente Engels 2004 [1884]) o Bakunin revela que para ellos la mujer era la primer clase oprimida. A pesar de ello, la situación de la mujer se ha visto a menudo como una simple cuestión de diferencia y no de desigualdad¹⁶. Por lo tanto no ha sido objeto de un sistema integrado de estudio y ha tenido poca atención en las explicaciones de la “complejidad social”. A pesar de ello, podría ser realmente un modelo simétrico y factor de desigualdad, explotación, y violencia estructural (Vila y Estévez 2010a, 2010b).

El incremento de la deformación craneal pudo quizás ser interpretado, como el cambio en el uso de labretes, no solo como un tema relacionado al status (como lo hicieron los autores) o a la etnicidad, sino como un cambio en las relaciones de género. Las imágenes que recuerdo (por Kane, Curtis, o Maynard) son siempre mujeres.

La explicación de la intensificación de la guerra como resultado de estos conflictos sociales es más robusta, en este caso, y opuesta a la directa causalidad por subsistencia o factores demográficos gatillados por una crisis ambiental. Esto también explica la escasez de fechas para el final del Período Marlpole (1500–1000 RCYBP; Estévez y Vila 2010).

Pero no creo que la explicación de la guerra como movimiento centrífugo sea inconsistente con su carácter

16 Incluso entre las mujeres anarquistas hay posiciones opuestas, tales como las de Mujeres Libres (ver Ackelsberg 1991) o las de Emma Goldman.

centrípeto. En la mayoría de las guerras, hay ganadores y perdedores. La batalla de Mapple Bay (Angelbeck 2009, 2010) fue ganada por una coalición centrífuga ad hoc, donde el conflicto Skeena contribuyó a la creación de una impresionante (aunque fugaz) jefatura.

Así como en el Marxismo, no hay consenso entre los diferentes enfoques anarquistas. Los autores definen a Coast Salish como una sociedad emergente “heterárquica y anárquica que tenía desigualdad, e incluso clases sociales”. Supongo que equiparan “sociedades sin gobierno” con “anarquías” (aunque los nombramos “anarquistas primitivos” si podemos detectar algunos de los rasgos de las utopías anarquistas) es tal vez demasiado general o demasiado simplista. Creo que esto contradice algunas de las posiciones anarquistas que enfatizan la libertad, igualdad, cooperación y altruismo.

La arqueología puede demostrar un alto nivel de organización en la historia de las sociedades nativas de la Costa Noroeste, pero también puede demostrar (como lo hacen muchos autores) que las sociedades nativas contienen contradicciones y que estas son dinámicas, cambiantes, y capaces de encontrar formas alternativas de organización. La arqueología tiene un rol mayor que jugar en el cambio de la caracterización de los pueblos nativos como “sociedades fosilizadas incapaces de cambio”, alguna vez atribuida a ellos por personas blancas como excusa para

negarles sus derechos. Ciertas limitaciones de la arqueología actual pueden ser anuladas: como en los ejemplos descritos por Moss (2011), es quizás solo una cuestión de mostrar de qué lado están los arqueólogos.

Jürg Helbling

Department of Social Anthropology, University of Lucerne, Frohburgstrasse 3, Postfach 4466, 6002 Luzern, Switzerland (juerg.helbling@unilu.ch). 24IV12.

Este artículo sobre Coast Salish es un ejercicio de antropología anarquista. La teoría anarquista (si hay tal cosa) se centra en sociedades a pequeña escala, descentralizadas, auto-gobernadas y tiene como objetivo entender los mecanismos de cómo “los sistemas sociopolíticos resisten al surgimiento de liderazgos”. Esta oposición contra las jerarquías principalmente opera “a través de la ayuda mutua, la toma de decisiones consensuadas, y el mantenimiento de redes descentralizadas”. La teoría anarquista, por lo tanto, quiere explicar como las sociedades a pequeña escala se auto-organizan y resisten a la institucionalización del poder central.

Angelbeck y Grier asumen que la resistencia a la centralización da forma a la historia Coast Salish. Los autores comienzan con el Período Marpole (500 AC al 1000 DC), con sus desigualdades socioeconómicas y pequeñas élites de jefes hereditarios. Angelbeck y Grier demuestran un incremento en la tasa de deformación craneal, que se interpreta como indicador de aumento de status de los plebeyos a expensas de los jefes hereditarios: una forma transicional de “una jerarquía más centralizada a una heterarquía inclusiva”.

En base a información de cráneos deformados, trauma esquelético, y asentamientos fortificados, los autores esbozan el siguiente escenario: guerras no intensas y alta desigualdad entre el 500 AC y el 400 DC, guerras intensas y declinación del liderazgo hereditario entre el 400 y el 1500, menos guerra y aumento de las desigualdades entre el 1500 y el 1790, y guerra intensiva y disminución de la desigualdad entre el 1790 y el 1870. Los dos períodos de guerra (400 a 1500 y 1790 a 1870) fueron seguidos por períodos de incremento de la desigualdad social; la guerra estrechó la brecha entre las élites y los “plebeyos” – es decir, otras “personas dignas” como nuevos ricos y aspirantes a tener éxito en convertirse en la élite. El resultado fue el surgimiento de una sociedad heterárquica y anárquica con desigualdades, pero con mecanismos contra la centralización política, como Angelbeck y Grier establecen.

¿Pero por qué la desigualdad o la jerarquía con jefes hereditarios surgen en primer lugar? ¿Por qué les tomó 1100 años a los plebeyos ganar status? ¿Por qué la desigualdad aumenta de nuevo entre el 1500 y el 1790? ¿Cuál exactamente fue el rol de la guerra en la reducción de la jerarquía? ¿No puede el incremento en la deformación craneal ser también interpretado como incremento de la popularidad de una apariencia noble?

Los autores ven a la sociedad de la Costa Noroeste con esta compleja estructura y descentralización más que a una forma centralizada como problema. Pero las cosas no parecen ser tan difíciles: las relaciones entre grupos locales autónomos (anarquía) son igualitarios en principio (pero el tamaño relativo y la fuerza militar importan), considerando que las relaciones dentro de los grupos locales combinan siempre aspectos jerárquicos (hombre/mujer, viejo/joven, jefes/plebeyos, gente rica/gente pobre/esclavos) y aspectos heterárquicos (facciones, líderes de grupos de parentesco locales, rivales, pares, edades, compañeros, etc.)

Coast Salish tenía obviamente numerosos jefes (mayormente jefes de aldeas individuales, quizás también de aldeas aliadas), pero ni un solo jefe supremo. La pregunta es ¿por qué tenían jefes en primer lugar? La autoridad legitimada y aceptada era acordada por diferentes tipos de líderes en base al mérito: habilidosos guerreros en tiempos de guerra, jefes de grupos de parentesco por su

competencia en la disolución de disputas, y shamanes por sus habilidades curativas. Los jefes debieron ser generosos (en festines competitivos) y mostrar sus habilidades y capacidades, para por ejemplo, organizar campañas de guerra y concretar alianzas. Esto es por qué básicamente Coast Salish necesitó jefes. Los miembros de una aldea consintieron porque – y mientras que – esto derive en beneficios de los jefes y no porque los jefes ejerciten una autoridad coercitiva. La autoridad tiene límites, y los jefes podían ser asesinados por sus seguidores. La oposición al interior de grupos locales, sin embargo, no estaba en contra de la posición de liderazgo sino contra un jefe no querido o un plebeyo tratando de ganar acceso a la posición de liderazgo.

Angelbeck y Grier distinguen dos elementos clave de la resistencia y la descentralización. El primero es el sistema de parentesco cognático, que permite cierta flexibilidad de membrecía. Pero este sistema de parentesco parece haber estado en vigor desde tiempos inmemoriales y por lo tanto difícilmente pueda explicar el no lineal ascenso de los plebeyos. El segundo elemento clave es la guerra. Angelbeck y Gier afirman que la guerra era “una estrategia para romper la creciente concentración de poder en manos de las élites Marpole”, pero no dan detalles de cómo este mecanismo funcionó. Sospecho que este ascenso de los plebeyos ocurrió porque, dada la alta mortalidad asociada a la guerra (y más tarde la mortalidad ligada a epidemias

importadas) y la simultánea demanda de líderes políticos altamente calificados, los grupos locales pudieron no sostener un reclutamiento de líderes hereditario pasando a tener que depender de un sistema más competitivo. Cada grupo local necesitaba de uno o más líderes políticos para organizar las campañas de guerra, reclutar aliados, y llevar a cabo asimismo las negociaciones diplomáticas. Otros miembros de la aldea, sin embargo, constantemente evaluaban su rendimiento y podían cambiar a un rival y deponer al actual líder.

Pierre Clastres, un defensor de la antropología anarquista, señala la importancia de la guerra en otro sentido: la no intencionada reproducción de una sociedad descentralizada, policéntrica y anárquica a través de la guerra entre aldeas con alianzas cambiantes. Esto corresponde a una estrategia de balance en alianzas políticas, de acuerdo a una teoría neorrealista de las relaciones internacionales. No sabemos mucho sobre las condiciones cambiantes de la guerra y las alianzas a través de la historia Salish, pero la guerra probablemente dio forma a esta historia mucho más que la oposición a los jefes. La guerra no contra los superiores sino contra los iguales (otros grupos locales), sin embargo, no se ajusta mucho a los ideales anarquistas.

Juan José Ibáñez

Departamento de Arqueología y Antropología, Instituto Milá y Fontanals, CSIC, Egipcíacas 15, 08001 Barcelona, España (ibanezjj@imf.csic.es). 18IV12

Bill Angelbeck y Colin Grier presentan un estudio muy sugerente en varios sentidos. Para mí, el punto principal es que contribuye a la ampliación de nuestro marco teórico para la comprensión de la evolución social y política del pasado de las sociedades. La arqueología y la antropología en general surgieron y se desarrollaron dentro del paradigma evolucionista, proponiendo, desde Morgan a Service, una creciente complejidad organizacional en las sociedades humanas y la interdependencia de las diferentes esferas del comportamiento humano. Por lo tanto, la economía, la sociedad, la organización política, e incluso el pensamiento simbólico evoluciona en conjunto, del salvajismo a la civilización. Este marco teórico tiene la ventaja de ser altamente explicativo y coherente, pero muchos nos sentimos un poco incómodos en que es visto como un corsé–muy–ajustado en el cual es difícil poner dentro todas las voluptuosidades del comportamiento humano. Las reacciones contra el paradigma evolucionista que tienen lugar a inicios de 1980 no están habilitadas para construir una estructura alternativa.

Es probable que la clave para avanzar en nuestra capacidad de comprender el comportamiento humano esté en la realidad misma. Los estudios de la Costa Noroeste de Norteamérica soportan una larga tradición de llamar nuestra atención sobre el hecho de que incluso las mejores teorías explicativas dejan fuera de sus límites una buena parte de la realidad. Allí, la presencia de sociedades cazadoras–recolectoras con alta complejidad social, que debe esperarse en sociedades agricultoras avanzadas, es un ejemplo de esta aseveración (Price y Brown 1985; Vila y Estévez 2010a). Angelbeck y Grier muestran otra aparente paradoja para los Coast Salish: la complejidad social y política no implica que el poder sea concentrado en las manos de pocos individuos. Se ha propuesto que el esfuerzo sostenido en comportamientos egoístas de individuos ambiciosos, los *aggrandizers*, habrían conducido a la concentración de riqueza y poder en su propio beneficio a través de la manipulación de las normas sociales y rituales (Hayden 1996). Sin embargo, Angelbeck y Grier, recurriendo de forma explícita a la teoría anarquista, establecen que el esfuerzo sostenido en altruismo, que también puede ser institucionalizado, puede ser tan fuerte como los mecanismos sociales que promueven el beneficio de unos pocos. Mencionan la tendencia natural en los grupos humanos, incluso cuando aceptan autoridades que consideran legítimas, de evitar la concentración de poder en torno a ciertos individuos. También muestran que estructuras políticas muy complejas y políticamente

integradas pueden mantenerse sin reglas centralizadas, usando conceptos tales como autonomía, organización en redes, y descentralización. La ventada de una teoría anarquista para entender las organizaciones políticas pasadas que no constituye un cuerpo cerrado de explicaciones sino simplemente algunos principios generales, que permiten a la teoría establecer un diálogo fructífero con la realidad, tal como muestran los autores.

Sin embargo, creo que, en su vívido cuadro de la sociedad Coast Salish, la explicación de los mecanismos por los que la concentración del poder se evitó y grandes segmentos de la sociedad se fueron uniendo al estrato de la élite necesita un esfuerzo adicional. Es que no me queda claro por qué los plebeyos no solo tuvieron éxito en resistir la ambición de los aggrandizers y mantener su autonomía sino también llegar masivamente al estatus de élite. Siguiendo la lógica de estos autores, podríamos suponer que hubo creencias compartidas e instituciones políticas que aseguraron la interacción entre los jefes de hogares mientras que la concentración del poder era impedida. Por otra parte, no es totalmente explicado por qué la guerra era un factor de freno al incremento de concentración de poder en manos de élites en lugar de lo contrario. ¿Eran los plebeyos exitosos siempre en resistir los ataques de la élite emergente? ¿Por qué? Si aceptamos que la guerra es una continuidad de la negociación por otros medios (dramática), debemos concluir que la guerra es un espacio para la

interacción social, por lo que evoluciones centrífugas o centrípetas de la sociedad deberían explicar desde el interior las dinámicas de la sociedad, independientemente de los contextos de paz o guerra. En cualquier caso, estas ideas no deberían ser consideradas criticismo a este muy interesante estudio, pero sí expresar mi deseo de tener a los autores envueltos en desplegar aún más su interesante enfoque. En este sentido, sería muy interesante escuchar como explican, desde su posicionamiento teórico, por qué la concentración de poder existe en otras áreas de la Costa Noroeste pero no en el Mar Salish y si hay alguna información de cómo fueron las relaciones entre las áreas con centralización respecto a las de Coast Salish. Podríamos estar tentados a pensar que las organizaciones descentralizadas estarían en desventaja respecto a las centralizadas, pero quizás esta idea es otra vez parte de nuestros preconceptos evolutivos, como muestran algunos ejemplos históricos (por ejemplo, la resistencia de las ciudades griegas contra los gobernantes persas).

Por último, me gustaría mencionar que algunas de las ideas propuestas en este texto pueden ser útiles para lograr una mejor comprensión de las primeras comunidades neolíticas del Cercano Oriente, el contexto histórico en el que trabajo. La concentración de cientos e incluso miles de personas en algunas aldeas Neolíticas pre-cerámicas (Goring-Morris y Belfer-Cohen 2008), sin clara evidencia de jerarquías sociales, mientras probablemente existía un

ethos igualitario (Ibáñez y González–Urquijo 2011; Kuijt 2000), podría ser mejor entendido recurriendo a la teoría utópica o anarquista más que a nuestras ideas preconcebidas sobre una necesidad histórica de evolución hacia la concentración de poder.

Jangsuk Kim

Department of History, Kyung Hee University, Seoul 130–701, Korea (juangsuk@khu–ac–kr). 23IV12

Angelbeck y Grier desafían a los modelos clásicos de evolución social, a los cuales llaman “modelos enfocados en el Estado”, proponiendo la teoría anarquista como marco alternativo para analizar sociedades complejas no estatales. Su discusión es reflexiva y una bienvenida adición al estudio de la complejidad.

Desde fines del siglo XIX, los modelos de evolución social por lo general se han basado en una tipología esencialista de las sociedades y una disposición teleológica de los tipos. Los defensores del Darwinismo social vieron la evolución de la sociedad humana como un proceso desde formas caóticas y primitivas hacia Estados ordenados y avanzados. Otros modelos, tales como el materialismo histórico de

Marx, lo consideraron como un proceso desde formas igualitarias y armoniosas hasta formas desiguales y contradictorias. A pesar de las diferencias en el enfoque y la perspectiva, muchos modelos del siglo XX parecen haber compartido (de manera abierta o encubierta) supuestos de los modelos anteriores. Por ejemplo, el modelo de Elman Service, es a mi parecer, una mezcla de los primeros acercamientos, viendo a la evolución política como un proceso hacia el incremento de un orden organizacional tanto como hacia una desigualdad sistemática entre los miembros de una sociedad.

Recientemente, los arqueólogos y antropólogos comenzaron a evitar la ecuación convencional de aumento de la complejidad junto al desarrollo de jerarquía centralizada (por ejemplo, Crumley 1995). Sin dudas, la disociación de ambos conceptos constituye un importante progreso. Pero me parece que la mayoría de los estudios se centran principalmente en la reconsideración de la naturaleza de la complejidad per se más que en por qué esta problemática vinculación conceptual ha surgido. Los autores argumentan elegantemente que era un inapropiado entender las sociedades igualitarias y cazadoras–recolectoras mediante la asociación convencional de complejidad y centralización que se deriva de los actuales modelos enfocados en el Estado. Este punto es uno de los logros más significativos de este artículo.

La simplista conexión directa entre la economía de subsistencia y la complejidad socio-política tiene una larga historia. Marx y Engels imaginaban la mayoría de las sociedades cazadoras-recolectoras como sociedades comunistas primitivas en las que la acumulación de capital y la desigualdad no existía. Childe consideró que las contradicciones socioeconómicas emergieron recién después de la Revolución Neolítica, que permitió un excedente agrícola para acumulación. La “banda” de Service y Fried fue descrita como una sociedad igualitaria basada en la caza y la recolección.

La asociación imaginaria de economías cazadoras-recolectoras e igualitarismo ha llevado a otro vínculo convencional entre modelos de complejidad y centralización – muchos modelos se han basado en una dicotomía de opuestos binarios de “cazadores-recolectores = simple = igualitario” versus “complejidad = centralización = jerarquía = desigualdad”. No fue hace mucho que los arqueólogos y antropólogos fueron capaces de separar las sociedades cazadoras-recolectoras del igualitarismo y la simplicidad.

Estoy de acuerdo con los autores en que la teoría anarquista ofrece un marco útil para la comprensión de la complejidad en sociedades complejas no estatales. En particular, su discusión sobre la guerra como mecanismo nivelador efectivamente demuestra como la teoría

anarquista puede explicar la falta de autoridad centralizada en el área de estudio, lo cual no fue respondido satisfactoriamente en otros modelos.

Hay, sin embargo, una cosa a tener en cuenta. La diferencia entre el materialismo histórico de Marx y Engels y la perspectiva anarquista puede haber derivado de una diferencia en las estrategias políticas más que un entendimiento diferente de los “principios” evolutivos. Para resolver problemas con la economía capitalista europea del siglo XIX, Marx consideró la dictadura del proletariado seguida por un gobierno socialista como la única estrategia realista. Marx pensaba que las contradicciones sistemáticas inherentes al capitalismo “debían” ser resueltas por el establecimiento de otro sistema centralizado. En contraste, los anarquistas veían la recuperación y el fortalecimiento de la autonomía, la ayuda mutua, y la descentralización como claves de la utopía. Para ellos, la gente podría emanciparse mediante la resistencia y la disolución de la centralización, el poder absoluto, que controló y se benefició desde la economía capitalista.

En mi opinión, tanto el materialismo histórico de Marx como la ayuda mutua de Kropotkin como factores evolutivos eran justificaciones históricas de cada estrategia. Esto no es decir que la propuesta de los autores tenga poca utilidad. Tanto si se trata de un marco académico o una herramienta para la justificación, la teoría anarquista

todavía proporciona información importante para el análisis de las sociedades humanas, como lo ha hecho la teoría Marxista.

Como admiten los autores, la teoría anarquista no es el único marco explicativo poderoso. En particular, uno podría preguntarse como la descentralización y la autonomía, como la plantean, puede aplicarse para explicar el desarrollo de estados centralizados. Sin embargo, que los modelos Marxistas, neoevolutivos, y anarquistas sean contradictorios entre ellos. Conceptos claves de la teoría anarquista, tales como la resistencia a la centralización, ayuda mutua, y autonomía, son fácilmente hallables de varias formas incluso en estados altamente centralizados. Solamente que rara vez han sido totalmente apreciados por modelos basados en el Marxismo y el neoevolucionismo, probablemente debido a una diferencia de enfoque y escala explicativa.

La complejidad es mucho más compleja que lo que asumen convencionalmente los modelos actuales. No tiene una sola forma, sino que consiste en dinámicos multiniveles entre las estrategias adoptadas por varios agentes, que incluyen no solo el conflicto, la competición, y las jerarquías centralizadas sino también negociaciones estratégicas y mecanismos de nivelación. La integración contextual de la teoría anarquista con los modelos Marxistas y/o neoevolucionistas debe proveer a los arqueólogos y

antropólogos una rica base para el entendimiento de la diversidad en las relaciones de poder y el proceso evolutivo.

En general, este artículo es una contribución importante al estudio de las sociedades complejas, y espero que los autores continúen trabajando.

Randall H. McGuire

Department of Anthropology, Binghamton University,
State University of New York,

Binghamton, New York 13902, U.S.A.
(rmcguire@binghamton.edu). 6V12

Levanta la Bandera Roja y la Bandera Negra

En el ocaso del siglo XX, numerosos arqueólogos comenzaron a cuestionar las categorías universalistas y los supuestos de la teoría de la evolución cultural (McGuire 2011). Les resultó difícil encajar sociedades en las tipologías evolutivas de tribu, jefatura y estado. Oposiciones entre igualitarismo e incremento de la estratificación fallaron en capturar la variabilidad cultural que observaban. Por otra

parte, las narrativas históricas que los arqueólogos escribieron dejaron de contar cuentos sobre el progreso evolutivo hacia una mayor complejidad y/o aumento de la estratificación. Muchos académicos propusieron nuevos enfoques, tales como la heterarquía (Crumley 1995), la dialéctica entre igualitarismo y jerarquía (McGuire y Saitta 1996), y la teoría del doble proceso (Blanton et al. 1996; Mills 2000). Abandonaron las preguntas sobre “qué” por preguntas sobre “cómo”. Las nuevas metodologías se preguntaron cómo eran complejas las sociedades del pasado y cómo se relacionaban el igualitarismo y la jerarquía, más que a qué tipo de tipo evolutivo pertenecía una sociedad. El artículo de Bill Angelbeck y Colin Grier sumerge esta discusión en la anarquía.

Angelbeck y Grier hacen un trabajo excelente al introducir al lector en la teoría política del anarquismo, con su énfasis en la ayuda mutua y la constante impugnación a la autoridad. Recomiendo encarecidamente su discusión a los estudiantes y académicos que confunden ingenuamente anarquía con caos. Presentan una igualmente impresionante crítica a las limitaciones del igualitarismo como constructo. Demuestran que el igualitarismo no es simplemente la ausencia de jerarquía. Más bien, muestran que las personas deben mantener activamente las relaciones igualitarias mediante la ayuda mutua, la toma de decisiones consensuadas, y una militancia negativa a someterse a las autoridades artificiales. Argumentan que el

enfoque del anarquismo en sistemas de pequeña escala, descentralizados provee a los arqueólogos una vía superior para entender las complejidades de las sociedades no capitalistas. Su caso de estudio de Coast Salish encuentra un proceso histórico contrario a las expectativas evolutivas de aumento de la jerarquía a través del tiempo y que la guerra pudo servir para nivelar desigualdades más que para crearlas.

La teoría de Angelbeck y Grier podría informar a la práctica arqueológica más allá de los temas de este artículo. Por ejemplo, los teóricos postprocesuales han argumentado que los arqueólogos deben adoptar una multivocalidad radical y renunciar a su autoridad para interpretar el pasado (Hodder 1999).

La distinción anarquista entre “autoridades naturales (aquellas obtenidas por el conocimiento, habilidad o experiencia) y las autoridades artificiales (aquellas impuestas por instituciones...)” sugiere que una práctica radical de la arqueología debe servir mejor renunciando a la artificial pero no a la natural. La comparación entre autoridades naturales y artificiales se cruza con oposición derivada del Marxismo, entre el oficio de la arqueología (o autoridad artificial) y quienes controlan el uso de ese oficio (autoridades artificiales; McGuire 2008:60–62). Angelbeck y Grier encuentran también muchos paralelismos entre el anarquismo y el Marxismo.

Angelbeck y Grier traen a la arqueología un debate que comienza con Karl Marx y el anarquista Mikhail Bakunin. Reconocen que los arqueólogos Marxistas y anarquistas contemporáneos sostienen muchas posiciones compatibles. Por ejemplo, Bruce Trigger (2003:669–670) afirma que los pueblos buscan mantener el igualitarismo más que ser una condición natural. También critican al Marxismo en dos frentes: primero, que el Marxismo como teoría del capitalismo y las relaciones de clase es inferior al anarquismo para el estudio de sociedades no centralizadas; y segundo, que la centralización de la organización política y económica abrazada por los movimientos revolucionarios Marxistas conduce predeciblemente al totalitarismo.

Debo admitir que la aplicación del análisis de clases en sociedades no capitalista a menudo produce un sentimiento de torpeza comparada con la elocuencia del caso de Angelbeck y Grier. Muestran efectivamente como era la complejidad Coast Salish y cómo ocurrieron los cambios cuantitativos en la complejidad y la jerarquía.

Como Marxista, sin embargo, estoy interesado en última instancia en dar cuenta del cambio cualitativo o revolucionario. Angelbeck y Grier esquivan este problema al comenzar su análisis en el Período Marpole y por dejar de lado el tema de cómo emergió la complejidad sociopolítica. Yo diría que el Marxismo, con su énfasis en las contradicciones internas que crean relaciones sociales y

conflictos, provee una teoría superior sobre el cambio social transformativo (Ollman 2003).

Agradezco las advertencias anarquistas sobre las tendencias autoritarias de la praxis Marxista. El anarquismo ofrece un contrapeso a tales tendencias. Necesitamos reconocer, sin embargo, que el totalitarismo no se limita a brotar del Marxismo. Las fuerzas Capitalistas activamente opuestas a las revoluciones Marxistas, alimentan estas luchas y exageran las tendencias autoritarias del Marxismo. Los movimientos anarquistas, con su constante aversión a la autoridad institucionalizada, no ha dado lugar al totalitarismo, pero siempre ha perdido al final.

Una arqueología radical debe abarcar las intersecciones y las tensiones entre el anarquismo y el Marxismo. El deseo de transformar al capitalismo unifica ambas teorías. Ambas nos llevan a entendimientos críticos de nuestro pasado no capitalista. Las arqueologías Marxistas y Anarquistas revelan que el capitalismo no es el estado natural de la sociedad humana, ni es un producto inevitable de la evolución cultural. Ellos muestran que la gente creó el capitalismo y que por lo tanto la gente lo puede cambiar. Levanta la bandera roja, y a su lado también levanta la bandera negra.

Bruce Granville Miller

Department of Anthropology, University of British Columbia, 6303 NW Marine Drive, Vancouver V6K 1Z1, Canada (bgmiller@mail.ubc.ca). 2IV12

Angelbeck y Grier identificaron varios de los temas espinosos concernientes a la organización social de Coast Salish y proponen un medio para hacerles frente. Ellos escribieron, “En pocas palabras, las sociedades sin gobierno son anarquías”. Señalan las insuficiencias de los enfoques actuales, incluidos los modelos de igualitarismo y las teorías derivadas del Marxismo, a la hora de entender las sociedades no centralizadas de pequeña escala tales como la Coast Salish histórica y precontacto del norte de la costa de Norteamérica. Como alternativa, describen la teoría anarquista y despliegan, principalmente, materiales arqueológicos relevantes para su caso. Realizan un interesante y convincente argumento.

Se ponen en juego aquí cuatro preocupaciones principales de los etnógrafos y arqueólogos de Coast Salish. El primero es la tensión entre el engrandecimiento personal y la lealtad a un grupo local. El segundo tema es cómo se componen los grupos en primera instancia en una región sin autoridad central. Los investigadores se enfocaron principalmente en análisis ecológicos o en filiaciones lingüísticas y afinidades

espirituales. Esta pregunta se volvió viral en una época de litigios sobre los derechos a los recursos.

En tercer lugar está la cuestión de cómo la acción política compleja puede tener lugar sin una autoridad centralizada. Los teóricos han descrito a Coast Salish como “sin jefe supremo”, o incluso como no poseyendo sistema político alguno. Tollefson (1987) trató de escapar de este dilema postulando jefaturas formales a mediados del siglo XIX, una postura que encalló en los hechos bajíos interpretativos (Miller y Boxberger 1994). La última cuestión es si hay una continuidad significativa entre la organización de la sociedad precontacto, tal como se revela en el registro arqueológico y la tradición oral, la vida histórica y contemporánea, como la describe la etnografía.

Angelbeck y Grier apuntan a características de la sociedad, como debe hacer la teoría anarquista, que ellos creen caracteriza a la sociedad Coast Salish pre y poscontacto, incluyendo colectivos locales auto-organizados, ayuda mutua, y la autonomía del individuo y el grupo. Una sociedad estructurada en estas líneas, argumentan, permite a los plebeyos resistir los episodios de concentración de control por las élites. La sociedad Coast Salish que ellos presentan, entonces, es una en la que, como en las teorías anarquistas, el engrandecimiento de la élite podría ponerse en marcha y los plebeyos podrían bloquear este desarrollo. Ellos escriben, “Nuestro punto central es que el anarquismo

es útil para la comprensión de redes descentralizadas (o anárquicas) –aquellas que permiten relaciones intergrupales complejas aunque impidiendo el establecimiento de una autoridad política centralizada”.

Hay una historia de la implementación de la idea de las redes sociales para entender el mundo Coast Salish. William Elmendorf (1971) y Wayne Suttles (1987d) fueron pioneros de este enfoque hace unos 60 años atrás, pero sus esfuerzos fueron más metafóricos que medibles. Traté de agregarle más formalismo en un temprano intento (Miller 1989), y Jay Miller (1999) hizo hincapié en la espiritualidad con la idea de una red de comunidades vinculadas por lazos a practicantes espirituales. Recientemente, Carlson (2010) examinó las formas en que los Coast Salish sólo se organizaron en identidades anidadas operando en múltiples escalas desde el ancestro individual, las tribus locales, y más allá. Todos estos se enmarcan en una perspectiva de redes locales pero sin el amplio poder explicativo del enfoque anárquico.

Tanto arqueólogos como etnógrafos se han interesado en períodos episódicos de la consolidación del poder por las élites seguidas de retiradas. El Período Marpole de 2500 AP es uno de tales períodos, y Schaepe (2009) describe al Período Sí:yá:m, los siglos entre el 500 AP y el contacto histórico, como otro período de creciente desigualdad. Kew y Miller (1999) asocian la creación y disolución de concilios

tribales en el período contemporáneo con procesos similares de consolidación de poder por la élite y de retroceso de las comunidades locales. Todas estas propuestas, operando a escalas temporales diferentes pero con similitudes, deben ser incorporadas dentro del marco aquí propuesto. Significativamente, la teoría anarquista indica como son resistidos los líderes emergentes – mediante la ayuda mutua, toma de decisiones consensuadas, y redes sociales descentralizadas. Y si la ideología anarquista sustenta las prácticas Coast Salish por los últimos 2500 años, entonces constituye una significativa continuidad y sugiere que la evidencia etnográfica es relevante para la interpretación de materiales arqueológicos.

Habiendo sugerido las posibilidades abiertas por la teoría anarquista, surgen algunas cuestiones: ¿Los autores están criticando subliminalmente a la sociedad actual? Tienen mucha razón que no hay modelos adecuados del mundo Nortatlántico para sociedades como los Coast Salish. Pero ¿ha habido sociedades anarquistas en Occidente? Graeber (2004) no está dispuesto a decir que las hay, aunque describe que no existe una división fundamental entre las supuestamente “primitivas” sociedades anárquicas y la “civilización moderna”. Graeber sugiere que las sociedades Occidentales históricamente tienen más en común con el anarquismo que lo que suponemos, incluidos los actuales movimientos globales. ¿Podría este enfoque anarquista

competir con los desarrollados por Jay Miller y Keith Carlso que van más allá de la materia, haciendo hincapié en las conexiones espirituales? Yo creo que no lo necesitan y que pueden complementarse uno con otros, trabajando mutuamente sobre las preguntas centrales sobre la sociedad que aún no están bien entendidas.

Madonna L. Moss

Department of Anthropology, University of Oregon,
Eugene, Oregon 97405, U.S.A. (mmoss@uoregon.edu).
9IV12

Angelbeck y Grier han demostrado que la teoría anarquista es una forma productiva de pensar las relaciones y dinámicas sociales entre grupos históricamente conocidos que viven a lo largo de la Costa Noroeste de Norteamérica. A pesar de que el término “anarquismo” puede sugerir imagen de caos, disensión y desorden, el anarquismo se desarrolló como una forma de orden social. Los teóricos y practicantes del anarquismo incitan a desarrollar una forma de organización social que asegure la autonomía para los individuos y los grupos locales, vinculadas en redes de alianzas de cooperación. Los autores explican que los principios del anarquismo incluyen la autonomía y

expresión individual y local, la asociación voluntaria, la ayuda mutua, la organización de redes, la toma de decisiones consensuadas, las autoridades justificadas, y la resistencia a la centralización.

Aplicando este modelo a los Alaskan Tlingit etnográficamente documentados, el grupo autónomo local es la casa clan. Los miembros de una casa clan trabajan juntos para proveerse ayuda mutua en solidaridad con otros para superar los obstáculos y defenderse de los adversarios. Se conectan con otras casas mediante redes; las casas clanes poseen relaciones con otras casas clanes mediante el intermatrimonio (mediante fracciones) y al interior de las fracciones en un mismo pueblo. Las casas clanes tienen relaciones con otras casas clanes en otros pueblos (de nuevo, mediante el intermatrimonio o al interior de una fracción). Las decisiones al interior de una casa clan son tomadas comunitariamente mediante negociaciones, y los líderes (incluidos las madres del clan quienes influyen sobre sus hijos) son personas que se han ganado el respeto a través de sus obras, experiencia, y habilidad. Los líderes tienen acceso, pero su poder no es necesariamente permanente. La guerra posiblemente jugó un rol en controlar el poder y la acumulación. Tales desafíos a la élite mantienen el poder descentralizado y fluido. La guerra Tlingit puede verse como una resistencia a las concentraciones del poder de la élite no por el propósito de reducir la desigualdad sino para descentralizar y redistribuir

el poder entre una base más amplia de élites. Las divisiones locales de los clanes Tlingit compitieron por autonomía al interior de una red más amplia en la que continuamente lucharon con clanes del “lado opuesto” o de otra fracción en otro pueblo. El conflicto persistente mantuvo el poder de los individuos en jaque, lo que llevó a una heterarquía de líderes de los clanes en continua competencia. Si bien hubo una heterarquía de líderes de clanes, se mantuvieron relaciones jerárquicas de varios tipos al interior de la misma casa clan.

En situaciones coloniales, las coaliciones de grupos Tlingit se formaron para desafiar las instituciones estatales; sus adversarios fueron Rusia y, más tarde, el gobierno de Estados Unidos y el estado de Alaska. Durante el siglo XIX, los Tlingit resistieron el robo de sus propiedades y recursos, sufrieron pérdida de población debido a la introducción de enfermedades, adoptaron nuevas armas, y tomaron ventaja en oportunidades de ganar riqueza y prestigio. A lo largo de la Costa Noroeste, las arenas para la guerra se expandieron, con varios grupos participando en conflictos de larga distancia. Riqueza introducida, población perdida debido a enfermedades, mano de obra escasa, y aumento en las interacciones a larga distancia estimulando la lucha por esclavos, recursos y prestigio. El aumento de la frecuencia de este tipo de guerras es una respuesta a, y el resultado del colonialismo. Así que utilizar el registro de las guerras del siglo XIX como modelo para las guerras precontacto o para

las relaciones sociales más generales puede no ser apropiado debido a los rápidos cambios sociales que fueron parte del colonialismo.

Aunque estoy de acuerdo en que la teoría anarquista tiene un gran potencial para entender la resistencia al poder centralizado, dudo que podamos hacer retroceder los patrones culturales observados en el siglo XIX a momentos más distantes en el pasado. El “patrón etnográfico” es por mucho un producto de la historia. Mientras que la “cultura guerrera” tiene atractivo para los Tlingit hoy, sospecho que es una reacción contra la supresión de las guerras indígenas del siglo XIX, una reafirmación de la identidad y soberanía Tlingit, y un resultado de conflictos con el Estado que no están satisfactoriamente resueltos.

Respecto a los Coast Salish, los autores identifican dos períodos de guerra: uno entre 1600 y 500 AP y otro luego del contacto. A pesar de los 148 sitios defensivos de Coast Salish listados por Angelbeck (2009, app. A.), solo ocho sitios tienen fechado radiocarbónico. Esto parece ser información cronológica muy limitada sobre para lo que propone como un período de guerra. Con respecto a la deformación de cabezas (“deformación craneal”), muchos de los enterratorios no fueron fechados directamente, y la antigüedad fue inferida por asociación. Por lo tanto nos quedamos en un problema tautológico, ya que la deformación craneal se ha usado como histórico marcador

cultural del Período Marpole. Es ciertamente posible que la deformación de cabezas fuera principalmente un indicador de status y por eso el número de personas que se consideró élite aumentó en el tiempo, pero otras explicaciones no son necesariamente excluidas. A pesar de estas advertencias, espero que estudios arqueológicos detallados puedan ayudarnos a determinar en qué medida las descripciones etnográficas de las dinámicas sociales de la Costa Noroeste y la guerra son relevantes para obtener una comprensión del pasado precontacto. Reconocer que las sociedades de la Costa Noroeste históricamente exhibieron simultáneamente aspectos tanto de jerarquía y heterarquía ha sido útil. La teoría anarquista provee otro marco por el cual entender las dinámicas sociales de la Costa Noroeste.

Brian Thom

Department of Anthropology, University of Victoria, P.O. Box 1700, STN CSC, Victoria, British Columbia V8W 2Y2, Canada (bthom@uvic.ca). 25IV12

¿Puede ser el anarquismo un modelo útil hoy?

En *Custer Murió por Tus Pecados*, Vine Deloria Jr hace un famoso cuestionamiento contra los antropólogos

“estudiando indios” por el bien del desarrollo de sus propios modelos y teorías culturales (Deloria 1969). Su punzante crítica recuerda los potenciales peligros de las conclusiones simplificadas dibujadas por los gobiernos y burocracias basadas en errores de lecturas simplistas de investigaciones teóricamente impulsadas en comunidades Indígenas Americanas y que asimismo nos imploran el desarrollo de agendas de investigación colaborativas que puedan tener un uso práctico en comunidades tribales actuales. El uso de la teoría anarquista de Angelbeck y Grier para replantear el desarrollo a largo plazo de la organización sociopolítica de Coast Salish plantea tanto el espectro de las filosas críticas de Deloria y la posibilidad de aperturas que puedan aportar tanto a las investigaciones futuras como a los auto-gobiernos indígenas contemporáneos.

Es fácil imaginar que la caracterización de Angelbeck y Grier de la estridente independencia de los hogares en un perpetuo estado de resistencia anarquista a la institucionalización y la desigualdad puede ser malinterpretado en el clima político y legal contemporáneo. En Canadá, por ejemplo, las leyes comunes definidas por la corte exigen pruebas a las Primeras Naciones que caractericen sus comunidades como “sociedades organizadas” que puedan trazar sus prácticas culturales hacia atrás a tiempos previos al contacto en orden de asegurar el reconocimiento de los derechos Aborígenes constitucionalmente protegidos (Bell y Asch 1997; Slattery

1992). Dado el abundante bagaje cultural que se viene asociando al anarquismo, Angelbeck y Grier pueden ser fácilmente malinterpretados para sugerir que una sociedad en anarquía no es una sociedad organizada en absoluto. Mientras proporcionen algunas precauciones contra tal malinterpretación, recordándonos que las sociedades anarquistas no son no-gobernadas sino auto-gobernadas, este riesgo es la desafortunada consecuencia de la movilización de una teoría social que se basa en más de 150 años de historia intelectual europea en el contexto de descripción de sistemas sociopolíticos indígenas. Es precisamente este tipo de teorización que los académicos indígenas contemporáneos han demandado que se enmarquen en términos teóricos indígenas (Atleo 2005).

Mientras que Angelbeck y Grier han señalado la insuficiencia de un marco teórico Marxista para dar cuenta de las estructuras políticas de Coast Salish, continúan enfocando su modelo en el desarrollo de clases sociales y la resistencia de una minoría plebeya para formar una población en forma-de-pera de nuevos ricos. Una de las ideas clave de la reciente etnografía de las estructuras sociales y políticas de Coast Salish ha sido mostrar la importancia de las redes de grupos de parentesco extendidos y la resistencia de grupos locales en la economía política de la región (Kennedy 2007; Thom 2009). ¿Podría el famoso y vibrante Período Marpole entenderse mejor como un momento de establecimiento del poder y la dominación

de la propiedad de grupos habitacionales locales, incluso si estos grupos residenciales son las casas simples Stselax de Musqueam, aldeas locales como Quamichan o Tsawwassen, o los grupos de aldeas regionales como Quw'utsun' o Chilliwack? ¿Pueden los cambios sociales y políticos regionales descritos por Angelbeck y Grier para la transición al Período Tardío ser explicados como una eventual resistencia a esta centralización de poder en grupos locales por redes de propiedad de familias extendidas? Si bien se necesitarán más datos más allá de su pequeña muestra de deformación craneal para responder estas preguntas, Angelbeck y Grier inspiran a más trabajos arqueológicos para explorar la naturaleza y la extensión de las redes de parentesco y grupos locales a través del tiempo. A Angelbeck y Grier les va mejor con la segunda preocupación de Deloria, respecto a que la antropología debe ser útil a las comunidades indígenas mismas. Treinta años después de Deloria, el Harvard Project on American Indian Economic Development ha mostrado que el exitoso auto-gobierno es el mejor indicador del éxito para las comunidades indígenas en las Américas (Cornell y Kalt 1998). Poder de decisión real, instituciones capaces, y liderazgo que actúe por los mejores intereses de las Naciones son elementos importantes para el éxito del auto-gobierno, pero también es esencial un buen calce entre las estructuras políticas de auto-gobernanza y la cultura política de la comunidad. Me llama la atención que las lecturas del registro arqueológico que hacen Angelbeck

y Grier puedan ofrecer ideas útiles a estos esfuerzos contemporáneos. Proveen un marco para ver las profundas raíces de la cultura política indígena donde en un período de miles de años los grupos autónomos locales se han resistido a la centralización a través de una extensa red económica. Su modelo sugiere que este modelo sociopolítico descentralizado, no totalitario se logró a través de la autonomía y expresión individual y local, asociación voluntaria, ayuda mutua, organización en redes, toma de decisiones consensuadas, y autoridad justificada. Con algunas notables pero frágiles excepciones, continúa siendo significativa la renuencia en los Coast Salish contemporáneos construir gobernancia subsumida a una autoridad centralizada, a pesar de la significativa presión e incentivos por parte de los gobiernos estatales para fusionarse como un agregado de naciones regionales (Thom 2010). Muchos de los valores identificados por Angelbeck y Grier continúan siendo elementos vibrantes de la cultura política Coast Salish. Dejando de lado la provocativa etiqueta del auto-gobierno anarquista, la resistencia Coast Salish a la centralización tiene profundas raíces y puede proporcionar la base para repensar alternativas a la presión estatal de generar agregados de auto-gobiernos centralizados.

Respuesta

Queremos agradecer a nuestros colegas por tomarse el tiempo de considerar cuidadosamente nuestra contribución y por elaborar un conjunto de observaciones muy perspicaces e importantes. En nuestro artículo original, encontramos difícil, incluso con el generoso espacio asignado por *Current Anthropology*, abordar completamente muchos aspectos de nuestro estudio. En sus comentarios, nuestros colegas llamaron la atención sobre varias de las áreas que esperamos poder cubrir más completamente, por lo que agradecemos esta oportunidad de elaborar y amplificar elementos de nuestra argumentación.

También apreciamos el carácter constructivo de los comentarios en general y estamos particularmente complacidos que nuestros argumentos hayan sido hallados útiles tanto por los arqueólogos de la Costa Noroeste como los que trabajan en otros lugares. Madonna Moss, por ejemplo, encuentra utilidad en aplicar nuestro enfoque en el área Tlingit, mientras que Juan José Ibáñez lo ve relevante para el Neolítico del Cercano Este. Fue también bien recibido por quienes provienen de diversas franjas teóricas, algo que esperamos e intentamos. Como muchos comentaristas señalan, este artículo representa un punto de partida, uno que esperamos espolee y esboce sustanciosas discusiones en una variedad de voces y perspectivas.

Dado que el espacio es limitado, en esta respuesta abordaremos las cuestiones principalmente temáticas más que individuales, enfocándonos en aspectos arqueológicos especificados como relevantes. Consideramos cuatro áreas: la relevancia general de nuestro enfoque, incluyendo algunas aclaraciones de conceptos y sus implicancias; implicancias más amplias de un enfoque arqueológico basado en el anarquismo, incluyendo qué constituye un análisis anarquista; las conexiones entre el anarquismo y otras perspectivas teóricas, incluidas las presentadas por algunos de nuestros comentaristas; y las implicancias actuales de nuestro enfoque, particularmente para pueblos indígenas y para los mismos Coast Salish.

En 1995, Gary Feinman (1995) remarcó que “en la historia de la especie humana, no hay transición más importante que la emergencia de la institucionalización de la desigualdad” (255), agregando aquel pequeño análisis sistemático al problema que tuvo lugar en ese punto. En las dos siguientes décadas, los arqueólogos y antropólogos claramente han hecho progresos en este frente (Ames 2010; Kim y Grier 2006). Parte de este progreso involucró la reconceptualización de la desigualdad, enfocando en la igualdad como un sistema mantenido activamente. Sin embargo, la dinámica de la centralización ha sido examinada menos críticamente, al menos para las sociedades que carecen de ella. Como apuntamos en nuestra narrativa original, a menudo se ha asumido que la

centralización es un camino inevitable una vez que surge la desigualdad. Por lo tanto, apreciamos el acuerdo general –expresado, por ejemplo, por Elizabeth Arkush y Randall McGuire– que los sistemas políticos no jerárquicos son mantenidos activamente.

Para la región Coast Salish, avanzamos más específicamente que los sistemas políticos de gran escala, descentralizados (y, por tanto, las formas menos jerárquicas de desigualdad) fueron construidas y mantenidas por quienes participaban de ellas. En respuesta a períodos de creciente desigualdad, los pueblos Coast Salish ejecutaron prácticas que implementan los principios fundamentales del anarquismo, resultando en una gran autonomía, formas menos restrictivas de asociación e identidad, y una autoridad menos rígida. Encontramos sorprendente, pues, que Arkush (por uno) sea escéptica en atribuir un alto grado de intencionalidad en los actores políticos para generar estos resultados –un grado de agencia, notamos, fácilmente atribuible a individuos cazadores–recolectores a pequeña escala quienes mantienen desigualdades interpersonales. Vemos substancial agencia en toda acción humana y creemos que los humanos tienen una intencionalidad implacable (pero no necesariamente una racionalidad inquebrantable o un interés personal acotado). Como tal, todos los humanos están profundamente investidos en su propia existencia social y perpetuamente (aunque no necesariamente de manera obsesiva) trabajan para

construir y controlar la realidad social en la que viven. Dicha intencionalidad puede tener muchas escalas espaciales y temporales y puede realizarse a escala de la organización política regional y estructurar el cambio social a largo plazo.

Así, con respecto a si los Coast Salish mismos estaban obsesionados con la gestión de sus propias dinámicas para mantener políticas descentralizadas, no vemos razones para que no pueda y no haya sido el caso, como tanto Miller y Thom sugieren en sus comentarios. Hay lecciones obvias respecto a las propias intenciones políticas incorporadas en las historias orales de Coast Salish, algunos de cuyos ejemplos identificamos cerca del final del artículo original (ver también Angelbeck 2009:312– 314). Por otra parte, testamentos de autoridad extralimitada o deseo excesivo por el poder están incrustados perdurablemente en piedras transformadas (típicamente, grandes piedras glaciares erráticas expuestas), que actúan como recordatorio respecto a sus consecuencias. En este sentido, tales intencionalidades han sido materializadas en el paisaje y representan un conjunto de persistentes principios rectores que cuentan la acción social.

Nuestro énfasis en el rol activo y consciente de la agencia política es consistente con nuestra perspectiva de la importancia de la fluidez y las limitaciones de las tipologías y los modelos estructurales. Jordi Estévez planteó la cuestión que discutir a las sociedades como anarquías es

quizás simplista. Sin embargo, nuestra afirmación de que muchas sociedades son anarquías no es un esfuerzo por inventar a una categoría taxonómica o cosificar una nueva forma de modelo estructural. Más bien, nuestro punto es demostrar que las sociedades con dinámicas anárquicas han sido comunes en el pasado. A lo largo de la historia humana, las comunidades se han organizado a si mismas (e incluso en oposición a) los gobiernos centralizados. Los principios enfatizados por el anarquismo –autonomía, asociación, ayuda mutua, descentralización, y justificación de la autoridad– han sido promulgados, impugnados, y negociados tantas veces como tantos pueblos han buscado mantener o cambiar sus organizaciones sociopolíticas.

Por lo tanto, ofrecemos un enfoque anarquista como forma de análisis que los arqueólogos pueden usar para examinar las dinámicas sociopolíticas de sociedades del pasado y del presente, ya sea que tal sociedad sea predominantemente anárquica o tenga jerarquías institucionalizadas en su núcleo. Los principios delineados en la teoría anarquista operan en todas las sociedades, y en algunas sociedades estos principios ganan ascendencia, siguen siendo importantes, y son enfatizados en una multitud de formas. Explicar las razones de este ascenso, claramente derivados de factores históricos de nuestro punto de vista, es donde ahora debemos dirigir nuestra atención (volveremos a este punto más adelante).

Al adelantar un análisis basado en la teoría anarquista, no intentamos sugerir que cualquier sociedad tuvo o tiene ideales anarquistas explícitos como los formulados por los teóricos políticos del siglo XIX. En su comentario, Jürg Helbling reconoce la importancia de la guerra en la conformación de la historia de Coast Salish pero subraya que también se vieron envueltos en conflictos con otros grupos locales, o iguales, más que entre plebeyos versus élites y remarca que esto no encaja bien con los “ideales anarquistas” de la lucha contra la autoridad. Este marco, sin embargo, presenta al anarquismo como un “ideal” a perseguir más que como una forma de análisis sobre cómo los principios anarquistas, tales como la autonomía o la organización descentralizada, son operacionalizados en cualquier sociedad. Aún así, la lucha contra la acumulación desequilibrada de poder por parte de iguales expresa profundamente los principios anarquistas, a nuestro parecer.

Como ilustramos en nuestro caso de estudio, el cambio histórico es multidireccional y dinámico, con oscilaciones y complejidades a veces solo insinuadas en el registro arqueológico. Aunque presentemos Coast Salish como encarnando una compleja pero descentralizada red política que refleja conmovedoramente los principios nucleares del anarquismo, no se trata de una declaración intemporal sobre la totalidad del pasado Coast Salish. Hemos argumentado que hubo períodos en los que se promovieron

los principios de la autonomía, que las asociaciones entre grupos aumentaron, se emprendieron más acciones cooperativas, y las formas de organización en red se favorecieron. Sin embargo, en otras ocasiones hubo períodos (como Marpole o Sí:yá:m) cuando las élites poderosas limitaron la capacidad de otros para promover dichos principios, fortaleciendo el poder de la élite y restringiendo la autonomía de las no élites y su habilidad de asociarse o identificarse con las élites. Como tal, ofrecemos un examen histórico de cómo estos principios se impugnaron y renegociaron con el tiempo. Aquí, hemos subrayado los períodos de resistencia a la centralización en Coast Salish, aunque hubo otros períodos de su historia que revelan tendencias a la consolidación del poder.

En la elaboración de tales dinámicas, evitamos recurrir explícitamente a cualquier proceso de “ciclo” entre la centralización y la descentralización. El cambio es siempre histórico más que un reflejo del movimiento de un lado a otro de los polos políticos (por ejemplo, *gumsa* a *gumlao*, como indica Leach [1954]). Los climas políticos no son semejantes a los climas naturales, cambiando con las estaciones para regresar a los estados formativos de forma ahistórica. Procesos tales como la guerra reflejan no la regulación funcionalista de un sistema sino las amplias acciones colectivas que se adoptan cuando las circunstancias históricas parecen favorables para ciertos grupos o facciones.

Acciones como la guerra o la resistencia no tienen un fin o un efecto inherente sino motivaciones contextuales y son adoptadas como apropiadas por actores en situaciones específicas. Argumentamos que en el caso Coast Salish, la guerra tuvo predominantemente efectos centrífugos, dispersando las concentraciones de poder. En esto, encontramos un ejemplo arqueológico paralelo a los argumentos del antropólogo Pierre Clastres (1987). Jordi Estévez ha planteado la idea que la guerra tiene más bien efectos centralizadores, y ciertamente creemos que la guerra puede tener ambos. Contrastamos explícitamente nuestro enfoque con el de Carneiro, sin embargo, quien ha sostenido por mucho tiempo que la guerra sirvió para concentrar poder y como tal fue un causal crítico de la aparición de organizaciones políticas centralizadas. No cuestionamos esta visión (aunque ha tenido sus críticas), sino más bien sugerimos que la guerra en sí es un fenómeno complejo que se utiliza tácticamente por actores humanos. Sostenemos que el singular argumento de que la guerra lleva a una creciente concentración de poder es inadecuado.

Como señala Ibáñez, tanto la dirección centrípeta como la centrífuga puede ocurrir en organizaciones políticas sin que la guerra participe en absoluto.

Nuestro enfoque explícito sobre las complejidades de la dinámica sociopolítica se articula con otros quienes han

Llevado a cabo tales análisis, empírica y teóricamente. Como tal, no vemos al análisis anarquista como reemplazo o sustituto de los enfoques previos, como también nota Jangsuk Kim. Vemos esto como una mirada a dinámicas sociales previamente no bien entendidas o apreciadas. Como notamos en nuestro estudio original, otros han planteado las preguntas clave, particularmente quienes se dedican a análisis marxistas. Como tal, queremos abordar brevemente las conexiones que han hecho varios comentaristas respecto a las relaciones de un enfoque anarquista con otras líneas de investigación en antropología y arqueología, especialmente el Marxismo, la heterarquía, los sistemas adaptativos complejos, y las redes.

Un enfoque anarquista, como han señalado muchos comentaristas y en nuestra propia visión histórica del anarquismo, comparte muchos elementos con el Marxismo. McGuire subrayó cómo ambos enfoques apuntan a perspectivas críticas de la clase, el capitalismo, y el autoritarismo. Kim describe como tanto Marxistas como anarquistas desarrollaron sus teorías tratando de alcanzar objetivos similares y en última instancia, que las teorías reflejan variaciones en la operacionalización de las estrategias de las prácticas revolucionarias. Al mismo tiempo, Estévez nos recuerda acertadamente que tanto el anarquismo como el Marxismo no consisten en formas particulares de teoría, sino que cada uno abarca numerosos enfoques. En una línea similar, David Graeber (2004:5–6)

hizo hincapié en la fuerza del Marxismo como teoría y la efectividad del anarquismo como práctica con respecto a la realización de los objetivos que comparten. Algunos comentaristas también señalaron las limitaciones de nuestro enfoque desde una perspectiva Marxista. Tanto McGuire como Kim indicaron que nuestro enfoque parece limitado para explicar el ascenso de una autoridad más centralizada, por ejemplo, durante el Período Marpole o el Sí:yá:m. sin embargo, como señala luego Kenneth Ames, los orígenes de la desigualdad en la Costa Noroeste ha sido largamente estudiado, incluso por el mismo Ames (1994, 1995, 2010) y por Grier (2003, 2006a, 2006b), entre muchos otros. Mientras existan muchas perspectivas interesantes y satisfactorias (Marxistas y de otro tipo) sobre por qué se desarrolló la desigualdad en los contextos de la Costa Noroeste, como señala Ames, la cuestión verdaderamente fundamental permanece en por qué no se desarrolló más desigualdad política (es decir: centralización) dada la riqueza y el alto grado de diferenciación social que parece haber existido desde hace muchos milenios.

Menos teorizado que la emergencia de la desigualdad ha sido cómo quienes tenían el poder fueron desafiados y resistidos. Los “períodos de clímax” cultural a menudo son vistos como el producto de acciones de la élite, implicando que las no élites aceptaban pasivamente tales esfuerzos o de otro modo eran simplemente actores limitados en tales desarrollos. En tiempos de percibido “declive”, las

descripciones de cómo las concentraciones de poder se disipan son comunes, con descensos también enmarcados desde la perspectiva de las élites. Las explicaciones rara vez incorporan la resistencia activa y el desafío a tal poder, que es lo que tratamos de ofrecer en nuestro estudio. Por esto, basándonos en el Marxismo y el anarquismo, más que en un único canon, es quizás la forma más apropiada de abordar historias complejas. Al final, estamos de acuerdo con el llamado de McGuire de explorar las tensiones entre el Marxismo y el anarquismo. Los debates que datan desde mediados del siglo XIX han sido beneficiosos tanto para la teoría Marxista como para la anarquista, y no vemos razón por lo cual esto no fuese válido al interior de la arqueología misma.

En el espíritu del anarquismo epistemológico de Feyerabend (1986 [1975]), también se pueden producir diálogos que valen la pena relacionando anarquismo y heterarquía así como con los enfoques de red, con los que hay muchos aspectos compartidos. Los acercamientos arqueológicos a la heterarquía, siendo pionera Carole Crumley, comparten lazos con las corrientes de estudios de sistemas complejos adaptativos, paralelos al foco sociopolítico dentro del anarquismo en las formas que se organizan y mantienen las estructuras descentralizadas. Como bien reconoció Crumley, McGuire, y otros comentaristas, los motores dialécticos de cambio son factores clave de la historia. Bruce Granville Miller ha

descripto la importancia de las teorías de red en el análisis de Coast Salish, conectando esta prevalencia con nuestro tratamiento de las formas de organización en red como principio del anarquismo. Nos ha sorprendido la forma en que muchos antropólogos que estudian Coast Salish han virado a modelos de red y su estructura centralizada como aproximación apropiada para las relaciones sociales de Coast Salish. Miller añade que estas redes pueden y fácilmente incorporar entidades espirituales como nodos y actores importantes. Nos hemos enfocados en aspectos sociopolíticos, pero los poderes espirituales claramente también corroboran el poder o la autoridad de los líderes Coast Salish.

Lo que nos atrae de estos enfoques relacionados al anarquismo –Marxismo, heterarquía, redes– es el énfasis en lo social. Como arqueólogos que estudiamos la cultura humana a lo largo del tiempo, es importante mantener nuestro foco en la historia humana, en lugar de depender de los cambios en el medio ambiente, el clima, o la capacidad de carga ecológica como marco interpretativo principal para entender el cambio en el pasado. No negamos la importancia del contexto ambiental y las oscilaciones climáticas – énfasis perennes en las explicaciones para la “complejidad” de la Costa Noroeste – como claros factores que limitan las acciones humanas (por ejemplo, Trigger 1991). Sin embargo, el foco debería estar puesto en la evidencia de decisiones sociales y acciones

políticas y en cómo las comunidades responden a eventos y sucesos, sean ambientales o sociales.

Un enfoque en las líneas sociales, sin embargo, lleva a relaciones complicadas con la causalidad en las explicaciones arqueológicas. Como pregunta Arkush, ¿Fueron los factores ambientales claves para impulsar el desarrollo del parentesco bilateral, que permitió una movilidad residencial que conformó las bases para las estrategias individuales de resistencia? Wayne Suttles (1987c [1960]) planteó esta posibilidad al considerar los efectos de un entorno desigual y variable sobre las sociedades de la Costa Noroeste. Son preguntas importantes a las que debemos recurrir para dar cuerpo a las historias de más largo plazo que buscamos como arqueólogos (ver Grier y Kim [2012] por un ejemplo de este enfoque). Las mejores respuestas, a nuestro entender, vendrán tras considerar razones para la acción más que causas físicas y modelos formales de explicación.

Como forma de análisis, la teoría anarquista también puede conducir a consideraciones sobre contextos contemporáneos, y McGuire ofrece algunas explicaciones de cómo la teoría puede informar a la teoría y práctica contemporánea. Esto va más allá del ámbito de nuestro estudio original, pero estamos de acuerdo que hay mucho que la teoría anarquista puede iluminar (y criticar) respecto a la naturaleza de las autoridades arqueológicas y el

contexto occidental/capitalista del trabajo arqueológico moderno. Se puede señalar la importancia, por ejemplo, de la arqueología colaborativa, que mitiga las estructuras de autoridad centralizadas que han dominado a muchos proyectos arqueológicos en el pasado. Los arqueólogos colaborativos reconocen los numerosos grupos que tienen interés en el patrimonio arqueológico –particularmente las comunidades indígenas– y su objetivo es construir relaciones abajo–arriba o de forma popular de manera que se respete y reconozcan los intereses compartidos y se promueva la ayuda mutua. Claramente hay muchos más elementos de la arqueología contemporánea que pueden ser perseguidos desde una perspectiva anarquista.

También desde una perspectiva contemporánea, Brian Thom plantea algunas cuestiones muy importantes que va más allá de la intención académica de nuestro estudio, pero que son fundamentales de abordar aquí, ya que nosotros (quienes trabajamos con comunidades indígenas) tomamos en serio la necesidad de considerar el impacto de las investigaciones académicas sobre las comunidades indígenas. Creemos que Thom ha, en algunos aspectos, visto demasiado rápido nuestro esfuerzo como una violación a la primera preocupación de Deloria. Nuestro objetivo no es “utilizar” la historia Coast Salish para desarrollar un modelo generalizado, como se ha intentado muchas veces en el pasado, particularmente con la evolución cultural unilineal. Más bien, nuestro objetivo es

mostrar que los pueblos Coast Salish –su moderna política y sus luchas legales por la autonomía– son y han sido parte de una historia humana colectiva de resistencia a la autoridad injusta y la lucha por la autodeterminación. Tales luchas, indígenas o no, deben tener la legitimidad que todos esos movimientos merecen. Irónicamente, tales valores y acciones son mitologizados en la construcción de las historias de los estados–naciones modernos (ver, por ejemplo, las inclinaciones anarquistas de Thomas Paine antes de la Revolución Americana, desafiando la autoridad del Rey George).

Como académicos, tenemos que luchar por la precisión en la forma en que caracterizamos las dinámicas políticas de Coast Salish más que en la cobertura de nuestro discurso, ya que puede ser malinterpretado, y esperamos que nuestro estudio ayude a contrarrestar la “provocativa etiqueta” que normalmente plaga al anarquismo a pesar de ser una teoría sobre la auto–organización de las comunidades. Sospechamos que Thom estaría de acuerdo en que son los gobiernos los que tienen el deber de tomarse el tiempo para entender las historias de los pueblos indígenas y resistirse a forzar sus organizaciones políticas hacia categorías occidentales. La estrategia Coast Salish para asegurar la auto–determinación debe trabajar en contra del deseo de los estados–naciones modernos de negociar con agregados y entidades tribales centralizadas. De hecho, desde una perspectiva occidental las dinámicas de lo complejo,

aunque sea en sociedades descentralizadas debe ser difícil de entender, pero eso no socava su legitimidad.

Arqueológicamente, agradecemos el comentario de Thom respecto a que necesitaremos más datos que los que hemos calculado respecto a la deformación craneal para caracterizar completamente el desarrollo de (y la resistencia a) las élites en la región Coast Salish y la Costa Noroeste. Como mencionamos en este artículo, probablemente haya muy poca nueva información que se genere de contextos funerarios, ya que la adquisición de esta información no forma más parte significativa de la investigación arqueológica de la costa. En general, el registro arqueológico de cambios sociopolíticos en la Costa Noroeste permanece frustrantemente incompleto. Sin embargo, en los últimos años hemos obtenido mucho mejor sentido del cambio en la región Coast Salish, como señala Ames (ver, por ejemplo, Angelbeck 2009; Grier y Kim 2012; Schaepe 2009).

Del mismo modo, Madonna Moss señala con razón la escasez de fechados radiocarbónicos en la zona para sitios defensivos; sin embargo, estos sitios han producido otros indicadores de antigüedad, particularmente en forma de herramientas diagnósticas. Estos sitios defensivos pertenecen cronológicamente, de manera general, al Período Tardío. Lo que las fechas radiocarbónicas muestran, en contraste a concepciones pasadas, es que la guerra

parece declinar en los siglos previos al contacto, comenzando alrededor del 500 AP. Esto corresponde bien a la recientemente llamada por Schaepe, Edad Sí:yá:m del Río Fraser, que caracteriza como un tiempo de creciente poder y control por parte de individuos y grupos poderosos. A pesar de los pocos fechados, algunas trayectorias de cambio en la historia de Coast Salish van volviéndose claras.

Cerramos agregando que mientras que los marcos teóricos anteriores han sido eficaces para entender el igualitarismo activamente mantenido encontrado entre recolectores a pequeña escala y las maquinaciones políticas involucradas en jefaturas y estados piramidales, miramos al anarquismo, en parte, porque los enfoques anteriores estaban mal equipados para caracterizar a sociedades como Coast Salish. De este modo, y en base a los datos que teníamos disponibles, encontramos al anarquismo como un cuerpo de teoría productiva para ayudarnos a iluminar ciertas dinámicas de su organización sociopolítica. Al hacerlo, esperamos que otros puedan encontrar el proceso útil y valioso no solo para analizar la complejidad de sociedades todavía no centralizadas sino para interpretar cambios sociopolíticos a través de una amplia gama de formaciones sociales, incluyendo sociedades centralizadas con gobiernos formales. Esperamos llevar el proyecto más adelante y que el esfuerzo contribuya en parte a un amplio empuje para expandir nuestro entendimiento de la diversidad de las sociedades humanas, particularmente en

una época en el que el mundo globalizado y en constante cambio busca organizarse políticamente.

– *Colin Grier y Bill Angelbeck*

Bill Angelbeck es un arqueólogo y antropólogo independiente asentado en Seattle (6905 Carleton Avenue South, Seattle, Washington 98108, USA [Angelbeck@gmail]).

Colin Grier es Profesor Asistente en el Departamento de Antropología de la Washington State University (P.O. Box 644910, Pullman, Washington 99164, USA) y el International Scholar en el Departamento de Historia en Kyung Hee University (Seul, Corea del Sur 103-701). Este artículo fue enviado el 01/10/09 y aceptado el 17/05/11.

REFERENCIAS CITADAS

- Ackelsberg, M. A. 1991. Free women of Spain: anarchism and the struggle for the emancipation of women. Bloomington: Indiana University Press. [JE]
- Adams, R. N. 1981. Natural selection, energetics, and “cultural materialism.” *Current Anthropology* 22(6):603–624. [JE]
- Ames, Kenneth M. 1991. The archaeology of the *longue dure´e*: spatial and temporal scale in the evolution of social complexity on the southern Northwest Coast. *Antiquity* 65(249):935–945. [KMA]
- . 1994. The Northwest Coast: complex hunter-gatherers, ecology, and social evolution. *Annual Review of Anthropology* 23:209–229.
- . 1995. Chiefly power and household production on the Northwest Coast. In *Foundations of social inequality*. T. Douglas Price and Gary M. Feinman, eds. Pp. 155–187. New York: Plenum.
- . 2000. Kennewick man cultural affiliation report, chapter 2: review of the archaeological data. [http://www.nps.gov/archeology/kennewick/ames .htm](http://www.nps.gov/archeology/kennewick/ames.htm). [KMA]
- . 2004. Supposing hunter-gatherer variability. *American Antiquity* 69(2):364–374. [KMA]

- . 2010. On the evolution of the human capacity for inequality and/or egalitarianism. In *Pathways to power*. T. D. Price and G. M. Feinman, eds. Pp. 15–44. New York: Springer.
- Ames, Kenneth M., and Herbert G. D. Maschner. 1999. *Peoples of the Northwest Coast: their archaeology and prehistory*. London: Thames & Hudson.
- Anderson, Benedict. 2005. *Under three flags: anarchism and the anti-colonial imagination*. New York: Verso.
- Angelbeck, Bill. 2007. Conceptions of Coast Salish warfare, or Coast Salish pacifism reconsidered: archaeology, ethnohistory, and ethnography. In *Be of good mind: essays on the Coast Salish*. B. Miller, ed. Pp. 260–283. Vancouver: UBC Press.
- . 2009. “They recognize no superior chief”: power, practice, anarchism, and warfare in the Coast Salish past. PhD dissertation, University of British Columbia, Vancouver.
- . 2010. La sociedad contra la jefatura: organización y resistencia al poder en la guerra Coast Salish. In *La excepción y la norma: las sociedades indígenas de la Costa Noroeste de Norteamérica desde la arqueología*, vol. 8 of *Treballs d’etnoarqueología*. A. Vila and J. Estevez, eds. Pp. 125–145. Madrid: CSIC. [JE]
- Angelbeck, Bill, and Eric McLay. 2011. The battle at Maple Bay: the dynamics of Coast Salish political organization through oral histories. *Ethnohistory* 58(3):359–392.
- Arnold, Jeanne E. 2006. Households on the Pacific Coast: the Northwest Coast and California in comparative perspective. In *Household archaeology on the Northwest Coast*. Elizabeth A. Sobel, D. Ann Trieu Gahr, and Kenneth M. Ames, eds. Pp. 270–285. Ann Arbor, MI: International Monographs in Prehistory. [KMA]
- Atleo, Richard. 2005. *Tsawalk: a Nuu-chah-nulth worldview*. Vancouver: UBC Press. [BT]

- Bakunin, Mikhail. 1950 (1872). *Marxism, freedom and the state*. London: Freedom.
- . 1970 (1871). *God and the state*. New York: Dover.
- Barclay, Harold. 1982. *People without government: an anthropology of anarchism*. London: Kahn & Averil.
- . 1997. *Culture and anarchism*. London: Freedom.
- Barnett, Homer G. 1944. *Underground houses on the British Columbian coast*.
American Antiquity 9:265–270.
- . 1955. *The Coast Salish of British Columbia*. Eugene: University of Oregon Press.
- Bate, L. F. 1998. *El proceso de investigación en arqueología*. Barcelona: Editorial Critica. [JE]
- Beattie, Owen. 1972. *Salvage archaeology at Bliss Landing*. In *Salvage '71*. R.
- Carlson, ed. Pp. 223–239. *Department of Archaeology publication no. 1*. Burnaby: Simon Fraser University.
- . 1976. *Skeletal pathology of prehistoric human remains from Crescent Beach*. In *Current research reports*. R. L. Carlson, ed. Pp. 155–164. *Department of Archaeology publication no. 3*. Burnaby: Simon Fraser University.
- . 1980. *An analysis of prehistoric human skeletal material from the Gulf of Georgia region of British Columbia*. PhD dissertation, Simon Fraser University, Burnaby.
- Bell, Catherine, and Michael Asch. 1997. *Challenging assumptions: the impact of precedent in Aboriginal rights litigation*. In *Aboriginal and treaty rights in Canada*. Michael Asch, ed. Pp. 38–74. Vancouver: UBC Press. [BT]

- Bell, J. F. 1982. Rock art of the Coast Salish territory: an analysis of style, form and function. PhD dissertation, University of Washington, Seattle.
- Bierwert, Crisca. 1996. Lushootseed texts: an introduction to Puget Salish narrative aesthetics. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Blackwood, B., and P. M. Danby. 1955. A study of artificial cranial deformation in New Britain. *Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland* 85(1/2):173–191.
- Blake, Michael. 2004. Fraser Valley trade and prestige as seen from Scowlitz. In *Complex hunter-gatherers: evolution and organization of prehistoric communities on the plateau of northwestern North America*. W. Prentiss and I. Kuijt, eds. Pp. 103–112. Salt Lake City: University of Utah Press.
- Blake, Michael, and John Clark. 1999. Emergence of hereditary inequality: the case of Pacific Coastal Chiapas, Mexico. In *Pacific Latin America in prehistory: the evolution of archaic and formative cultures*. M. Blake, ed. Pp. 55–73. Pullman: Washington State University Press.
- Blanton, Richard, Gary Feinman, Stephen Kowalewski, and Peter Peregrine. 1996. A dual-processual theory for the evolution of Mesoamerican civilization. *Current Anthropology* 37:1–14. [RHM]
- Bloch, Maurice. 1983. *Marxism and anthropology: the history of a relationship*. Oxford: Clarendon.
- Blom, D. E. 2005. Embodying borders: human body modification and diversity in Tiwanaku society. *Journal of Anthropological Archaeology* 24:1–24.
- Boada Rivas, A. 1995. La deformación craneana como marcador de diferenciación social. *Boletín Museo del Oro* 38/39:135–147.
- Boas, F., R. Bouchard, D. I. D. Kennedy, and D. Bertz. 2002. *Indian myths and legends from the North Pacific Coast of America: a translation*

of Franz Boas' 1895 edition of *Indianische Sagen von der Nord-Pacifischen Ku"ste Amerikas*. Vancouver: Talonbooks. [JE]

- Boehm, Christopher. 1993. Egalitarian behavior and reverse dominance hierarchy. *Current Anthropology* 34(3):227–254.
- Bolduc, Jean-Baptiste. 1843–1845. Jean-Baptiste Bolduc fonds: 1843–1845. Victoria: British Columbia Archives.
- Bookchin, Murray. 1991. *The ecology of freedom: the emergence and dissolution of hierarchy*. Montreal: Black Rose.
- Braun, D. P., and S. Plog. 1982. Evolution of "tribal" social networks: theory and prehistoric North American evidence. *American Antiquity* 47:504–525.
- Brolly, R., R. Muir, and R. Schulting. 1993. *Archaeological investigations at the Harbour House site (DfRu 3), Saltspring Island, B.C.* Victoria: Archaeology Branch, Ministry of Forests, Lands, and Natural Resource Operations.
- Brown, Douglas. 2003. Shell middens and midden burials in southern Strait of Georgia prehistory. In *Archaeology of coastal British Columbia: essays in honour of Professor Philip M. Hobler*. Roy L. Carlson, ed. Pp. 153–164. Burnaby: Archaeology Press, Simon Fraser University.
- Burchell, M. 2004. *Gender and status representation in Northwest Coast burials*. MS thesis, Simon Fraser University, Burnaby.
- . 2006. Gender, grave goods and status in British Columbia burials. *Canadian Journal of Archaeology* 30:251–271.
- Burley, David. 1980. *Marpole: anthropological reconstructions of a prehistoric Northwest Coast culture type*. Burnaby: Archaeology Press, Simon Fraser University.
- . 1989. *Senewe'lets: culture history of the Nanaimo Coast Salish and the False Narrows midden*. Victoria: Royal British Columbia Museum memoir

- Burley, David, and Christopher Knu"sel. 1989. Burial patterns and archaeological interpretations: problems in the recognition of ranked society in the Coast Salish region. In *Development of hunting-fishing-gathering maritime societies along the West Coast of North America*. A. Blukis-Onat, ed. Reprint Proceedings, Circum-Pacific Prehistory Conference. Pullman: Washington State University Press.
- Buxton, J. 1969. Earthworks of southwestern British Columbia. MS thesis, Department of Archaeology, University of Calgary.
- Call, Lewis. 2003. *Postmodern anarchism*. Oxford: Lexington.
- Calvert, S. 1970. The St. Mungo cannery site: a preliminary report. In *Archaeology in British Columbia: new discoveries*. R. Carlson, ed. Pp. 6–7. Vancouver: UBC Press.
- Cannon, Aubrey. 2003. Long-term continuity in central Northwest Coast settlement patterns. *Archaeology of coastal British Columbia: essays in honour of professor Philip M. Hobler*. Roy L. Carlson, ed. Pp. 1–12. Burnaby: Archaeology Press, Simon Fraser University. [KMA]
- Cannon, Aubrey, Dongya Yang, and Camilla Speller. 2011. Site-specific salmon fisheries on the central coast of British Columbia. In *The archaeology of North Pacific fisheries*. Madonna L. Moss and Aubrey Cannon, eds. Pp. 57– 74. Fairbanks: University of Alaska Press. [KMA]
- Card. 2009. Canadian Archaeological Radiocarbon Database. R. Morlan, compiler. <http://www.canadianarchaeology.ca/>. Gatineau: Canadian Museum of Civilization.
- Carlson, Keith. 2010. *The power of place, the problem of time: Aboriginal identity and historical consciousness in the cauldron of colonialism*. Toronto: University of Toronto Press. [BGM]
- Carlson, Roy L., and Phil Hobler. 1993. The Pender Canal excavations and the development of Coast Salish culture. *BC Studies* 99:25–52.

- Carneiro, R. 1970. A theory of the origin of the state. *Science* 169:733–738.
- Carter, Alan. 1989. Outline of an anarchist theory of history. In *For anarchism: history, theory and practice*. David Goodway, ed. Pp. 176–197. New York: Routledge.
- Cashdan, E. 1980. Egalitarianism among hunters and gatherers. *American Anthropologist* 82(1):116–120.
- Chapman, Robert W. 2003. *Archaeologies of complexity*. London: Routledge. [CLC]
- Childe, V. Gordon. 1964. *What happened in history*. New York: Penguin.
- Chisholm, Brian S., D. E. Nelson, and H. P. Schwarcz. 1983. Marine and terrestrial protein in prehistoric diets on the British Columbia coast. *Current Anthropology* 24(3):396–398.
- Chomsky, N. 1996. Noam Chomsky on anarchism. Interview by Tom Lane. *Z Magazine*, December 23. [http://www.chomsky.info/interviews/19961223 .htm](http://www.chomsky.info/interviews/19961223.htm).
- Clark, John, and Michael Blake. 1994. The power of prestige: competitive generosity and the emergence of rank societies in lowland Mesoamerica. In *Factional competition and political development in the New World*. E. M. Brumfiel and J. Fox, eds. Pp. 17–30. New York: Cambridge University Press.
- Clark, Terence, Gary Coupland, and Jerome Cybulski. 2012. Wealth or ritual power? what is on display in early Northwest Coast bead-rich burials? Paper presented at the 77th Annual Meeting of the Society for American Archaeology, Memphis, TN, April 18–22. [KMA]
- Clastres, Pierre. 1987. *Society against the state: essays in political anthropology*. New York: Zone.
- . 1994. *Archeology of violence*. New York: Semiotext(e).
- Cobb, Charles R. 1993. Archaeological approaches to the political economy of nonstratified societies. *Archaeological Method and Theory* 5:43–100.

- Collins, June. 1950. Growth of class distinctions and political authority among the Skagit Indians during the contact period. *American Anthropologist* 52: 331–342.
- . 1974. *Valley of the spirits: the upper Skagit Indians of western Washington*. Seattle: University of Washington Press.
- . 1979. Multilineal descent: a Coast Salish strategy. In *Currents in anthropology: essays in honor of Sol Tax*. R. Hinshaw, ed. Pp. 243–254. New York: Mouton.
- . 1980. Report on the use of the Skagit River, including village locations, by the upper Skagit Indians. In *Cultural resource overview and sample survey of the Skagit wild and scenic river, vol. 2*. Astrida Blukis Onat, Lee Bennett, and Jan Hollenbeck, eds. Pp. 1–17. Seattle: Institute of Cooperative Research.
- Condrashoff, N. 1984. DcRu 52: a salvaged burial cairn in Songhees territory. Victoria: Archaeology Branch, Ministry of Forests, Lands, and Natural Resource Operations.
- Conlee, Christina A. 2004. The expansion, diversification, and segmentation of power in late prehispanic Nasca. *Archeological Papers of the American Anthropological Association* 14(1):211–223.
- Cornell, Stephen, and Joseph Kalt. 1998. Sovereignty and nation-building: the development challenge in Indian country today. *American Indian Culture and Research Journal* 22(3):187–214. [BT]
- Coupland, Gary. 1991. Point Grey site: a Marpole spring village component. *Canadian Journal of Archaeology* 15:73–96.
- Coupland, Gary, Terence Clark, and Amanda Palmer. 2009. Hierarchy, communalism, and the spatial order of Northwest Coast plank houses: a comparative study. *American Antiquity* 74:77–106.
- Crumley, Carole L. 1974. Celtic social structure: the generation of archaeologically testable hypotheses from literary evidence.

Anthropology Papers 54. Ann Arbor: University of Michigan, Museum of Anthropology. [CLC]

- . 1987. A dialectical critique of hierarchy. In *Power relations and state formation*. Thomas C. Patterson and Christine W. Gailey, eds. Pp. 155–169. Washington, DC: American Anthropological Association.
- . 1995. Heterarchy and the analysis of complex societies. *Archeological Papers of the American Anthropological Association* 6(1):1–5. 584 *Current Anthropology* Volume 53, Number 5, October 2012
- . 2003. Alternative forms of societal order. In *Heterarchy, political economy, and the ancient Maya: the Three Rivers Region of the east-central Yucatan Peninsula*. Vernon L. Scarborough, Fred Valdez Jr., and Nicholas Dunning, eds. Pp. 136–145. Tucson: University of Arizona Press. [CLC]
- . 2005. Remember how to organize: heterarchy across disciplines. In *Nonlinear models for archaeology and anthropology*. Christopher S. Beekman and William S. Baden, eds. Pp. 35–50. Aldershot: Ashgate. [CLC]
- . 2007a. Heterarchy. In *International encyclopedia of the social sciences*, vol. 3. 2nd edition. William A. Darity, ed. Pp. 468–469. Detroit: Macmillan. [CLC]
- . 2007b. Notes on a new paradigm. In *Socialising complexity: structure, interaction and power in archaeological discourse*. Sheila Kohring and Stephanie Wynne-Jones, eds. Pp. 30–36. Oxford: Oxbow. [CLC]
- . 2012. A heterarchy of knowledges: tools for the study of landscape histories and futures. In *Resilience and the cultural landscape: understanding and managing change in human-shaped environments*. T. Plieninger and C. Bieling, eds. Cambridge: Cambridge University Press. Forthcoming. [CLC]

- Crumley, Carole L., and William H. Marquardt, eds. 1987. *Regional dynamics: Burgundian landscapes in historical perspective*. San Diego: Academic Press. [CLC]
- Curtin, A. Joanne. 1991. *Human osteology*, vol. 3 of *Archaeological investigations at Tsawwassen, B.C.* Victoria: Archaeology Branch, Ministry of Forests, Lands, and Natural Resource Operations.
- . 1998. *Prehistoric mortuary variability on Gabriola Island, British Columbia*. PhD dissertation, Ohio State University, Columbus.
- Cybulski, Jerome S. 1991. *Human remains from Duke Point, British Columbia, and probable evidence for pre-Columbian trepanematosi*s. Victoria: Archaeology Branch, Ministry of Forests, Lands, and Natural Resource Operations.
- . 1992. *A Greenville burial ground: human remains and mortuary elements in British Columbia Coast prehistory*. Mercury Series, Archaeological Survey of Canada, no. 146. Ottawa: National Museum of Man.
- . 1993. *Human remains from Somenos Creek (DeRw 18)*. In *An archaeological impact assessment of Timbercrest Estates residential subdivision*. Pp. 1–24. Victoria: Archaeology Branch, Ministry of Forests, Lands, and Natural Resource Operations.
- . 1994. *Culture change, demographic history, and health and disease on the Northwest Coast*. In *In the wake of contact: biological responses to conquest*. C. Larsen and G. Milner, eds. Pp. 75–85. New York: Wiley-Ness.
- . 1998. *Human skeletal remains from site DeRu 12, Maple Bay, British Columbia (April, 1988)*. Victoria: Archaeology Branch, Ministry of Forests, Lands, and Natural Resource Operations.
- Deloria, Vine, Jr. 1969. *Custer died for your sins: an Indian manifesto*. New York: Macmillan. [BT]

- Deo, J., J. Stone, and J. Stein. 2004. Building confidence in shell: variations in the marine radiocarbon reservoir correction for the Northwest Coast over the past 3,000 years. *American Antiquity* 69:771–786.
- Deur, Douglas, and Nancy J. Turner, eds. 2005. *Keeping it living: traditions of plant use and cultivation on the Northwest Coast of North America*. Seattle: University of Washington Press. [KMA]
- Dillehay, T. D. 2004. Social landscape and ritual pause: uncertainty and integration in formative Peru. *Journal of Social Archaeology* 4(2):239–268. [EA]
- Dingwall, E. 1931. *Artificial cranial deformation: a contribution to the study of ethnic mutilations*. London: John Bale, Sons & Danielsson.
- Donald, Leland. 1997. *Aboriginal slavery on the Northwest Coast of North America*. Berkeley: University of California Press.
- Douglas, John E. 1995. Autonomy and regional systems in the late prehistoric southern Southwest. *American Antiquity* 60(2):240–257.
- Drucker, Philip. 1965. *Cultures of the north Pacific coast*. Reading, MA: Addison-Wesley.
- Duff, Wilson. 1952. *The upper Stalo Indians of the Fraser Valley, British Columbia*. Victoria: British Columbia Provincial Museum.
- Ehrenreich, R. M., C. L. Crumley, and J. E. Levy, eds. 1995. *Heterarchy and the analysis of complex societies*. Arlington, VA: Papers of the American Anthropological Association 6(1).
- Eldridge, Morley. 1987. *Archaeological monitoring and salvage excavation at the Willows Beach Site, DcRt 10, Oak Bay, B.C.* Victoria: Archaeology Branch, Ministry of Small Business, Tourism, and Culture.
- Elmendorf, William W. 1970. Skokomish sorcery, ethics, and society. In *Systems of North American witchcraft and sorcery*. Deward E. Walker, ed. Pp. 147–182. *Anthropological Monographs*, no. 1. Moscow: University of Idaho.

- . 1971. Coast Salish status ranking and intergroup ties. *Southwestern Journal of Anthropology* 27:353–380. [BGM]
- . 1992 (1960). *The structure of Twana culture*. Pullman: Washington State University Press.
- Engels, Frederick. 1966 (1894). *Anti-Duhring*. New York: International Publishers.
- . 2004 (1884). *The origin of the family, private property and the state*. Chippendale: Resistance. [JE]
- Estévez, J., and A. Vila. 2010. Introduction: el porque de este libro y de nuestra ida a la Costa Noroeste. In *La excepción y la norma: las sociedades indígenas de la Costa Noroeste de Norteamérica desde la arqueología*, vol. 8 of *Treballs d'etnoarqueología*. A. Vila and J. Estevez, eds. Pp. 9–62. Madrid: CSIC. [JE]
- Evans-Pritchard, E. E. 1940. *The Nuer*. London: Clarendon.
- Fehr, E., and H. Gintis. 2007. Human nature and social cooperation. *Annual Review of Sociology* 33:1–22.
- Feinman, Gary. 1995. The emergence of inequality: a focus on strategies and processes. In *Foundations of social inequality*. T. D. Price and G. M. Feinman, eds. Pp. 255–279. New York: Plenum.
- . 2000. Corporate/network: new perspectives on models of political action and the Puebloan Southwest. In *Social theory in archaeology*. Michael B. Schiffer, ed. Pp. 31–51. Salt Lake City: University of Utah Press.
- Feinman, G., and J. Neitzel. 1984. Too many types: an overview of sedentary prestate societies in the Americas. In *Archaeological method and theory*. M. Schiffer, ed. Pp. 39–102. New York: Academic Press. [EA]
- Ferguson, R. Brian. 1983. Warfare and redistributive exchange on the Northwest Coast. In *The development of political organization in Native North America*. Elisabeth Tooker, ed. Pp. 133–147. Washington, DC: American Ethnological Society.

- Feyerabend, Paul. 1986 (1975). *Against method: outline of an anarchistic theory of knowledge*. London: Verso.
- Foucault, Michel. 1980. *Power/knowledge: selected interviews and other writings, 1972–1977*. New York: Pantheon.
- . 1997. *Ethics: subjectivity and truth: essential works of Foucault, 1954–1984*. New York: New Press.
- Fried, Morton H. 1967. *The evolution of political society: an essay in political anthropology*. New York: Random House.
- Gibbs, George. 1877. Tribes of western Washington and northwestern Oregon. In *Contributions to North American ethnology*, vol. 1. J. W. Powell, ed. Pp. 157–361. Washington, DC: United States Geographical and Geological Survey of the Rocky Mountain Region.
- Gibson, J. R. 1991. *Otter skins, Boston ships, and China goods: the maritime fur trade of the Northwest Coast, 1785–1841*. Montreal: McGill-Queen's University Press.
- Gilman, Antonio. 1984. Explaining the Upper Palaeolithic revolution. In *Marxist perspectives in archaeology*. M. Spriggs, ed. Pp. 115–126. New York: Cambridge University Press.
- Gintis, H. 2000. Strong reciprocity and human sociality. *Journal of Theoretical Biology* 206:169–179.
- Godelier, Maurice. 1977. *Perspectives in Marxist anthropology*. New York: Cambridge University Press.
- Gordon, William Ebrington. 1853. *Gordon's journal on the HMS Virago, Sept. 10th, 1851–Jan. 28th, 1854*. Vancouver: University of British Columbia (original in Mitchell Library, New South Wales, Australia).
- Goring-Morris, A. N., and A. Belfer-Cohen. 2008. A roof over one's head: developments in near eastern residential architecture across the Epipalaeolithic-Neolithic transition. In *The Neolithic demographic*

transition and its consequences. J.-P. Bocquet-Appeland and O. Bar-Yosef, eds. Pp. 239–286. New York: Springer. [JJ]

Graeber, David. 2004. *Fragments of an anarchist anthropology*. Chicago: Prickly Paradigm.

———. 2007. *Possibilities: essays on hierarchy, rebellion, and desire*. Oakland, CA: AK Press.

———. 2009. *Direct action: an ethnography*. Oakland, CA: AK Press.

Gramsci, Antonio. 1971 (1929–1935). *Selections from the prison notebooks*. Q. Hoare and G. Nowell Smith, eds. New York: International Publishers.

Grant, W. C. 1857. Description of Vancouver Island. *Journal of the Royal Geographic Society* 27:268–320.

Grier, Colin. 2003. Dimensions of regional interaction in the prehistoric Gulf of Georgia. In *Emerging from the mists: studies in Northwest Coast culture history*. R. G. Matson, G. Coupland, and Q. Mackie, eds. Pp. 170–187. Vancouver: UBC Press.

———. 2006a. Affluence on the prehistoric Northwest Coast of North America. In *Beyond affluent foragers: rethinking hunter-gatherer complexity*. Colin Grier, Jangsuk Kim, and Junzo Uchiyama, eds. Pp. 126–135. Oxford: Oxbow. Angelbeck and Grier *Anarchism and the Archaeology of Anarchic Societies* 585

———. 2006b. Political dimensions of monumental residences on the Northwest Coast of North America. In *Palaces and power in the Americas: from Peru to the Northwest Coast*. J. J. Christie and P. J., Sarro, eds. Pp. 141– 165. Austin: University of Texas Press.

———. 2010. Probables pasados y posibles futuros: sobre la reconstrucción de cazadores-recolectores complejos de la NWC. In *La excepción y la norma: las sociedades indígenas de la Costa Noroeste de Norteamérica desde la arqueología*, vol. 8 of *Treballs d'etnoarqueología*. A. Vila and J. Estevez, eds. Pp. 147–166. Madrid: CSIC. [JE]

- Grier, Colin, and Jangsuk Kim. 2012. Resource control and the development of political economies in small-scale societies: contrasting prehistoric southwestern Korea and the Coast Salish Region of northwestern North America. *Journal of Anthropological Research* 68(1):1–34.
- Grier, C., and E. McLay. 2001. No project is an island: reconstructing Hul'qumi'num settlement history on Valdes Island. Paper presented at the BC Archaeology Forum, Simon Fraser University, Burnaby.
- Guérin, Daniel. 1989. Marxism and anarchism. In *For anarchism: history, theory and practice*. David Goodway, ed. Pp. 109–126. London: Routledge.
- Gunther, E. 1927. Klallam ethnography. *University of Washington Publications in Anthropology* 1:173–314.
- Hall, R., and J. Haggerty. 1981. Human skeletal remains and associated cultural material from the Hill Site, DfRu 4, Saltspring Island, British Columbia. In *Contributions to physical anthropology*. J. S. Cybulski, ed. Pp. 64–105. Mercury Series, Archaeological Survey of Canada, no. 106. Ottawa: National Museum of Man.
- Hammerstein, P., ed. 2006. *Genetic and cultural evolution of human cooperation*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Hardt, Michael, and Antonio Negri. 1994. *Labor of Dionysus: a critique of the state-form*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- . 2001. *Empire*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- . 2004. *Multitude: war and democracy in the age of empire*. New York: Penguin.
- Harris, M. 1984. A cultural materialist theory of band and village warfare: the Yanomamo test. In *Warfare, culture, and environment*. R. Brian Ferguson, ed. Pp. 111–140. New York: Academic Press. [EA]
- Harrower, M. J., J. McCorriston, and A. C. D'Andrea. 2010. General/specific, local/global: comparing the beginnings of agriculture in the Horn

of Africa (Ethiopia/Eritrea) and southwest Arabia (Yemen). *American Antiquity* 75(3): 452–473. [EA]

Hayden, Brian. 1995. Pathways to power: principles for creating socioeconomic inequalities. In *Foundations of social inequality*. T. Douglas Price and Gary M. Feinman, eds. Pp. 15–86. New York: Plenum.

———. 1996. Thresholds of power in emergent complex societies. In *Emergent complexity: the evolution of intermediate societies*. J. Arnold, ed. Pp. 50–58. Ann Arbor, MI: International Monographs in Prehistory. [JJI]

Helbling, Ju"rg. 2006. War and peace in societies without central power: theories and perspectives. In *Warfare and society: archaeological and social anthropological perspectives*. T. Otto, H. Thrane, and H. Vandkilde, eds. Pp. 113– 139. Oakville, CT: Aarhus University Press.

Hodder, Ian. 1999. *The archaeological process: an introduction*. Oxford: Blackwell. [RHM]

Ibáñez, J. J., and J. E. González-Urquijo. 2011. Social and symbolic meanings of lithic technology during the PPN in the Middle Euphrates. In *The state of the stone: terminologies, continuities and contexts in Near Eastern lithics*. S. Campbell Healey and O. Maeda, eds. Pp. 147–156. *Studies in Early Near Eastern Production, Subsistence, and Environment* 13. Berlin: ex oriente.

Jewitt, John R. 1967 (1815). *A narrative of the adventures and sufferings of John R. Jewitt; only survivor of the crew of the ship Boston*. Fairfield: Ye Galleon. [KMA]

Johnson, G. 1982. Organizational structure and scalar stress. In *Theory and explanation in archaeology: the Southampton conference*. C. Renfrew, M. Rowlands, and B. A. Segraves-Whallon, eds. Pp. 397–421. New York: Academic Press.

- Johnstone, D. 1988. The 1987 excavations at Long Harbour DfRu-44. Permit 1987-10. Victoria: Archaeology Branch, Ministry of Forests, Lands, and Natural Resource Operations.
- Kane, Paul. 1971. Paul Kane's frontier: including wanderings of an artist among the Indians of North America. J. Harper, ed. Austin: University of Texas Press.
- Keddie, Grant. 1981. The use and distribution of labrets on the North Pacific Rim. *Syesis* 14:59–80.
- . 1983. The Victoria Songhees development area survey and the excavation of the Lime Bay fortification site DcRu 123. Victoria: Archaeology Branch, Ministry of Small Business, Tourism, and Culture.
- . 1987. Salvage excavations in northwest Cadboro Bay archaeological site DcRt 9. Victoria: Archaeology Branch, Ministry of Forests, Lands, and Natural Resource Operations.
- . 1988. The six mile rockshelter. Victoria: Archaeology Branch, Ministry of Small Business, Tourism, and Culture.
- . 1995. Archaeological site inspection at the Finlayson Point site (DcRu 23), Beacon Hill Park. Victoria: Archaeology Branch, Ministry of Forests, Lands, and Natural Resource Operations.
- . 1996. Aboriginal defensive sites. In *Discovery*. Pp. 1–6. Victoria: Royal British Columbia Museum.
- Kennedy, Dorothy. 2007. Quantifying “two sides of a coin”: a statistical examination of the Central Coast Salish social network. *BC Studies* 153:3–34.
- Kew, J. E. Michael, and Bruce G. Miller. 1999. Locating Aboriginal governments in the political landscape. In *Seeking sustainability in the lower Fraser Basin: issues and choices*. Michael Healey, ed. Pp. 47–63. Vancouver: Institute for Resources and the Environment/Westwater Research. [BGM]

- Kim, Jangsuk, and Colin Grier. 2006. Beyond affluent foragers. In *Beyond affluent foragers: rethinking hunter-gatherer complexity*. Colin Grier, Jangsuk Kim, and Junzo Uchiyama, eds. Pp. 192–200. Oxford: Oxbow.
- Knight, R. 2011 (1978). *Indians at work: an informal history of native Indian labour in British Columbia, 1858–1930*. Vancouver: New Star. [JE]
- Kropotkin, Peter. 1910. Anarchism. *Encyclopedia Britannica* 1:914–919.
- . 1972 (1902). *Mutual aid: a factor of evolution*. New York: Garland.
- . 1987 (1897). *The state: its historic role [originally, L'Etat—Son Role Historique]*. London: Free Press.
- Kuhn, Thomas. 1962. *The structure of scientific revolutions*. Chicago: University of Chicago Press.
- Kuijt, I. 2000. Keeping the peace: ritual, skull caching and community integration in the Levantine Neolithic. In *Life in Neolithic farming communities: social organization, identity and differentiation*. I. Kuijt, ed. Pp. 137–163.
- London: Kluwer Academic/Plenum. [JJI]
- Laclau, Ernesto, and Chantal Mouffe. 1985. *Hegemony and socialist strategy: towards a radical democratic politics*. London: Verso.
- Lambert, Patricia M. 2002. The archaeology of war: a North American perspective. *Journal of Archaeological Research* 10(3):207–241.
- Leach, Edmund R. 1954. *Political systems of highland Burma*. Boston: Beacon.
- Lee, R. 1988. Reflections on primitive communism. In *Ecology, evolution and social change*, vol. 1 of *Hunters and gatherers*. T. Ingold, D. Riches, and J. Woodburn, eds. Pp. 252–268. London: Berg.
- Lee, R., and I. Devore, eds. 1968. *Man the hunter*. Chicago: Aldine.

- Lepofsky, Dana, Michael Blake, Douglas Brown, Sandra Morrison, Nicole Oakes, and Natasha Lyons. 2000. The archaeology of the Scowlitz site, SW British Columbia. *Journal of Field Archaeology* 27:391–416.
- Lepofsky, Dana, David M. Schaepe, Anthony P. Graesch, Michael Lenert, Patricia Ormerod, Keith Thor Carlson, Jeanne E. Arnold, Michael Blake, Patrick Moore, and John J. Clague. 2009. Exploring Sto' :Lo' - Coast Salish interaction and identity in ancient houses and settlements in the Fraser Valley, British Columbia. *American Antiquity* 74(4):595–626. [KMA]
- Lovejoy, A. O., and G. Boas. 1935. *Primitivism and related ideas in antiquity*. Baltimore: Johns Hopkins Press. [CLC]
- Lumbreras, L. G. 2005. *Arqueología y sociedad*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos. [JE]
- Luxemburg, Rosa. 1951. *The accumulation of capital*. London: Psychology Press.
- MacDonald, R. B. 1990. *The first peoples: "Vancouver" in the 1850s*. Map. Vancouver: Vancouver Historical Society.
- Marsden, Susan. 2001. Defending the mouth of the Skeena: perspectives on Tsimshian-Tlingit relations. In *Perspectives on northern Northwest Coast prehistory*. Jerome Cybulski, ed. Pp. 61–106. Gatineau: Canadian Museum of Civilization.
- Marshall, Peter. 1993. *Demanding the impossible: a history of anarchism*. London: Fontana.
- Martindale, Andrew, and Bryn Letham. 2011. Causalities and models within the archaeological construction of political order on the Northwest Coast of North America. In *The archaeology of politics: the materiality of political practice and action in the past*. Peter G. Johansen and Andrew M. Bauer, eds. Pp. 323–353. Newcastle: Cambridge Scholars. [KMA]

- Martindale, Andrew, and Susan Marsden. 2003. Defining the Middle Period (3500 BP to 1500 BP) in Tsimshian history through a comparison of archaeological and oral records. *BC Studies* 138(summer):13–50. 586 *Current Anthropology* Volume 53, Number 5, October 2012
- Marx, Karl. 1964 (1857–1858). *Pre-capitalist economic formations*. Eric J. Hobsbawm, ed. New York: International Publishers.
- Maschner, Herbert D. G., and Katherine L. Reedy-Maschner. 1998. Raid, retreat, defend (repeat): the archaeology and ethnohistory of warfare on the North Pacific Rim. *Journal of Anthropological Archaeology* 17(1):19–51.
- Mason, A., and T. Hoffman. 1997. Archaeological mitigation of DjSf-13 Buckley Bay main road and interchange, Vancouver Island Highway Project. Victoria: Archaeology Branch, Ministry of Forests, Lands, and Natural Resource Operations.
- Matson, R. G. 2003. The Coast Salish house: lessons from Shingle Point, Valdes Island, British Columbia. In *Emerging from the mists: studies in Northwest Coast culture history*. R. G. Matson, G. Coupland, and Q. Mackie, eds. Pp. 170–187. Vancouver: UBC Press.
- Matson, R. G., and Gary Coupland. 1995. *The prehistory of the Northwest Coast*. New York: Academic Press.
- Matthews, Christopher N., Mark Leone, and Kurt A. Jordan. 2002. The political economy of archaeological cultures: Marxism and American historical archaeology. *Journal of Social Archaeology* 2:109–134.
- Maud, R. 1982. *A guide to B.C. Indian myth and legend: a short history of myth-collecting and a survey of published texts*. Vancouver: Talonbooks. [JE]
- Maximoff, G. 1964. *The political philosophy of Bakunin: scientific anarchism*. New York: Free Press.

- May, Todd. 1989. Is post-structuralist political theory anarchist? *Philosophy and Social Criticism* 15:167–181.
- . 1994. *The political philosophy of poststructuralist anarchism*. University Park: Pennsylvania State University Press.
- McCulloch, W. S. 1945. A heterarchy of values determined by the topology of nervous nets. *Bulletin of Mathematical Biology* 7(2):89–93.
- McGuire, Randall H. 1992. *A Marxist archaeology*. New York: Academic Press.
- . 2008. *Archaeology as political action*. Berkeley: University of California Press.
- . 2011. Rethinking social power and inequality in the Aboriginal Southwest/ Northwest. In *Movement, connectivity, and landscape change in the ancient Southwest*. Margaret Nelson and Coleen Strawhacker, eds. Pp. 57– 74. Boulder: University of Colorado Press. [RHM]
- McGuire, Randall H., and Dean J. Saitta. 1996. Although they have petty captains, they obey them badly: the dialectics of prehispanic Western Pueblo social organization. *American Antiquity* 61(2):197–216.
- McIntosh, Roderick, Joseph A. Tainter, and Susan Keech McIntosh, eds. 2000. *The way the wind blows: climate, history, and human action*. New York: Columbia University Press. [CLC]
- Meillassoux, Claude. 1980 (1972). From reproduction to production: a Marxist approach to economic anthropology. In *The articulation of modes of production: essays from economy and society*. H. Wolpe, ed. Pp. 189–201. London: Routledge.
- Miller, Bruce. 1989. Centrality and measures of regional structure in Aboriginal western Washington. *Ethnology* 28(3):265–276. [BGM]
- . 2001. *The problem of justice: tradition and law in the Coast Salish world*. Lincoln: University of Nebraska Press.

- Miller, Bruce, and Daniel Boxberger. 1994. Creating chiefdoms: the Puget Sound case. *Ethnohistory* 41:267–293.
- Miller, Jay. 1999. Lushootseed culture and the shamanic odyssey: an anchored radiance. Lincoln: University of Nebraska Press. [BGM]
- Mills, Barbara, ed. 2000. *Alternative leadership strategies in the prehispanic Southwest*. Tucson: University of Arizona Press. [RHM]
- Mitchell, Donald. 1971. Archaeology of the Gulf of Georgia area, a natural region and its culture types. *Syesis* 4:1–228.
- . 1983. Seasonal settlements, village aggregations, and political autonomy on the central Northwest Coast. In *The development of political organization in Native North America*. Elizabeth Tooker, ed. Pp. 97–107. Washington, DC: American Ethnological Society.
- Monks, G. 1977. Archaeological salvage excavations at the Deep Bay site (DiSe 7), Vancouver Island: preliminary report. In *Annual report for the year 1975*. Pp. 123–153. Victoria: Archaeological Sites Advisory Board of British Columbia.
- Morris, Brian. 1993. *Bakunin: the philosophy of freedom*. Montreal: Black Rose.
- . 2004. *Kropotkin: the politics of community*. New York: Humanity.
- . 2005. *Anthropology and anarchism: their elective affinity*. Goldsmiths Anthropology Research Papers, no. 11. London: Goldsmiths College, University of London.
- Moss, Madonna. 2011. *Northwest Coast: archaeology as deep history*. Washington, DC: Society for American Archaeology. [KMA, JE]
- . 2012. Understanding variability in Northwest Coast faunal assemblages: beyond economic intensification and cultural complexity. *Journal of Island and Coastal Archaeology* 7(1):1–22. [KMA]

- Moss, Madonna, and Jon Erlandson. 1992. Forts, refuge rocks, and defensive sites: the antiquity of warfare along the north Pacific coast of North America. *Arctic Anthropology* 29:73–90.
- Murray, R. 1981. Analysis of artifacts from four Duke Point area sites, near Nanaimo, B.C.: an example of cultural continuity in the southern Gulf of Georgia region. Victoria: Department of Anthropology, University of Victoria.
- Negri, Antonio. 1999. *Insurgencies: constituent power and the modern state*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Nettl, J. P. 1989. *Rosa Luxemburg*. New York: Schocken.
- Newcombe, W. A. n.d. Notes on Indian forts of the North West Coast. Victoria: British Columbia Archives.
- Newman, Saul. 2001. *From Bakunin to Lacan: anti-authoritarianism and the dislocation of power*. Lanham, MD: Lexington.
- Nisbet, Robert. 1994. *History of the idea of progress*. Piscataway, NJ: Transaction.
- Ollman, Bertell. 2003. *The dance of the dialectic: steps in Marx's method*. Urbana-Champaign: University of Illinois Press. [RHM]
- Patterson, Thomas. 2003. *Marx's ghost: conversations with archaeologists*. Oxford: Berg.
- Paynter, R. 1989. The archaeology of equality and inequality. *Annual Review of Anthropology* 18:369–399.
- Percy, Richard. 1974. The prehistoric cultural sequence at Crescent Beach, British Columbia. MS thesis, Simon Fraser University, Burnaby.
- Pickering, Charles. 1854. *The races of man: and their geographical distribution*. London: Bohn.
- Podolny, J., and K. Page. 1998. Network forms of organization. *Annual Review of Sociology* 24:57–76.

- Price, T. D., and J. A. Brown. 1985. Prehistoric hunter-gatherers: the emergence of cultural complexity. Orlando, FL: Academic Press. [JJI]
- Rapp, Rayna. 1977. Gender and class: an archaeology of knowledge concerning the origin of the state. *Dialectical Anthropology* 2(1):309–316.
- Rappaport, R. A. 1968. Pigs for the ancestors. New Haven, CT: Yale University Press. [EA]
- Rautman, A. E. 1998. Hierarchy and heterarchy in the American Southwest: a comment on McGuire and Saitta. *American Antiquity* 63(2):325–333.
- Roscoe, Paul B. 1993. Practice and political centralisation: a new approach to political evolution. *Current Anthropology* 34(2):111–140.
- Rowley-Conwy, Peter. 2001. Time, change and the archaeology of huntergatherers: how original is the “original affluent society”? In *Hunter-gatherers: an interdisciplinary perspective*. Catherine Panter-Brick, Robert H. Layton, and Peter Rowley-Conwy, eds. Pp. 39–72. Cambridge: Cambridge University Press. [KMA]
- Ruyle, E. E. 1973. Slavery, surplus, and stratification on the Northwest Coast: the ethnoenergetics of an incipient stratification system. *Current Anthropology* 14:603–631. [JE]
- Sahlins, Marshall. 1963. Poor man, rich man, big man, chief: political types in Melanesia and Polynesia. *Comparative Studies in Society and History* 5: 285–303.
- . 1972. *Stone Age economics*. New York: Aldine.
- Sahlins, Marshall, and Elman Service. 1960. *Evolution and culture*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Saitta, Dean J., and Randall H. McGuire. 1998. Dialectics, heterarchy, and Western Pueblo social organization. *American Antiquity* 63(2):334–336.

- Sampson, M. 1972. *Indians of Skagit County*. Mount Vernon, WA: Skagit County Historical Society.
- Scarborough, Vernon L., Fred Valdez Jr., and Nicholas Dunning, eds. 2003. *Heterarchy, political economy, and the ancient Maya: the Three Rivers Region of the east-central Yucatan Peninsula*. Tucson: University of Arizona Press.
- Schaepe, David M. 2009. *Pre-colonial Sto' :lo'-Coast Salish community organization: an archaeological study*. PhD dissertation, University of British Columbia, Vancouver.
- Schalk, Randall F. 1977. The structure of an anadromous fish resource. In *For theory building in archaeology: essays on faunal remains, aquatic resources, and systematic modeling*. Lewis R. Binford, ed. Pp. 207–250. New York: Academic Press. [KMA]
- Scott, James C. 1990. *Domination and the arts of resistance: hidden transcripts*. New Haven, CT: Yale University Press.
- . 1998. *Seeing like a state: how certain schemes to improve the human condition have failed*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Angelbeck and Grier *Anarchism and the Archaeology of Anarchic Societies*
587
- . 2009. *The art of not being governed: an anarchist history of upland Southeast Asia*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Service, Elman R. 1963. *Profiles in ethnology*. New York: Harper & Row. [CLC]
- Seymour, B. 1976. 1972 salvage excavations at DfRs 3, the Whalen Farm site. In *Current research reports*. R. L. Carlson, ed. Pp. 83–98. Burnaby: Archaeology Press, Simon Fraser University.
- Silverman, Helene. 2004. *Andean archaeology*. New York: Wiley-Blackwell. [CLC]

- Singer, Peter. 1999. *A Darwinian left: politics, evolution and cooperation*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Skinner, Mark. 1984. Burial excavations at DeRv 148, GaUa 2 and DfRu 42. Victoria: Archaeology Branch, Ministry of Forests, Lands, and Natural Resource Operations.
- Skinner, Mark, and Ron Thacker. 1988. Analysis of human skeletal remains at Mueller Cabin burial (DgRw20), Gabriola Island. Victoria: Archaeology Branch, Ministry of Small Business, Tourism, and Culture.
- Slattery, Brian. 1992. Understanding Aboriginal rights. *Canadian Bar Review* 66:727–783. [BT]
- Smith, H., and G. Fowke. 1901. Cairns of British Columbia and Washington. In *The Jesup North Pacific expedition*. New York: Memoir of the American Museum of Natural History.
- Smith, Marian W. 1940. *The Puyallup-Nisqually*. New York: Columbia University Press.
- Snyder, Jack. 2002. Anarchy and culture: insights from the anthropology of war. *International Organization* 56(1):7–45.
- Snyder, Sally. 1964. *Skagit society and its existential basis: an ethnofolkloristic reconstruction*. PhD dissertation, University of Washington, Seattle.
- Souvatzi, Stella. 2008. *A social archaeology of households in Neolithic Greece: an anthropological approach*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Spriggs, Matthew, ed. 1984. *Marxist perspectives in archaeology*. New York: Cambridge University Press.
- Stearns, Mary Lee. 1984. Succession to chiefship in Haida society. In *The Tsimishian and their neighbors of the North Pacific coast*. Jay Miller and Carol M. Eastman, eds. Pp. 190–219. Seattle: University of Washington Press.

- Stein, Gil J. 1998. Heterogeneity, power, and political economy: some current research issues in the archaeology of Old World complex societies. *Journal of Archaeological Research* 6(1):1–44. [CLC]
- Stern, B. 1934. *The Lummi Indians of northwest Washington*. New York: Columbia University Press.
- Stuiver, M., P. J. Reimer, E. Bard, J. W. Beck, G. S. Burr, K. A. Hughen, B. Kromer, G. McCormac, J. van der Plicht, and M. Spurk. 1998. IntCal98 radiocarbon age calibration, 24,000–0 cal BP. *Radiocarbon* 40(3):1041–1083.
- Styles, N. 1976. Preliminary report on the burials at Glenrose. In *The Glenrose Cannery site*. R. G. Matson, ed. Pp. 203–213. Mercury Series, Archaeological Survey of Canada, no. 52. Ottawa: National Museum of Man.
- Suttles, Wayne P. 1951. *Economic life of the Coast Salish of Haro and Rosario Straits*. PhD dissertation, University of Washington, Seattle (reprinted in *Coast Salish and western Indians*, vol. 1, by Garland Publishing, New York, 1974).
- . 1968. *Coping with abundance: subsistence on the Northwest Coast*. In *Man the hunter*. Richard B. Lee and Irven DeVore, eds. Pp. 56–68. Chicago: Aldine. [KMA]
- . 1983. Productivity and its constraints: a Coast Salish case. In *Indian art traditions of the Northwest Coast*. R. Carlson, ed. Pp. 67–87. Burnaby: Archaeology Press, Simon Fraser University.
- . 1987a (1960). Affinal ties, subsistence, and prestige among the Coast Salish. In *Coast Salish essays*. Pp. 15–25. Seattle: University of Washington Press.
- . 1987b (1958). Private knowledge, morality, and social classes among the Coast Salish. In *Coast Salish essays*. Pp. 3–14. Seattle: University of Washington Press.

- . 1987c. (1960). Variation in habitat and culture on the Northwest Coast. In *Coast Salish essays*. Pp. 26–44. Seattle: University of Washington Press.
- . 1987d. *Coast Salish essays*. Seattle: University of Washington Press.
- . 1989. They recognize no superior chief: the Strait of Juan de Fuca in the 1790s. In *Culturas de la Costa Noroeste de America*. J. L. P. Reig, ed. Pp. 251–264. Madrid: Turner.
- . 1990. Central Coast Salish subsistence. *Northwest Anthropological Research Notes* 24:147–152.
- . 2004. *Musqueam reference grammar*. Vancouver: UBC Press.
- Thom, Brian. 1995. *The dead and the living: burial mounds and cairns and the development of social classes in the Gulf of Georgia region*. MS thesis, University of British Columbia, Vancouver.
- . 2009. The paradox of boundaries in Coast Salish territories. *Cultural Geographies* 16:179–205. [BT]
- . 2010. The anathema of aggregation: toward 21st-century selfgovernment in the Coast Salish world. *Anthropologica* 52:33–48.
- Tollefson, K. 1987. The Snoqualmie: a Puget Sound chiefdom. *Ethnology* 26: 121–136.
- Torres-Rouff, C. 2002. Cranial vault modification and ethnicity in middle horizon San Pedro de Atacama, Chile. *Current Anthropology* 43:163–171.
- Torres-Rouff, C., and, L. Yablonsky. 2005. Cranial vault modification as a cultural artifact: a comparison of the Eurasian steppes and the Andes. *Homo* 56:1–16.
- Trigger, Bruce G. 1984. Marxism and archaeology. In *On Marxian perspectives in anthropology*. J. Maquet and N. Daniels, eds. Pp. 59–97. Malibu, CA: Undena.

- . 1990. Maintaining economic equality in opposition to complexity: an Iroquoian case study. In *The evolution of political systems: sociopolitics in small-scale sedentary societies*. Steadham Upham, ed. Pp. 119–145. New York: Cambridge University Press.
- . 1991. Constraint and freedom—a new synthesis for archaeological explanation. *American Anthropologist* 93:551–569.
- . 1993. Marxism in contemporary Western archaeology. *Archaeological Method and Theory* 5:159–200.
- . 2003. *Understanding early civilizations: a comparative study*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Trinkaus, E. 1982. Artificial cranial modification in the Shanidar 1 and 5 Neanderthals. *Current Anthropology* 23(2):198–199.
- Vila, A., and J. Este´vez, eds. 2010a. La excepcio´n y la norma: las sociedades indı´genas de la Costa Noroeste de Norteamerica desde la arqueologı´a, vol. 8 of *Treballs d’etnoarqueologı´a*. Madrid: CSIC. [JE, JJI]
- . 2010b. El factor marginado en CR: de la Tierra del Fuego a la Costa Noroeste. In *La excepcio´n y la norma: las sociedades indı´genas de la Costa Noroeste de Norteamerica desde la arqueologı´a*, vol. 8 of *Treballs d’etnoarqueologı´a*. A. Vila and J. Este´vez, eds. Pp. 183–218. Madrid: CSIC.
- Wagner, H. 1933. *Spanish explorations in the Strait of Juan de Fuca*. Santa Ana, CA: Fine Arts.
- Warner, E. 1993. *An archaeological impact assessment of Timbercrest Estates residential subdivision, Duncan, B.C.* Victoria: ArchaeologyBranch, Ministry of Forests, Lands, and Natural Resource Operations.
- Wason, P. 1994. *The archaeology of rank*. New York: Cambridge University Press.

- Weeks, S. 1985. Skeletal remains from DeRt 2. In *The 1984 excavations at the canal site (DeRt 1 and DeRt 2)*. R. L. Carlson, ed. Pp. 78–118. Victoria: Heritage Conservation Branch.
- White, Joyce C. 1995. Incorporating heterarchy into theory on socio-political development: the case from Southeast Asia. *Archeological Papers of the American Anthropological Association* 6(1):101–123.
- White, Leslie A. 1959. *The evolution of culture*. New York: McGraw-Hill. [CLC]
- Wiessner, P. 2002. The vines of complexity: egalitarian structures and the institutionalization of inequality among the Enga. *Current Anthropology* 43(2):233–269. [EA]
- Wilkes, Charles. 1844. *Atlas of the narrative of the United States Exploring Expedition: during the years 1838, 1839, 1840, 1841, 1842*. Philadelphia: C. Sherman.
- . 1845. *Narrative of the United States Exploring Expedition: during the years 1838, 1839, 1840, 1841, 1842*. Philadelphia: Lea & Blanchard.
- Wolf, Eric. 1982. *Europe and the people without history*. Berkeley: University of California Press.
- Woodburn, J. 1982. Egalitarian societies. *Man* 3:431–451.
- Woodcock, George. 1962. *Anarchism: a history of libertarian ideas and movements*. Cleveland: Meridian.
- Wright, K. 2000. *Mortuary patterning: a burial analysis from Northwest Coast archaeological excavations*. MS thesis, Simon Fraser University, Burnaby.
- Yoffee, N. 1993. Too many chiefs? (or, Safe texts for the '90s). In *Archaeological theory: who sets the agenda?* N. Yoffee and A. Sherratt, eds. Pp. 60–78. Cambridge: Cambridge University Press. [EA]